

# PICTORIAL REVIEW

OCTOBER, 1917

SPANISH EDITION

PUBLISHED MONTHLY BY

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 214-226 West 39th Street, NEW YORK

PRESIDENTE . . . WILLIAM P. ARNETT 2DO. VICE PRESIDENTE . . . EVERETT D. TRUMBULL  
1ER. VICE PRESIDENTE . . . CHAS. W. NELSON SRIO. Y TESORERO . . . LEON LEWIN

Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York under the Act of March 3, 1879

Yearly Subscription:  
\$2.50 Oro Amer.  
Subscripción anual  
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES  
S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid  
Neptuno 90, Habana  
Rua General Camara 78, Río de Janeiro  
Sarandí 544, Montevideo

Single Copies:  
25 cents Oro Amer.  
Número suelto  
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES  
Leipziger Strasse, 112, Berlín  
Zieglergasse 84, Viena  
22 Boulevard Poissonniere, París  
217 Piccadilly, Londres

## EL DIA DE LA RAZA HISPANA

### Doce de octubre

CON motivo del primer certamen de la Asociación Americana de Profesores de Español, celebrado recientemente en la metrópoli neoyorquina, dijimos que "Necesitamos hierro en nuestra alma, tanto o más del que necesitamos en nuestro organismo; pero no la consecuencia de un tónico artificial ni de un culto espartano, sino el hierro que se recoge a diario por una voluntad inquebrantable, por la rigidez de propósitos, por el firme dominio de uno mismo en el ejercicio de una vida positiva, fuerte y eficiente."

Las razas, como los pueblos, como las familias, no pueden dejar de ser agrupaciones humanas que reflejan la virilidad o el decaimiento de sus miembros; de ahí el que cuanto dijimos a la asociación sea aplicable a la raza hispana en su más glorioso día, en el día inmemorable de veinte pueblos que convergen en un solo punto, en un mismo punto; el del descubrimiento de América por España.

Si no existieran otras razones poderosas para el enlace de esos pueblos, tales como la religión, la sangre, el idioma, las costumbres, los sentimientos, creeríamos que aquellos brazos que se levantaron al cielo ante la tierra del Nuevo Mundo, los brazos del inmortal Cristóbal Colón, son bastantes a estrecharnos fuertemente, recomendándonos la unión fraternal.

Hemos de convenir en que la mayor parte de las desgracias que afligen a la humanidad provienen de debilidades de carácter, principalmente de haber dejado que la voluntad esté embargada por el deseo. Hombres, mujeres y niños se lamentan, gimen y acongojan en aras de un gran deseo que han desarrollado, sin haberse preocupado de desarrollar la voluntad para conseguirlo, el hierro necesario para la sangre del alma; debiendo tenerse en cuenta que los abismos de la desgracia y el reino de la imbecilidad están llenos de débiles y decaídos, de las víctimas del alcohol, de los degenerados, de los holgazanes, de toda la innumerable compañía de perdidos que no supieron alimentar su alma con el hierro de la voluntad.

La raza hispana siente el deseo y es acreedora, tiene las facultades precisas para extender su genio dominador por el mundo moderno; hombres de ciencia, intelectuales de erudición, artistas, eminencias de la banca, el comercio y la industria, grandes agricultores . . . y el suelo, ese riquísimo suelo inagotable de múltiples manifestaciones de riqueza, está en su favor, impulsándola a tomar hierro para su alma, no por medio de los tónicos, píldoras y tinturas políticas y diplomáticas, sino por las combinaciones naturales; no por tónico artificial, sino del hierro mismo que radica en la fuerza unida de muchas voluntades inquebrantables, de la voluntad de la raza toda.

Hacia esa unión nos acercamos cada doce de octubre que pasa, al extenderse la celebración con más y más solemnidad, con más fe, con mayor entusiasmo. Incluso el extranjero nos alienta, cuando sostiene en pública alocución que "La novela española, la antigua y la moderna, ha dictado sus leyes al mundo, el drama español fué la base del francés, la balada española no ha sido superada en ningún otro país. En la literatura española están reflejadas las cualidades de una gran raza—cortesía, sobriedad, paciencia, industria, inteligencia, sentimiento—cuyas cualidades, al extenderse en el desenvolvimiento de la América hispana, han producido naciones tan progresistas como los mismos Estados Unidos, aunque más jóvenes."

Escuchar tales elogios a una raza en un ambiente extranjero, es tanto como acaparar hierro para nuestra alma, máxime cuando esos elogios son escuchados por millares de jóvenes extranjeros que los recogen en sus tiernos cerebros y le dan abrigo en sus no menos tiernos corazones. Ya que no podamos transmitir las impresiones que recogimos al escuchar al joven Max Weinberger, de la Escuela Superior de Comercio de Nueva York, valgan sus propias palabras de aliento puro y fragantino para

la raza hispana en tan gloriosa fecha como la del DOCE DE OCTUBRE. "Si no hubiera sido por los esfuerzos persistentes de los españoles durante muchos siglos, ¡qué diferente sería el Nuevo Mundo de hoy!"

"Los que habemos estudiado la historia, en su relación con la influencia española en América, tenemos que convenir en que los españoles han aportado las bases de su civilización: ellos fueron, no solamente los primeros descubridores y exploradores, sino los primeros colonos blancos que vieron los pieles rojas en la América del Norte y los indígenas de la América Central y del Sur; ellos se adelantaron, intrépidos y fervorosos, a sufrir toda clase de penalidades para mejorar la condición de cuantos no conocían las bendiciones de la civilización. No vinieron solo a combatir y a conquistar; a ellos se les deben las primeras poblaciones, las primeras escuelas y universidades; ellos trajeron las primeras misiones para inculcar a los indígenas el amor a Dios; ellos nos ofrecen aquel cambio tan maravilloso de tribus salvajes y guerreras en comunidades civilizadas."

"No se nos arguya que los españoles procedieron por el egoísmo y la ambición, pues por cada indio a quien les enseñaron su idioma, civilizaron y cristianaron a mil. Además, el éxito de su colonización fué asombroso

por haberse prestado a la asociación y casamiento con los indígenas, resultando de esa unión una raza vigorosa, la raza hispano-americana que hoy gobierna y dirige todas las actividades de la América española. Y no puede pasarse por alto que el solo hecho de haber dado vida a una raza tan viril es la mejor indicación de que los españoles constituían una raza no menos fuerte."

"Cúmprenos recordar también, en concordancia con ese principio, algunos de los nombres de españoles ilustres que retiene el mundo civilizado en general y el Nuevo Mundo en particular. Comenzando con el inmortal Cristóbal Colón, que mostró el camino a todos los otros, y pasando por Ojeda, que fué a Venezuela, a Pedro Nuño que fué a Colombia, Pinzón a Brasil, Solís a La Plata; y terminando con Balboa, Magallanes y de Soto, famosos caudillos del principio de la historia del Nuevo Mundo, nos vemos obligados a inclinarnos ante su memoria y rendirles el magno homenaje que merecen sus propósitos de abandonar el suelo natal y lanzarse al insondable océano con la entonces quimérica ilusión de hallar tierras lejanas y desconocidas donde plantar la semilla de la civilización cristiana."

"Veinte países hay actualmente en ambos continentes del hemisferio occidental donde se habla la lengua española; es decir, que todas las repúblicas del sur y centro de América, excepto Brasil, hablan el hermoso idioma de Cervantes. Por esta razón, la magnífica literatura española y su bien sonora poesía son tan conocidas en el Nuevo Mundo y han servido de fuente para el gran desarrollo conseguido por la hispano-americana."

"En pocas palabras: España ha dado al Nuevo Mundo su sangre, su lengua, su religión y su literatura, que es tanto como haber dado su cuerpo y su espíritu. Por esto las jóvenes naciones americanas reverencias a España como su Noble Madre."

Quizá fuera preferible no agregar una sílaba a tan sincera exteriorización de un criterio juvenil, educado en un país extranjero que inculca la admiración por España a muchos millares de niños, ciudadanos suyos, por mediación de más de setecientos profesores de español. Pero, ¿cómo prescindir en este día, en el día más glorioso de la raza hispana, de hacer un llamamiento a los pueblos hermanos para que unidos fuertemente, por los lazos de la gratitud al par que del cariño, consigan el dominio de la voluntad, el hierro del alma, que les lleve a la victoria completa de su predominio mundial?

Y sea el DOCE DE OCTUBRE, el indiscutible día de la raza hispana, el que se lleve la gloria de conseguirlo lo antes posible.

### ¿Qué es un día?

Por F. M. GONZALEZ

ES mágica burbuja, soplada por un ángel en la mansión de Dios, que cae sobre la tierra y queda suspendida por alas invisibles. Los seres terrenales la admiran y titulan la bóveda celeste; y al ver su luz de oro, su rojo, azul y blanco, exclaman extasiados, ¡cuán bello día es!

La sombra se aproxima, sus labios descoloros se posan en la frente del mártir de la luz, el cual, en su agonía, recoge de la gloria sus tintes más divinos y ofrécelos al hombre, mientras los ojos bellos, del invisible ser, nos miran y nos dicen: Un día no es mas que el soplo de un ángel que aletea alrededor de Dios.





## La Victrola es el instrumento ideal para el hogar

La música, sea vocal o instrumental, que más deleite le haya proporcionado, está a su entera disposición si posee una Victrola.

¿Desea Vd. oír fragmentos de óperas interpretadas por los colosos de la lírica moderna, tales como Caruso, Titta Ruffo, Tetrizzini, la Bori, Martinelli, etc., que tanto entusiasmo han producido en el ánimo de los amantes del divino arte de todas las partes del mundo, o bien prefiere solos instrumentales ejecutados con insuperable técnica y exquisita delicadeza por los magos del arte como Elman, Kreisler o Kubelik?

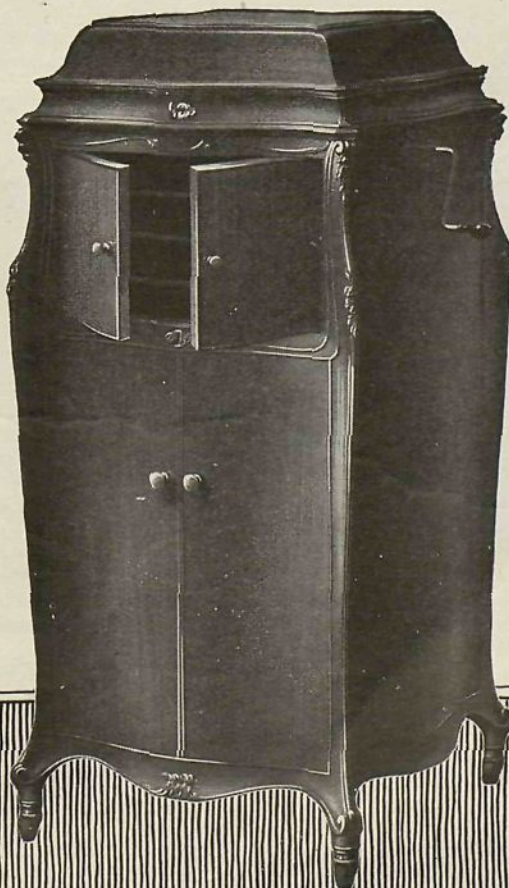
Pues bien: sean cuales fueren sus gustos musicales, puede Vd. satisfacerlos fácil y económicamente adquiriendo una Victrola y una colección de Discos Victor. La Victrola es un instrumento de arte que no debe faltar en ningún hogar. Su repertorio es ilimitado; lo mismo emociona y entristece, que alegra y subyuga. De este instrumento fluyen todas las melodías, todas las dulzuras, todas las tonalidades como una cascada de bellezas líricas que le harán sentir los más tiernos deleites y las más gratas sensaciones.

Este instrumento canta y repite con suma perfección todas las obras musicales, desde la más popular y sencilla hasta la más solemne y complicada, y lo mismo deleita el oído bien educado que el que ningún conocimiento tiene del arte musical. Compre, pues, una Victrola hoy mismo y satisfaga una de las necesidades más legítimas del espíritu.

Tenemos revendedores de la Victor en todas partes, y con el mayor placer le enseñarán los varios modelos de los instrumentos Victor y Victrola, cuyos precios oscilan desde \$10 hasta \$400, así como le tocarán cualquier disco que desee oír del gran catálogo Victor.

Escríbanos *hoy mismo* solicitando los últimos catálogos Victor ilustrados, los cuales remitimos gratis y franco de porte. Estos catálogos contienen grabados de los diversos modelos de la Victor y la Victrola, así como los retratos de los más célebres artistas del mundo que impresionan únicamente en discos marca "Victor."

**Victor Talking Machine Co., Camden, N. J., E. U. de A.**



Victrola XVII, \$250  
Victrola, XVII, eléctrica, \$300  
Caoba o Roble

Otros modelos de  
la Victor y la Victrola  
\$10 a \$400



# PICTORIAL REVIEW

AÑO V. No. 9

Director: RÓMULO M. DE MORA

OCTUBRE DE 1917



Mabel, bañada por la luna, resplandecía como una celeste aparición . . .

## LO QUE UN MINUTO SIGNIFICA EN UNA VIDA

Novela norteamericana

Por Miguel de Zárraga

Dibujos de M. Leone Bracker

Mabel, por distraerse, miró los árboles. Ninguna mañana tuvo tiempo de mirarlos. Se levantaba con los minutos contados para no detenerse en vagas contemplaciones, y para ella el invierno, siempre adusto, aun envolvía a Hackensack en su manto de frío. . . . Sonrióse admirada: los árboles se empezaban a cuajar de brotes verdes. Levantó la vista al cielo, y lo encontró coloreado como una inmensa turquesa. La Primavera no tardaría en hacer su aparición.

En los ojos de Mabel una nubecilla de ternura hizo temblar una lágrima. Se sujetó su sombrero marinero; se arregló el cuello liso de su blusa blanca; se abrochó el botón más alto de su abrigo de jerga azul. . . . El corazón la latía más de prisa: sus ojos grises reflejaron la naciente esperanza de los árboles.

Llegó el tren de las siete y siete. Subió presurosa, y se sentó junto a una ventanilla, abierta, por la que asomóse como si quisiera decirles adiós a los árboles, amigos de un minuto. . . . Un rayo de tibio sol besó su rostro pálido, sus grandes ojos grises, su abultado cabello oscuro que se ocultaba debajo de un vulgar sombrero marinero. Esa era Mabel. Porque de su barbilla deliciosa y de la adorable línea de su garganta, ni ella misma se había enterado.

Mabel usaba cuellos blancos, inmaculadamente blancos, pero sin asomo alguno de elegancia, y nunca se preocupó de la belleza de lo que ellos para sí guardasen. En cuanto a sus sombreros eran siempre lo mismo: de terciopelo en invierno y de paja en verano, pero siempre un sombrero marinero, de muy sencillo adorno, ligeramente levantado de un lado, como si algo hubiera de poner la personal coquetería. . . .

Razones económicas eran las que imperaban. Mabel, como estenógrafa de la oficina de Smith & Company, sólo cobraba doce dólares a la semana, sueldo con el cual no se podían hacer muchos milagros. Ella daba a su madre cuatro dólares semanales, por su comida y su cuarto, y la quedaban ocho, con los que había de pagarse el tren, el lunch y hasta vestirse. No obstante, Mabel, que estaba trabajando desde los dieciocho años y ya contaba veinticuatro, había conseguido ahorrar algo más de unos doscientos dólares. . . . Un pequeño bank-book reposaba orgulloso en un cajón de su tocador.

Algunas veces pensaba Mabel en su porvenir, y lo

hacía sonriente: con íntima tranquilidad. Estaba dispuesta a no dejarse sorprender por el invierno. No podía amar su trabajo, que era rutinario y sin probabilidades de ascender, pero cumplía lo mejor posible, siendo un soldado más del colosal ejército de los que necesitan ganarse su vida con el propio sudor. Sus compañeros de oficina nunca la propusieron tomar el lunch con ellos, y así nunca tampoco tuvo que defenderse de impertinencia alguna de los hombres con quienes estaba en diario contacto. A ella no le gustaba el estofado irlandés, pero lo comía dos o tres veces por semana, en su lunch, ya que era alimenticio . . . y barato. Por una razón análoga usaba medias de algodón.

Para una personalidad, pues, tan insignificante, ¿qué pudieran significar los árboles con botones verdes? Nada, pero. . . .

MISS ROWLAND no dejó de pensar en los árboles durante todo su viaje hasta el Woolworth Building, y delante de su máquina los tuvo todo el día. Aspiraba su fragancia, como si en verdad estuviesen floreciendo ante ella, y pensaba en su juventud, por la que acaso ya nunca pasase la Primavera. . . . Estaba abstraída y, por vez primera en seis años, tuvieron que llamarla dos veces la atención.

Al medio día, antes de irse a tomar el lunch, fué al Banco, siguiendo irresistible impulso, y sacó diez dólares de su cuenta corriente. Había decidido comprarse un sombrero. Después; cuando saliese de la oficina.

La tarde fué muy larga. Pero, alrededor de ella, todo la sonaba alegremente. La máquina tecleaba de otro modo, como si alguna música interna la animase, y hasta el teléfono llamaba con dulzura. Todo rebotaba felicidad. Las mejillas de Mabel estaban rojas; sus ojos, brillantes.

No era todavía la época en que debiera comprarse el sombrero, y esto la inquietaba un poco. ¿Por qué no esperar unas semanas? ¡Su sombrero! Cinco dólares acostumbraba a gastarse en el de invierno, y cuatro

MABEL ROWLAND perdió el tren de las siete. De no perderlo, no se hubiera enterado de que en los tristes esqueletos de los árboles de la estación de *Anderson Street*, donde en aquel instante ella se encontraba, ya resurgían los botones verdes, en tímido augurio de la Primavera. El minuto de retraso conque llegara a la estación había de interrumpir, definitivamente, la apacible rutina de su existencia, humilde y silenciosa.

Todas las mañanas, a las seis en punto, levantábase al formidable ruido de un ejemplar despertador. Se vestía apresuradamente, después de entregarse con atenta fruición a las delicias del jabón y del agua, y sin conceder demasiada importancia a la borla de los polvos. A las seis y media tomaba el *breakfast*, consistente en una naranja, una rajita de pan tostado, una taza de café con leche, y un huevo. . . . Tomaba este sencillo desayuno a solas, en el amplio comedor del *boarding-house* que su madre, viuda y sin más fortuna que su propio trabajo, hábilmente regentaba, para satisfacción de los tres o cuatro huéspedes a quienes atendía.

A las siete menos un minuto llegaba, invariablemente, a la inmediata estación de *Anderson Street*, sin más tiempo que para tomar el tren de las siete. Bajábase en *Erie Station*, en Jersey, donde trasbordaba al *ferry* que había de llevarla a través del Hudson hasta *Chambers Street*, y levantaba la cubierta de su máquina de escribir. Mabel Rowland era taquígrafa y mecanógrafa.

Pero aquella mañana había perdido el tren de las siete, por un minuto, a pesar de la carrera que en el mismo momento de verlo partir se dió para alcanzarlo, y hasta insólita torpeza, motivada por la rotura y el arreglo del cordón de una de sus botas, a punto estuvo de indignarla contra ella misma. Se encogió, al fin, de hombros y esperó con calma a que llegase el tren de las siete y siete. Una espera con la que Mabel no contó nunca.



en el de verano. Sin embargo. . . . Había visto uno . . . . Pidió que la dejaran salir de la oficina una hora antes. Concedido, corrió apresurada hasta una pequeña tienda de las inmediaciones; en una esquina del Broadway. Era ya un poco tarde, y la dueña del establecimiento no mostraba gran interés en servir a la modesta compradora.

—¿Algo oscuro?—preguntó examinando con rápida y práctica mirada el sombrero de Mabel.—¿Algo en estilo marinero, completamente sencillo? . . .

Mabel miró en derredor suyo. Por todas partes flameaban las rosas, las lilas, las orquídeas, los galones dorados y plateados, los lazos de terciopelo y de seda . . . Los espejos devolvían un arco iris de tul, cascadas de encaje metálico. . . . La oscuridad que empezaba a invadir la tienda tenía de misterio la aventura. El corazón de Mabel latió con violencia.

—No—murmuró vacilante.—No; marinero, no. Algo más nuevo, más bonito, con flores. . . .

La dueña la miró más complaciente, y encendió las luces eléctricas. Con una mano muy ensortijada arregló su blusa de crepé Georgette, color de carne, y con simpática sonrisa dijo:

—Ya sé; ya sé lo que usted quiere. . . . Siéntese aquí, delante de este espejo, y quítese su sombrero. . . . La enseñaré algo que la guste; algo muy de Primavera. . . .

No tardó en mostrarla un lindo sombrero de paja gruesa, de un gris verdoso, con una estrecha cinta plateada alrededor de la copa, y un pequeño manojito de flores a un lado.

—Dígame ahora—agregó la vendedora, sujetándosele:—¿Es bonito o no es bonito? ¿Le gusta o no le gusta? . . .

La gustaba. Mucho. Bajo la paja gris verdosa, los ojos de Mabel destellaban con fulgor insólito. Su clara piel, siempre algo pálida, parecía más suave; sus labios, más rojos; su sonrisa, más fresca.

—¿Usted sabe lo que un sombrero nuevo transforma a una mujer? Se lo puedo dejar por diez dólares, y se dárselo de balde. Parece hecho para usted. . . .

—Me quedo con él—contestó Mabel decidida.

—No se arrepentirá. Es verdaderamente encantador. ¿Cuál es su dirección? . . . Tiene usted una hermosísima cabellera, lo cual es una bendición de Dios cuando se viene a comprar un sombrero. . . .

Dejó su dirección, y volvióse a Hackensack. Cuando dejó el tren en la estación de *Anderson Street* miró a los árboles con terror. Pero en la oscuridad de la noche no se descubrían los brotes verdes: su fragancia, sin embargo, se le adentraba en el corazón.

El sombrero nuevo lo recibió al día siguiente. Mabel no se atrevía a ponérselo. La parecía que algo sobrenatural la amenazaba. Pensó en los árboles. ¡Los árboles brujos, ayer muertos, retornando a la vida! . . .

Tres días tardó en decidirse. Al tercero, se lo puso para ir al trabajo. Y nunca tomó ya el tren sin volver sus ojos, agradecidos, a los árboles amigos, que la sonreían.

**C**UANDO en Jersey dejó el tren para tomar el *ferry* de Chambers, comenzó a darse cuenta de que el sombrero nuevo hacía imposible su convivencia con el ya viejo vestido de jerga azul. Mabel se quedó pensativa

Pero el nuevo vestido necesitaba una nueva blusa; o, mejor dicho, tres o cuatro blusas. Porque una muchacha que trabaja en una oficina, no va a presentarse todos los días con la misma blusa, ni se ha de quedar en su casa mientras se la lleva el lavadero.

Necesitaba también otros nuevos zapatos, porque la nueva falda, ¡tan linda! hacía horrendos los viejos. . . .

Una febril batalla, que duró hasta las doce de la mañana siguiente, la convenció de que la eran, asimismo, imprescindibles tres pares de medias de seda. ¡Los árboles tenían la culpa! Es decir: la culpa fué de aquel minuto en que por vez primera hubo de contemplarlos.

Compró las medias de seda, a la hora del *lunch*, y cuando por la tarde salió de la oficina ya llevaba puesto el primer par.

No pensaba entonces en el invierno, ni en el desamparo, ni en la vejez. Aquel primer par de medias de seda la produjo una sensación que no la permitía preocuparse con tristeza alguna. Sus mejillas ardían; sus ojos fulguraban.

El *ferry* iba lleno. Pero, ¿qué la importaba, llevando medias de seda, el ir en pie? Se sentía orgullosa de sí misma. Sólo la preocupaba lo que Mister Cook la pudiera decir al verla. El gran tacaño era un censor terrible, despiadado. Su madre, en cambio, se había limitado a preguntarla: "¿Cómo te compraste un vestido?" . . . Y ella hubo de contestar, concisamente, evitando las demás preguntas: "Porque lo necesitaba". . . . El tío William era muy distinto: su sermón la abrumaría.

Subió al tren en Jersey. Los vagones se llenaron pronto. No obstante, hubo un sitio para ella.

En frente de Mabel se encontraba un joven alto, vestido de azul, muy interesado, al parecer, con la lectura del "New York Evening Journal".

Mabel dejó descansar sus manos sobre la falda, y mirándose a los pies respiró con satisfacción. Al levantar los ojos, encontráronse éstos, un segundo no más, con los del hombre que ella tenía en frente. Por instinto, y después de haberse paseado la mirada por sí misma otra vez, de nuevo llevó sus ojos hasta el hombre: otro segundo nada más.

Le había visto bien. Era un joven de rostro agradable; de dientes muy blancos. Y tenía—estaba segura de ello—los más encantadores ojos; grandes, profundos, luminosos; algo irónicos, tal vez. . . . En su corbata, oscura, campeaba, una esmeralda.

Durante cinco minutos, Mabel, confusa, bajó su vista al suelo, la asomó a la ventanilla, la levantó al techo del vagón, haciéndola recorrer todas sus alturas. . . . Y otra vez, temerosa y contra su voluntad, la posó en el desconocido. Los párpados de él se alzaron en aquel instante, y su mirada se cruzó con la de ella.

Mabel ruborizóse, aunque la mirada fué indiferente, inofensiva, natural, lo mismo en ella que en él. Mabel clavó sus ojos lejos. Pero su decisión no fué obstáculo para que ella dejara de enterarse de que él había doblado el periódico y lo arrollaba entre sus manos. Y, con los ojos que toda mujer lleva en la nuca, pronto advirtió también que el joven se estaba arreglando la corbata. . . . Mabel respiró agitadamente, halagada por el aire de aventura que hacía temblar su corazón.

ella. . . . Los labios de los hombres son mucho más torpes. El tren había llegado a la estación de *Anderson Street*.

**D**ESCENDIO del tren rápidamente, y, con angustioso asombro, vió que el hombre la seguía. En aquel momento tuvo ante sí, clara y terminante, la noción del mal que había hecho al sonreírse. Aunque sonriera sin poderlo evitar.

Apresuró el paso, para llegar cuanto antes a su casa, que estaba cerca. El hombre lo apresuró también. Tuvo ella miedo.

—Ya lo debí de haber temido—pensó, realmente asustada.—Trataré de hablarle. . . . ¿Y qué hacer, para evitarlo? . . .

Corría casi, por llegar, sin preocuparse de su vestido gris, ni de sus medias de seda, ni de que se la pudiesen manchar más o menos sus zapatos. . . . ¡Ella, que tanto los cuidaba!

Pero, vagamente, a través de su alarma, como si esto la animase a no tenerle miedo, un pensamiento, desconcertador, palpitaba en sus labios febriles:

—Es guapo. . . .

De pronto, serenóse. Ya estaba frente a su casa: la coquetona casita roja de Mister William Cook, al que tantos quebraderos de cabeza le costara; primero, para adquirirla; después, cuando ya era suya, para su más cuidadosa conservación. Todos sus amores de monomaniaco se concentraban en el edificio, como si se tratase de una criatura. Una linda criatura de ladrillo, cuya fachada era el rostro más bello que pudo soñar en los cotidianos extravíos de su mente enferma.

La casa y el jardín. Un jardín minúsculo, improvisado a espaldas de la casa, en el que Mabel había crecido como una flor más. . . . La presencia de la casa le devolvió a Mabel todo el ánimo que en el camino perdiese.

Unos pasos más, y los seis escalones de la entrada la habrían salvado. . . . Corrió, saltó, y, ya en lo alto, volvióse, tranquila, creyéndose ya segura, a mirar a su perseguidor, rotundamente defraudado.

Pero éste subió las escaleras, detrás.

Mabel le miró con una indefinible mezcla de asombro y de ira, sin saber cómo abrir la puerta: el llavín la temblaba en las manos.

—¿Qué es lo que usted quiere?—preguntó nerviosa al desconocido.

—¿Puedo entrar? . . . —inquirió a su vez el hombre. Ella le vió que sonreía, y esto la puso aun más fuera de sí.

—¡Haga el favor de retirarse! ¡Inmediatamente!

—Lo siento mucho—murmuró el extraño;—pero. . . .

—En la esquina hay un policía . . . —agregó Mabel, amenazadora.

El hombre, sonriendo siempre, la interrumpió galante:

—¡Oh, no tenga miedo de él! . . . Además, yo no veo a ninguno. . . . ¿Lo vé usted? . . .

Su voz era igual que sus ojos; profunda y algo irónica.

—¿Qué le autorizó para seguirme hasta aquí?

—Permítame usted; yo. . . .

—¿Usted no sabe que yo puedo hacer, y lo haré, que le detengan?

—¡Amí! ¿Porqué?

—Por insolente.

—Gracias señorita,

no merezco. . . .

—Si me permite usted unas palabras, la diré. . . .

—No puedo oírle nada.

Y Mabel, con ademán nervioso, intentó entrar en su casa.

—Hágame el favor: escuche. . . .

—¡Le vuelvo a rogar que se retire inmediatamente—exclamó, imperiosa.

—No puedo—balbuceó el joven.—Yo . . . vivo aquí.

—¿Desde cuándo?—le contestó ella, sarcástica.



El tío William, cruzado de manos, murmuró melancólico:— ¡Así empecé yo! . . .

durante largo rato. Se acordaba del invierno, de las posibles enfermedades, de la prudente previsión para la vejez. . . . Su madre, ya muy cansada, no la viviría mucho tiempo; se quedaría sin más amparo que su adusto tío William, Mister William Cook, maniático individuo, tan ladino como avaricioso, propietario del *boarding-house* de Mistress Rowland y de otras varias casas de los alrededores. Mister Cook vivía en el *boarding*. . . . Mabel se encogió de hombros.

Por la mañana sacó treinta dólares del Banco, y por la tarde se compró un vestido: un precioso vestido gris, de corta y elegante falda, con un abrigo también corto. . . .

Aquella noche, cuando todos dormían, ella probó a peinarse de mejor manera; con más gracia; con más *chic*.

Nunca, hasta entonces, había temblado así. Nunca tampoco, hasta entonces, la Primavera despertara su alma. Obra era todo, para ella, de aquellos árboles brujos de Hackensack, en los que nunca, ¡hasta entonces! pusiera Mabel la luz de sus ojos.

Y el caso fué que, consciente o inconscientemente, por su voluntad o sin su voluntad, esos ojos se encontraron otra vez con los del hombre, y que ella sonrió con la más espontánea y la más adorable de sus sonrisas. El joven sonrió a su vez, aunque no tan encantadoramente como



Desde esta mañana. Soy huésped de este *boarding-house*. ¿No lo sabía? . . .

—¡Oh!—musitó Mabel, avergonzada.

—Sí—agregó él cortésmente.—¿Me permite que abra yo la puerta?

Y diciéndolo, y haciéndolo, abrió él, con su propio llavín, dejándola a ella pasar delante. . . .

El tío William les recibió, malhumorado, en el *vestíbulo*. Llevaba en su mano izquierda un manojo de llaves, que tintineaban al trémulo ademán del vejete. Mister Cook había fruncido el ceño al ver a su sobrina.

—¿Qué les pasaba a ustedes? ¿No encontraron bien la cerradura? ¿O es que, tan distraídos vienen, que pretendían abrirla al revés? . . . Si está algo oxidada alguna llave, se puede cambiar por otra. . . . Todo, antes de estropearla la cerradura. . . .

Mabel ni siquiera contestó al maniático. Colgó su sombrero en la percha de la entrada; hizo el joven lo mismo, y aun resonaba detrás de ellos la voz del anciano:

— . . . y como esta cerradura hay pocas. . . .

El joven se disponía a contestarle, cuando Mabel, como si quisiera impedir que así lo hiciera, le dijo dulcemente:

—¿Quiere usted acompañarme unos momentos al jardín? Reanudaremos nuestra conversación. Estoy avergonzada de la escena. . . . Baje usted delante.

Habían, en esto, llegado a la puerta del jardín, que estaba entornada, y ante la que veíanse otros seis escalones, como los del exterior. Desde el pedáneo más alto, la silueta de Mabel, bañada por la luna, resplandecía como una celeste aparición. . . . El joven, que bajaba el primero, volvióse a ella y se sintió deslumbrado.

Mister Cook, que les siguiera al jardín, refunfuñó entre dientes:

— . . . El trajecito nuevo y el huésped nuevo. . . .

—¿Qué dice? . . . —estalló el joven ante las extraordinarias impertinencias de Mister Cook.

—Nada—le dijo Mabel con naturalidad, ya en absoluto dueña de sí.—Es mi prometido, que tiene celos hasta de su sombra. . . .

Y prorrumpió en una cristalina carcajada, que cortó el viejo, secamente:

—En el comedor hacen ustedes más falta que en el jardín. . . .

AQUELLA noche, en la comida, fué presentado el joven a Mabel, por su madre, que ya hiciera análoga presentación al tío William y a Mister Scot, únicos huéspedes a quienes ella concedía la beligerancia en sus intimidades:

—Mister George Hewitt, del Oeste. . . .

Esto fué todo lo que pudo saber Mabel, que no levantó los ojos del plato durante la comida.

Terminada ésta se dirigió a Mister Hewitt:

—Yo quisiera hablar con usted unos momentos, George, sin sospechar que las manos de Mabel estaban frías y sus rodillas temblaban, sólo supo decir:

—A sus órdenes siempre. . . .

Retiráronse a un rincón del comedor, sentáronse en sendas butacas, y Mabel comenzó:

—Deseo explicar a usted. . . .

No sabía seguir. George esperó, cortésmente. Muy serio.

—Yo no quiero ser confundida. . . .

George aventuró un gesto de extrañeza. ¿Qué quería decirle?

—Cuando . . . esta noche . . . yo le sonreí a usted en el tren. . . .

—¿Que usted me sonrió? . . . —la interrumpió él, galante, y con vehemente muestra de interés.

Ella se le quedó mirando con sus ojos grises, algo desconcertada.

—Sí; le sonreí . . . —confesó valientemente.—Le sonreí. . . . Pero yo nunca le he sonreído a nadie. . . . Le agradeceré que no lo olvide.

—Puede usted estar segura de que no he de olvidarlo. Y olvidaré también que, poco después, se indignaba usted conmigo injustamente. Para mi satisfacción me basta con saber que, antes, usted se sonrió.

—Fué de algo que me hizo gracia en su corbata. . . .

Y, fríamente, separóse de él.

Al otro día, Mistress Rowland comentaba delante de Mabel:

—Mister Hewitt es todo un caballero. . . .

—Como cualquiera—puntualizó Mabel, secamente. Su madre se quedó mirándola:

—¿Qué mal te ha hecho?

—Ninguno.

—Me pareció que anoche te invitó al teatro. . . .

—Pero ya verías que yo no acepté.

—Ya, ya lo ví. Realmente sería extraordinario que tú fueses un poco más alegre que tus amigas y un poco menos triste que yo. . . . ¿Qué otra muchacha de tu edad conoces que sepa estar tan voluntariamente presa como tú? Pareces hija de tu tío. Una aberración del siglo XX en nuestra libre tierra americana. Pero, ¿es que tú crees que una muchacha que se pasa el día trabajando no tiene derecho a divertirse un poco? Aunque tu tío gruñe. . . .

Veinticuatro horas después, George Hewitt invitaba a Mabel para pasar un rato juntos en un *Cinematógrafo*. Ella aceptó complacida. Su madre tenía razón.

—¿Por qué no quiso usted ir anoche?—la preguntó George.—¿No la gustan las películas? ¿O no la gusto yo? . . .

—No, no, no es eso. . . .

—¿Qué es entonces? . . .

George la miró con deleite la escultural garganta, que ahora lucía espléndida, y sus ojos glotones subieron hasta los de Mabel, límpidos, puros, virginales.

Sonrieron él y ella.

Habían salido de la casa, y ya estaban cerca del *Cinematógrafo*.

Iban, muy juntos, hacia los árboles. . . .

Mister Cook y su compañero de hospedaje Mister Scot, que acechaban a los jóvenes, como un par de policías del Servicio Secreto, envidiosos de sus años y de sus ilusiones, desistieron de seguirles.

El tío William, cruzado de manos, murmuró, melancólico:

—¡Así empecé yo! . . .

Y Mister Scot, asombrado del cambio tan radical que en Mabel se operara en pocos días, agregó con burlona sonrisa:

—¡Y así acaba ella! . . .

Pero ni él ni ella les pudieron oír. Aunque les hubieran hablado a gritos, para los dos jóvenes no sonaban más voces que las mismas suyas. Hasta los pájaros enmudecieron en los árboles.

—Me parece un sueño—dijo Mabel—que yo vaya de paseo a su lado.

—¿Por qué un sueño?

—Porque no hubiera pensado nunca que hubiera podido

## DOS ALMAS BIEN UNIDAS

Por FELIPE De MORA

(Español)

FUÉ un instante no más, feliz instante del intenso mirar de nuestros ojos y del partir del tren:

mirada de promesas halagüeñas,  
en alas de un ensueño volador,  
muy límpida, muy fiel;  
lucirnaga de amores cuya estela  
de luz en nuestras almas posa  
la dicha del querer.

Pasan meses, quizás, mas tu memoria no se pudo borrar desde aquel día en que te conocí;  
yo siempre con anhelos y esperanzas  
soñando en el risueño despertar  
de un bello porvenir;  
aun cuando ni un destello, ni un asomo  
de tu presencia ansiada  
surgió en el interín.

Una tarde nublosa, desabrida,  
vagaba por el parque ensimismado  
pensando en el ayer,  
cuando sentí, del fuego de tus ojos,  
la llama que abrasara al corazón:  
entonces me acerqué  
cual niño ruboroso, y balbuciente,  
con frases anegadas de suspiros,  
mi amor te declare.

Sonaron como arpegios celestiales  
las notas melodiosas de tu boca,  
muy llenas de candor,  
y abríose ante mi vista un nuevo mundo  
de dichas, de venturas y alegrías,  
de luz y de pasión;  
y ví que de tus ojos hechiceros  
volvió a salir la luz arrobadora  
de mi soñado sol.

Y en sus redes de rayos fulgurantes  
quedaron enlazadas nuestras almas  
por siempre y para sí.  
Desde entonces vivimos para entrambos;  
un cuerpo, con dos almas bien unidas,  
que aspira a ser feliz;  
o un alma con dos cuerpos separados,  
para gozar la dicha repetida  
del nuevo convivir.

Nueva York, Agosto de 1917.

volver a verle después de nuestra escena en el tren. . . .

—¿Su sonrisa fué para mí, entonces? . . .

—Y usted pensará—agregó con disgusto—que yo sonríe a cualquiera que me mire. . . .

—Pero no sonríe. . . .

Entraron en el *Cinematógrafo*. George la tomó de un brazo para mejor guiarla por entre la penumbra del salón. Y un calorío subió hasta el corazón de Mabel desde las yemas de los dedos de él.

—Decía usted—siguió George en voz baja—que no sonríe a cualquiera. . . . Y yo no soy, precisamente, un cualquiera. . . . ¿Verdad que no lo soy? . . .

—Yo no sé quién es usted, ni qué es usted, ni sé nada de usted, excepto que me parece terriblemente bromista.

—Pero, ¿a usted le gusta que lo sea? En cuanto a lo que soy. . . .

—¿Ingeniero?—le interrumpió Mabel.

—Ingeniero. En una mina de California, muy importante por cierto. ¡Lástima que no sea mía! . . .

—En cuanto le ví me imaginé, no sé por qué, ni me importa, que era usted ingeniero. . . .

—Un ingeniero que, desde hace cuatro años y hasta hace diez días, no encontré en su camino una mujer que mereciera llegar a serlo suya, ni pisó un baile, ni un teatro. . . . Estoy hambriento de la vida de la ciudad. ¿Qué me diría usted si la propusiese que mañana por la noche fuésemos a un teatro? Podríamos comer juntos en un buen restaurant. . . .

—¡Oh, yo no debo! . . . —expuso Mabel dudosa.

—¿Que usted no debe aceptar la honrada invitación de un caballero amigo? . . .

—No, no es eso. . . . A mamá no la disgustaría; al contrario. . . . Eso no tiene nada de particular. . . . Es que. . . .

—¿Que usted no quiere? . . .

La miraba George de un modo, y eran sus ojos tan dominadores, que Mabel no se pudo negar:

—Sí. Iremos. Gracias. . . .

AL DÍA siguiente Mabel se compró un vestido blanco, para el teatro, y un abrigo gris para que resultara bien, sobre el vestido, con el sombrero verde. . . . Se compró también unas medias de seda, blancas, y los imprescindibles zapatos blancos. Las compras la ocuparon toda la hora del *lunch*, y, así, el día hubo de pasarlo en ayunas.

Cuando mentalmente calculó el dinero que en el Banco la quedaba para consuelo de su vejez, palideció. Pero no supo arrepentirse. La máquina de escribir resonó alegremente desde la una hasta las seis de la tarde. Sus dedos tecleaban más de prisa y con más limpidez que nunca. Una sola vez, entre dos cartas, pensó un momento:

—Pero, ¿tú sabes lo que haces? ¿No comprendes que te va a pesar algún día? ¿En esto acaban todos tus buenos propósitos de seis años de lucha? . . .

Fué un momento no más. Entre las dos cartas siguientes todas sus anteriores reflexiones se desvanecieron como el humo. Una voz interna las acallaba:

—Tú sabes lo que haces. Tú tienes nervios a los que se ha de obedecer. Tú no debes temer al futuro. . . . La vida es corta, pero la juventud es más corta todavía. ¿Sabes tú lo que es ser joven? No seas cobarde, y vive. ¡Vive! . . .

Fué con George en un *taxi-cab* a comer, y deleitose ante el lujo de un restaurant de moda. Los espejos reflejaron su figura gentil, tanto más atrayente cuanto que a toda ella la parecía envolver un velo de pureza, y a más de un corazón hubieron de llegar sus ojos, candorosos e ingenuos. Mabel ennoblecía todo lo que miraba.

Estuvieron en el teatro, y al despedirse, ya en casa, el ingeniero se atrevió a decirle:

—Mañana es sábado; podríamos pasar la tarde en el Parque. Y el domingo. . . .

Fueron el sábado a pasear por el Parque, y el domingo la acompañó él a la Iglesia.

A la salida de la Iglesia, George compró a Mabel un ramo de orquídeas.

El lunes, volvieron al *Cinematógrafo*; el martes, al teatro; el miércoles, pasearon por la Quinta Avenida. . . . El jueves, cuando Mabel se dirigía a la estación de *Anderson Street*, se encontró, esperándola, a George, que la dijo con tembloroso acento:

—Resérveme esta noche. Comeremos juntos. Acabo de recibir un telegrama, y he de regresar mañana a la mina. . . .

No se dijeron más. Mabel le oyó con angustia, y ni siquiera supo expresar su sentimiento, porque algo más que el sentimiento estrujaba su garganta. Miró a los árboles con odio.

Fué a su oficina, y a las doce se presentó en el Banco a sacar el resto de sus ahorros. Sus labios, secos, apenas si pudieron pedirlos. Temblaba.

—Esto cierra su cuenta—oyó decir al empleado a quien se dirigiera.

—Lo sé—contestó, lacónica.

A las siete fué a recogerla George.

—¿Otro vestido? . . .

—Y otro sombrero. . . .

Los ojos de Mabel preguntaban: “¿Le gusta?” . . .

—Como una princesa—comentó Mister Hewitt.

Y salieron juntos.

EL RESTAURANT no estaba lleno. Era ya demasiado tarde, y pudieron conversar sin prisa. Apenas si probaran bocado ni ella ni él. Los dos pretendían parecer alegres, sin conseguirlo. Comenzaron hablando de cosas indiferentes, y ya habían tomado el café cuando George se decidió a decirle:

—Todo el día me lo pasé esperando este minuto.

(Continúa en la página 34)





"No sé lo que he soñado"  
Béquer—Rimas

Las mujeres cuchicheaban sentadas  
en las tres hileras de sillas

## LA POBRE AURORA

Por A. Valero Martín

ILUSTRACIONES DE F. GONZÁLEZ GAMARRA

**E**N EL casino de Ciudad-Dorada los bailes son iguales todos. El sexteto, con la más laudable intención y con el más honrado propósito, destroza un nocturno del melancólico Chopin, como antes ha destrozado las melodías sentimentales de Puccini, las húngaras y pintorescas danzas de Grieg y los acordes patéticos y geniales de Beethoven. . . .

Los oyentes, que han permanecido en un religioso silencio, digno de ejecución más acabada, aplauden con timidez. Y no es que echen de ver las deficiencias de los ejecutantes; es que las gentes de la ciudad, donde se desarrolla esta verídica y fidelísima historia, consideran cursi y de mal tono las ruidosas y frenéticas demostraciones de entusiasmo: esto, según los naturales de Ciudad-Dorada, queda para la gente sencilla y campesina que de todo se asombra y todo lo aplaude; para la gente zafia e inculta, para los que han visto, en fin, el mundo por un agujero. . . . Pero ellos, los pertenecientes al señorío de la famosa ciudad, que pasan quince días en San Sebastián en tiempo de verano y otros quince en Madrid en tiempo de invierno, ellos no han de compararse con los ingenuos y vehementes gañanes de sus dehesas, ni con sus crédulos vaqueros y pastores, que tan pronto ven algo que les sorprende cuando abren unos ojos tamaños y una boca de a cuarta, y prorrumpen deseguida en aclamaciones tan sonoras y vibrantes que no parece sino que los altos y anchos cielos se desgajan y se vienen a tierra con estrépito. . . .

¡Lindo estuviera que se entusiasmasen como simples rústicos o como auditorio de mitin! . . .

Ellos son elegantes, y lo distinguido, lo empingorotado, lo *chic*, como dicen con una deplorable pronunciación francesa cuando quieren lucirse, está reñido con esas fuertes y delirantes ovaciones.

Así resucitaran Lagartijo y Gayarre y Rafael Calvo para torear, cantar y declamar, respectivamente, en Ciudad-Dorada, sus elegantísimos naturales no se darían por entero al entusiasmo. . . . ¿Calvo? . . . ¿Gayarre? . . . ¿Lagartijo? . . . ¿Y qué? . . . ¡Cómo si no hubiesen visto ni oído ellos, los hijos de la celebrísima ciudad, cosas muchísimo mejores!

"Mas, ¿dónde me llevó la pluma mía que a sátira me voy mi paso a paso?"

Quedábamos en que siempre que el sexteto termina una pieza de música el auditorio aplaude tímidamente.

A poco, tras un descanso de treinta minutos—tal reza ordinariamente el programa—da comienzo el baile. No desean otra cosa las lindas y gentiles muchachitas que, luciendo lo mejor y más llamativo de su vestuario, han permanecido una hora escuchando sonatas y nocturnos, muy honesta y seriamente sentadas en tres largas hileras de sillas que alíneanse en el fondo del salón.

Cualquiera que llegase de un lugar donde se viviese a la moderna, extrañaría y aun entristecería al ver a todas aquellas adorables señoritas juntas, circunspectas y como en rebaño de ovejas asustadizas, sin un solo

hombre entre ellas, hablando en voz queda y humilde, tal que si traicionaran una orden rigurosa, sin que una de esas claras y alegres y divinas risas de mujer revolotease un instante por la fría seriedad del ambiente. . . .

Los hombres están aparte, todo lo más lejos posible de las mujeres, formando grupos compactos, también circunspectos y silenciosos. Es una absoluta separación de sexos. En Ciudad-Dorada está muy mal visto el que se confundan los hombres con las mujeres, ni siquiera en ocasiones tan propicias a esta inocente y natural expansión como las que ofrecen los bailes que de vez en vez se celebran en el casino.

Hasta en la hermosísima plaza Mayor, lugar preferido para el paseo, allá, a la hora lívica y bermeja del atardecer, las mujeres, bajo los evocadores y recios sopor-

tales, dan la vuelta en un sentido y los hombres en el contrario.

Por su gusto, los excelentes vecinos de Ciudad-Dorada enviarían a la calle a sus hijas tapadas y con rodrigón.

Lo que no evita, con harta y lamentable frecuencia, el que la malicia tenga tela que cortar a todo su sabor y a sus anchas, porque el amor es un diablillo avisado y sutil que se entromete por donde le viene en gana, y descorre cerrojos, y se cuela por las rendijas, y tan pronto está en la calle como en el zaguán, no obstante las bien cerradas puertas, y riése de los más tenaces rodrigones, y burla toda suerte de vigilancias, y se mofa de candados y de rejas y de muros. . . .

**A**HORA resbalan las notas ceremoniosas de un rigodón sobre las teclas del piano. . . . Pero nadie baila. Es también cursi bailar "desde lo primero". . . . Y los tres o cuatro estudiantes—Ciudad-Dorada es población universitaria—que hanse aventurado a solicitar de otras tantas señoritas el honor de bailar con ellas, dan vueltas de un brazo por el salón, sin hablar apenas, esperando a que aumente el número de bailarines.

Los hombres, honrados comerciantes en su mayoría, siguen charlando unos con otros. Entre ellos hay algunos con un gesto displicente y distraído, verdaderamente cómico. Son los "notables" del lugar; abogados, sociólogos, políticos, escritores. . . . Tal vez siéntense un poco fracasados en sus ambiciones de triunfo. Acaso han llegado a la dolorosa convicción de que, fuera de estas viejas y gloriosas murallas, nadie está enterado de que vivan. Pero este dolor del fracaso les ensoberbece más aun y háceles mirar a los otros con una petulancia más grotesca todavía. . . .

Quiero declarar hidalgamente, por que la verdad no se vea traicionada en esta historia, que en tales corros de hombres hay hasta seis o siete de indiscutible y sólido valor. Son muchachos que aprovechan en el estudio y en la meditación las largas y fecundas y silenciosas horas provincianas. Entre ellos destacan un penalista notabilísimo, dos o tres literatos de buena cepa y un alegre y desenfadado poeta que glosa con singular donosura los sucesos cotidianos en versos tan sueltos como fáciles.

Pero dejemos a los hombres entregados a la levedad de su charla y al humo de sus cigarros, y, por que no pueda tachársenos de misóginos como a ellos, ven conmigo, lector, hasta el fondo del patio del casino y métete de mi brazo entre estas airoas y esbeltas señoritas. . . .

Esto ya es otra cosa, ¿verdad? . . . Sus cuchicheos tienen un rumor de seda; sus ojos tienen un romántico y delicioso resplandor y sus labios son de un encanto galano y alucinante. . . .

Lástima que estas dulces muchachitas de Ciudad-Dorada no sean más comunicativas, y gran dolor que no se den por entero a la alegría ruidosa y juvenil.

Pero no hay que culparlas. Esta hosquedad aparente es fruto de la rigidez y el temor en que las educan. Es hijo de lo que ven a su alrededor, de lo que seguirán viendo, de lo que han visto siempre. . . . Fíjate en ellos, en los hombres: ninguno se acerca a hablarlas,



Don Matías dió un tropezón mayúsculo y, por no caerse, destrozó la cola de céfiro del vestido rosa de Carolinita. . . .



ni para saludarlas siquiera. . . . ¿Han de ir ellas a buscarlas? . . . Bien puedes abrigar la certeza de que en el fondo secreto de su corazón ellas los desean muy mucho. . . . ¿No ves sus ojos, que suplican en silencio? . . . ¿No ves sus labios, que tiemblan de afán? . . .

Y ahora vete, lector; gobiernate a tu albedrío y tira por donde quieras, que yo voy a desaparecer también y a dejar libre el campo de la acción y el uso de la palabra a los personajes de esta certísima historia, de esta historia sencilla, triste y sentimental. El baile aquel principio de tan desabrida manera como todos.

Las mujeres cuchicheaban, sentadas en las tres hileras de sillas colocadas al fondo del patio, y los hombres, en corro aparte y alejados, hablaban de negocios comerciales, de política municipal y de jugadas de dominó.

**H**ASTA el patio llegaba el ruido breve, seco y aristocrático de las bolas de billar, el chocar unas con otras, y las voces de los que se disputaban los partidos.

El conserje del casino, hombre feliz y mosfetudo, no hacía sino ir y venir por los corredores del segundo piso, con billetes de Banco en las manos gordezuelas y ensortijadas. Aquellos billetes iban a parar a la "sala del crimen", una amplia estancia, siempre abarrotada de socios, donde se jugaba largamente a la ruleta.

El pianista, colocado en un ángulo de la alta galería que rodeaba el salón principal del casino, sostenida por grandes y pintarrajadas columnas, ejecutaba valeses y rigodones y *two-steps*. Pero abajo, en el gran patio, apenas media docena de parejas se daban a la deliciosa galantería del baile.

Las jovencitas parecían acostumbradas ya al retraimiento poco cortés de los hombres, y se avenían a la pesadumbre de no bailar, con un gesto entre humilde y melancólico. . . . Algunas, de vez en vez y disimuladamente, les miraban ofendidas y airadas, como reprochándoles.

Don Matías, que desempeñaba en Ciudad-Dorada el cargo de Ayudante de Obras públicas, estaba desesperado; todo se le volvía agitarse en su asiento y repetir a su esposa, la obesísima Doña Gertrudis, que a su lado estaba en chismorrera y larga plática con la señora del comisario.

—Pero, ¿ves, Gertrudis? ¡Cinco bailes y aun no ha bailado ninguna de las niñas! ¡Esto es una grosería, pero que de las gordas!

Se refería a la desahogada actitud en que permanecían, abandonadas de los muchachos, Teresita, Carolinita y Pilarcita, los tres tiernos y dulces retoños que había con Doña Gertrudis. . . . Teresita, Carolinita y Pilarcita se aburrían heroica y tenacisimamente. Allí estaban desde primera hora, reventando por bailar con alguien, y, como siempre, abrigaban el lacerante temor de marcharse las últimas sin haber gustado el galante y elegante placer de abandonarse en el ritmo de un vals armonioso y lánguido. . . .

—¡Estos pollos no tienen educación!—tornó a repetir Don Matías.

—¡Ni pizca!—exclamó Carolinita, muy indignada.

—¡No la conocen!—murmuró despectiva y despechada Pilarcita.

—¡Vaya una juventud!—insistió el ayudante de obras públicas.

Y Teresita, que era la más suave y resignada de las tres hermanas, porque una dura experiencia de treinta años la hizo tolerante con el varonil desvío y humilde en la adversidad, murmuró conciliadora, dando un gran suspiro.

—Déjalos, papá. No te sofoques. ¡Qué le vamos a hacer! . . .

—¡En mis tiempos éramos más galantes con las señoritas!

Y al escuchar estas palabras últimas de su marido, Doña Gertrudis miró a la comisaria como diciéndola:—¡No se lo decía a usted! . . . y exclamó, dirigiéndose a Don Matías:

—De eso mismo hablaba con Doña Genoveva. Estos tiempos, como yo digo, son otros. ¡Los hombres han degenerado mucho!

Doña Genoveva, dolida de que sus hijas no bailaban tampoco, tomó a su vez la palabra:

—Por supuesto—dijo—sólo les ha ocurrido a mis hijas en este villorrio, porque en Montescalaro, sin ir más lejos. . . .

—¡Ah, pues ya lo creo!—se apresuró a decir Doña Gertrudis para que no creyese doña Genoveva que Teresita, Carolinita y Pilarcita no habían bailado nunca—¡Ya lo creo! También en Ciudad-Sotillo mis niñas bailaban que se las pelaban, y tenían muchas simpatías, como yo digo, y eso que entonces su pobre padre no ocupaba el alto cargo que hoy disfruta.

¡Allí hay mucha sociedad, pero esto . . . esto . . .—continuó Doña Gertrudis con un gesto de asco y destrozando un abanico con las uñas.—Aquí no bailan más que las ricas, como yo digo. ¡Esto no tiene comparanza!

—¡Bueno! ¡Pues voy a darles una lección!

Y Don Matías tuvo un arranque grotesco y genial. Se irguió con un ademán olímpico, tomó a Carolinita por el talle y principió, trompicándose de mala manera y sin conseguir ponerse de acuerdo con el piano, a dar unas vueltas *two-steps*. . . .

Doña Gertrudis, al principio sonrió orgullosa del mundano desenfado de su esposo, pero luego, cuando notó que la gente se esforzaba por no soltar la carcajada, cuando observó que hasta la misma comisaria reventaba por no reírse, cuando miró la calva de don Matías y la vió roja de sangre por la vergüenza, que en vano quería disimular, y cuando comprendió el azoramiento máximo de su hija, y apercibióse del efecto cómico que la peregrina pareja iba produciendo en el casino, se sintió muy avergonzada también. . . . Fué el momento en que don Matías, cada vez más colorado, dió un tropezón mayúsculo y, por no caerse, destrozó la cola de céfiro del vestido rosa de Carolinita. . . .

Don Matías dejó de bailar. Ahora, pálido y tembloroso, ofreció el brazo a Carola, y muy azorados los dos, fueron contoneándose hacia donde estaba la familia. . . .

El pobre hombre, disimulando sus angustias, miró a su mujer, como preguntándola con los ojos:—¡Eh! ¡Qué tal! ¿Qué te ha parecido?

—¡Bien! ¡Bien!—murmuró Doña Gertrudis, muy sofocada, sintiendo sobre sí las miradas de todo el mundo.

Y luego que se sentó Don Matías y sacó un pañuelo, que se frotó por la calva, empapada en sudor, Doña Gertrudis le asió de una solapa del chaquet, le atrajo a sí y le exclamó al oído:

—¡Bien nos has puesto en ridículo!

Carolinita estaba callada y con los ojos bajos. . . .

Por fortuna para la coridísima familia, la decoración cambió súbita y completamente. Hallábase en la ciudad una "tuna" de estudiantes lusitanos, y estos tales, invitados y acompañados por los de Ciudad-Dorada, irrumpieron alegremente en el patio del casino. . . . Principaron a dar vivas a las mujeres españolas, tirando a sus pies las estudiantiles capas, y a brindar a voz en grito por la cordial armonía entre las dos naciones.

—¡Hurra pro las meninas españolas!

—¡Hurra pro la fraternidade ibérica!

—¡Hurra pro Servantes y pro Camoens!

En el patio revoló una alegría nueva y ruidosa.

Los estudiantes portugueses bullían y se agitaban entre las provincianitas y hacían grupos vocingleros a su alrededor. Algunos se arrodillaban frente a ellas y, muy dulces, muy líricos, muy melifluos, muy a la portuguesa les ofrecían sus tributos.

Las provincianitas, por fin, rieron con su risa cantarina y fresca. . . .

**S**ONARON orgullosos, hábilmente combinadas por el pianista, las notas, de la Marcha Real y los del himno portugués. . . . Los estudiantes se destrozaron las manos en fuerza de aplaudir.

—¡Viva Portugal!—gritaban los de Ciudad-Dorada.

—¡Viva España!—gritaban los lusitanos.

Y todos estentóreamente.

—¡Hurra pro la fraternidade ibérica!!! . . .

Empezó un vals. . . .

Todas las muchachas bailaron. Las airosas y clásicas capas de los "tunos" revolaban graciosamente en las vueltas rítmicas y ágiles. . . .

Pilarcita, Carolinita y las del comisario se embriagaban en dulce y suavísima felicidad. Teresita tuvo la gentil humorada, que imitaron otras muchas señoritas, de terciarse sobre el busto la capa de su pareja. . . . El portugués, agraciado y conmovido, íbale declarando una pasión

bajo una reja florida, en las costeras noches de luna!

El patio ofrecía una rara, enorme, insólita animación. Los que no eran estudiantes, retiráronse hacia el arranque de la escalera principal, para dejar libre el terreno a la tumultuosa y alegre actividad de los bailarines.

Sucedieron las danzas y los vivas y las amorosas declaraciones efusivas y sentimentales. . . .

En un rincón, como impaciente y triste, una lindísima muchacha defendíase del terco y galante asedio de unos estudiantes portugueses.

—¡No puedo más!—decía.—Estoy muy cansada, de veras. . . . Agradecidísima. . . .

Y respondía el coro de galanteadores:

—¡Ah, mía señora! . . .

—¡Ah, excelentísima! . . .

—¡Ah! *presiosidade*.

**C**UANDO adivinaron en ella la firme resolución de no seguir bailando, fueron, suspirando melancólicos, en busca de otras parejas más complacientes. Las hallaron a docenas.

Principió otro baile, más animado que ninguno. . . .

La gentil y adorable señorita quedó sola en el rincón, jugando distraídamente con el abanico, pensativa. . . .

Se llamaba Aurora. Era muy bella. . . . Aurora, excelente profesora de piano, era de ordinario comunicativa y alegre; pero a la sazón sentíase triste, triste en el fondo de su alma y contrariada en lo más secreto y vivo del deseo. . . .

Parecía sola en medio de aquel bullicio.

Sus amigas, al pasar bailando cerca de ella, la preguntaban curiosas:

—¿Por qué no bailas, Aurorita?

Y Aurorita se encogía dulcemente de hombros y contestaba sonriendo:

—Estoy cansada. . . .

La más íntima amiga de Aurora, Carmencita Bermúdez, que venía valsando con su novio, un teniente de caballería dicharachero y simpático, díjola al pasar, entre de veras y burla:

—¡Boba, más que boba! ¡Baila, que ya vendrá si quiere! ¿Estás triste por eso? . . .

Las mejillas de Aurora, blancas y nacaradas se encendieron como dos rosas de sangre. . . .

Era verdad, Aurorita estaba triste porque Alvaro no había ido al casino. . . .

Alvaro, guapo y arrogante mozo, estaba en Ciudad-Dorada desde principios de curso. Era madrileño. Su padre, el opulento marqués de Broncal, bullía poderosamente en política. Había sido subsecretario en dos ocasiones, y en los periódicos de Madrid había sonado con insistencia su nombre para desempeñar una cartera de ministro.

Alvaro vino a Ciudad-Dorada a terminar su carrera de abogado. Era jovial, expansivo, elegante. Las provincianas solteras le miraban con muy buenos ojos; pero él parecía singularmente inclinado hacia Aurorita.

Y Aurorita, que siempre había soñado con un hombre así, con un hombre que la sacase de aquellos murallones provincianos y la acompañase a través del mundo, y la llevase a los mejores teatros de ópera, donde cantaran los más celeberrimos cantantes, cuando pensaba en las escapadas al ideal de su inquieta imaginación volandera, que podría casarse con Alvaro, se llenaba de una extraña y secreta felicidad.

No era todo egoísmo en los sentimientos de Aurorita respecto al estudiante madrileño. Ni muchísimo menos. Aparte de estas ansias locas de viajar, y viajar—intensísimamente, sentidas por lo mismo que Aurorita no había abandonado nunca Ciudad-Dorada—, Alvaro como persona, y prescindiendo de su nombre y de su fortuna, le parecía de perlas. Era alegre, gracioso, guapo, elegante, decididor, finísimo. Tenía mucho encanto. . . . Además, las muchachas principalitas de la ciudad, tan despectivas y orgullosas con Aurora, le hacían muchas cuca-monas y muchos guiños insinuantes, y eso de que ella, la pobrecita profesora de piano, sin dos reales de patrimonio, sin más que su dulzura y su alegría y su belleza, triunfase de todas las demás en el corazón de aquel hombre, era idea que llenaba a Aurorita de una inefable y cordialísima emoción. . . .

Pero Alvaro, el muy veleta, no había ido al casino, como dijera en su última conversación con Aurorita, y he aquí por qué estaba ella cariacontecida y triste.

De pronto, Aurorita se emocionó mucho. Alvaro entraba en aquel momento. . . .

Despojóse del sombrero, del bastón y del magnífico abrigo de pieles; buscó a alguien con los ojos y, sorteando parejas de bailarines, fué resueltamente hacia Aurorita.

Al darle la mano, Alvaro sintió, a través de la gamuza del guante, un estremecimiento delicioso.

—¿Cómo no baila usted, Aurora?

—Estoy muy cansada. . . .

—¿Quiere usted hacerme el honor?

Y Aurorita rápidamente se prendió del brazo que Alvaro la ofrecía, y se perdieron entre las demás parejas.



Aurorita besó frenéticamente a su amiga y la dijo en secreto: ¡Mañana! ¡Mañana!

tumultuosa y violenta, más voraz que un incendio y más fuerte que los siglos. . . . Teresita sonreía y temblaba, arrullada por aquella celeste música, que penetrábala hasta lo más extraño del sentido. ¡Qué feliz debía serse allá, cerca de una playa portuguesa, contra cuyas rocas chocase brava y reciamente el mar, sintiéndose amada hasta la muerte por uno de estos hombres tan apasionados y tan dulces, que cantase fados poéticos y melancólicos,



Carmen, cuando pasaron cerca de ella, díjole muy quedo a su amiga:—¡Enhorabuena, Aurorita! . . . Aurorita se azoró un poco y sonrió muy feliz. . . . Uno de los portugueses desairados, que a la sazón bailaba con la segunda de las del ayudante de Obras públicas, miró picarescamente a Alvaro, miró luego a ella, tan arrobada y tan complacida, como queriéndola decir: "¡Ahora lo comprendo todo!" y exclamó:

—¡Oh, excúseme, *excelensa*, excúseme!

—¡No había de excusarle! Ella sentíase en aquel momento capaz de perdonar a sus mayores enemigos, si los tuviese. . . . Estaba radiante de felicidad. . . .

Alvaro la galanteaba dulce y armoniosamente, y sus palabras caían en el corazón de Aurorita como una divina música de oro. . . .

Jamás soneto ni madrigal clásico sonó más melifluido y más suave, más amoroso y más lírico en el corazón apasionado de nuestras abuelas. . . .

**A**L TERMINAR la fiesta, Alvaro se acercó al padre de Carmen, el llanote y simpático Don Cosme, médico del regimiento que guarnecía Ciudad-Dorada. Don Cosme era quien había llevado a las dos amigas al baile del casino, y le preguntó muy cortésmente si le permitía acompañarles hasta su casa.—¡Pues como no, amigo mío! Es usted muy dueño.

—Y usted muy amable. Mil gracias. Y salieron. . . .

Carmen, muy deprisa, preguntó a Aurorita al oído:

—¿Se te ha declarado ya?

Y Aurorita respondió con gracioso desaliento:

—¡Le cuesta un trabajo decidirse!

—¡Como que a mí me engañas!

—¡Te lo juro, boba!

—¡Pues anda con él; ahí lo tienes!

Y Carmen se cogió del brazo de Don Cosme y dejó solos y delante a Alvaro y a Aurorita.

Era la noche oscura y fría. La ciudad estaba envuelta en niebla. Apenas se veían los débiles farolillos del mezquino alumbrado municipal.

Encamináronse hacia casa de Aurorita.

Atravesaron la plaza Mayor y entraron en una calle ancha y pína, donde la lobreguez era casi absoluta. Aurorita vivía en una plazoleta pintoresca y desigual, de un castizo y delicioso sabor castellano, frente a un maravilloso convento de frailes dominicos.

Ya cerca de la casa, Alvaro, que había permanecido un buen trecho en silencio, suspiró hondamente:

—¿Tiene usted penas?—preguntó Aurorita muy dulce.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—¡Como va usted sin hablar y suspirando!

—Tengo impaciencia, Aurorita, ¡una impaciencia que me devora!

—¡Por saber algo interesante?

—Muy interesante.

—¿De amor?

—¡De amor!

—¡Caramba!

—¿No se le ocurre a usted más que eso?

—¿Qué quiere usted que se me ocurra?

—¿Quiere usted que hablemos en serio, Aurorita?

—Hablemos—respondió con voz trémula.

—¿Ahora?

—No—exclamó Aurorita, temblando de placer—.

Ahora, no, porque ya estamos en casa. ¡Lo ha dejado usted para tan tarde. . . .!

Y se detuvo en el portal.

—¿Pues cuando, entonces?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las siete.

—¿Por esta reja?

—¡Sí, hombre, sí! ¡Pregunta usted más que el padre Ripalda!

Llegaron Carmen y Don Cosme, Aurorita besó frenéticamente a su amiga y la dijo en secreto!

—¡Mañana! ¡Mañana!

—¡Enhorabuena!—contestó Carmen en el mismo tono.

Aurorita y Alvaro se estrecharon la mano larga y efusivamente.

—¡Hasta mañana!

—¡A las siete!—murmuró Alvaro.

Y Aurorita subió los cuatro escalones más alegre que unas Pascuas, sintiendo el alborozado latir del corazón. . . .

Algo extrañaría en ella su madre, la angelical Doña Petra, apenas la vió, cuando, tras de observarla un instante, le dijo:

—¡Pero, chica! ¡Tú vienes sofocada!

—Sí, en efecto, mamá. . . . ¡hace un calor!

—¿Eres boba? ¡Calor esta noche, y está helando!

—Bueno, mamá, no refunfuñes. Es que estoy emocionadísima. ¡Se me acaba de declarar Alvaro!

—¡Pero, chica!—y Doña Petra se quedó suspensa. Luego cambió de expresión, y añadió:—¡Ya me lo veía yo venir! . . . Pero no te creas, hija, no te creas. . . . Tu padre y yo somos gente humilde, y estos señoritos tan empingorotados. . . .

—¡Mamá!

—En fin, hija, ¡allá tú! Ojalá sea para su bien, porque todo te lo mereces, hija mía. . . .

—¡Alvaro es muy bueno!

—Lo será, hija, lo será; no lo discuto. ¿Y qué te ha dicho?

—Nada.

—Pero ¿estás boba? Pues ¿y entonces?

—Me lo dirá mañana. Viene a las siete.

—¡Ah, granuja!—respondió Doña Petra riendo. Y luego tras besar con mucha dulzura a Aurorita, añadió:

—Bueno, me alegro mucho, si es tu gusto ese. Ahora hablemos más despacio. Voy a traerte la cena.

—¿Y papá? ¿Cenó ya?

—Ya cenó y marchó a jugar su partida. Y Doña Petra desapareció por el pasillo. Aurorita abrió la reja y se acodó en la barandilla de hierro.

Las nieblas se enredaban en las negras y altas torres del convento; oscilaban de un lado para otro, y producían el efecto fantástico de que no eran las nieblas, sino las mismas torres, las que oscilaban; las torres que bamboleanse como si quisieran separarse de la tierra, místicas, bellas y agudas, y emprender una maravillosa ascensión a través de la noche, en derechura al cielo. . . .

Aurorita, atenta a la romántica visión, creyó que en el fondo de su alma, se tambaleaba también lo que allí había más grave, más fuerte, más divino, y que pugnaba por escapar hacia la altura, a través de muchos velos de ilusión, y entre las nieblas de sus confusos pensamientos.

Entróse pronto y cerró las vidrieras.



Arremetió a puñetazos contra ellos, y sonaron los gritos y estallaron los insultos, y rodaron las capas y los sombreros.

Sentía frío. Abrió el piano y principió a tocar una romanza, sin palabras de Mendelssohn. . . .

Cuanto entró Doña Petra, portando una humeante cazuela panzuda, vió que dos lágrimas caían lentamente de los ojos de Aurorita. . . .

—¿Así empezamos? ¡Pues si ha de costarte llanto, maldiga Dios, amén, a ese pollo gótico!—exclamó Doña Petra entre rabiosa y dolorida.

Aurorita apenas se había enterado de que lloraba. . . .

Doña Petra volvió a exclamar:

—¡Vaya un amor de todos los diablos!

—Si no es el amor; es la música. . . .

—¿La música? ¡Nunca te he visto llorar por eso!

—No sé entonces; la emoción quizá. . . .

—¿Qué emoción ni qué niño muerto, chiquilla?

—Puede que todo junto—dijo Aurorita, limpiándose las lágrimas y cerrando el piano.—Pero fuere lo que fuere, no te pongas así, mamá; no gruñas, no rezongues, porque te juro que estas lágrimas son de una inmensa alegría.

Y Aurorita besó frenéticamente a Doña Petra, que desarrugó el ceño como por encanto.

Sobre la mesa humeaba la cazuela panzuda, esparciendo un olorillo grato, a comida bien sazónada, a cocina sabrosa y hogareña.

## II

"La su seña va tendida"

Romancero del Cid, Romance XV

**A**URORITA considerábase la mujer más dichosa de la tierra. Estaba llena de felicidad. Cuando salía de mañanita a dar sus lecciones de piano, taconeando menuda y graciosamente por las viejas calles de Ciudad-Dorada, luciendo el buen gusto de su vestidito honesto y casero, grandes rollos de papel de música en las manos enguantadas y finas y ceñida la gentil cabeza en la pintoresca levedad de un velito de encaje, brillábale su ventura en el fondo transparente de los ojos. . . . Iba alegre como una risa y rítmica como una copla. El ensueño era su galán y la esperanza su compañero. . . .

Y en los templados días de sol, a primeras horas de la tarde, por la ancha y larga carretera bordeada de altos álamos, a la sazón desnudos por la inclemencia invernal, cuando ella paseaba al lado de Alvaro, recitando su dulce canción, cotidiana, la canción de las íntimas y aladas estrofas de ese eterno y divino madrigal de la juventud y del amor, Aurorita no se cambiaría por la reina más poderosa del mundo.

Orgullosa de su ventura y de su humildad, miraba como las señoritas más principales de Ciudad-Dorada, los acechaban de reojo, y luego de contemplarles un instante sonreían irónicas, como diciendo respectivamente:

—¡Miren la profesorilla de tres a cuarto! ¡No va poco boba porque la acompaña "ese"!

Aquella sonrisa de las más empingorotadas paseantes era algo cruel y ofensivo, era mofa de los zapatitos baratos que calzaba Aurorita, de las pieles modestísimas que ceñíanla el cuello, del sombrero pasado de moda que lucía en la cabeza; era burla de su condición humilde y escarnio de su insignificancia. . . . Pero Aurorita gozaba con ella, porque sabía bien que aquella sonrisa con que

trataban de vejlarla no era en el fondo sino despecho mal contenido y mal disimulada envidia. . . .

Algunas ricas herederas, al pasar en sus carruajes cerca de Aurorita y de Alvaro, le miraban a través de los cristales y sonreían y cuchicheaban también. . . .

Doña Petra, que acompañada de algunas señoras conocidas iba a conveniente distancia de los novios, a su vez notaba el efecto que iba produciendo la dichosa pareja, y decía para su capote:

—¡Las ricas! ¡Bien me le envidian y bien se repudren! ¡Pues chincharse amiguitas! ¡Hubiérais tenido gracia para llevárosle vosotras! . . .

Carmen solía detener a su amiga en el paseo, y acostumbraba a decirle, de modo que nadie se enterase más que ellas, en tono de afectuosísima chanza:

—¡Ni que fueras boba! ¡Qué importancia te das! ¡Pues, hija, no te le cambio por "mi" teniente!

—¡Ni yo tampoco!—contestaba Aurorita.

Y las dos amigas se estrechaban efusivamente las manos y reían felices.

Otras veces separábase Carmen de "su" teniente, iba hacia Aurora, apartábala un poco de Alvaro y la decía, atropellándose:

—¡Enhorabuena! Ya sé que tu suegro va a ser ministro. ¡Oye, me ascenderás a Felipe!

—En cuanto volváis del viaje de novios. . . . ¡coronel! . . .

Y reían otra vez, y otra vez se estrechaban larga y cariñosamente las manos.

Felipe y Alvaro las miraban complacidos y sonreían galantes.

Cuando acercábase la hora del atardecer, y un viento invernal principiaba a gemir sobre los anchos llanos que pardeaban, desolados e inmensos, a ambos lados de la carretera, los paseantes, de retorno, se encaminaban a la plaza Mayor—modelo churrigüesco de los más sobrios y hermosos—, y allí, las mujeres en un sentido y los hombres en el contrario, daban vueltas y más vueltas, hasta que el gran reloj de la vieja Casa Consistorial dejaba caer nueve sonoras y lentas campanadas. . . .

Pero Doña Petra no iba a la plaza. Tenía mucho que trajar en aquellas horas. Don Lucas, su esposo, tenía costumbre de cenar temprano, jugaba luego en el café su imprescindible partida de dominó y acostábase entre diez y diez y media, para asistir puntualmente a la oficina. Y como en casa de Don Lucas no guisaba

nadie sino la mismísima Doña Petra, gran maestra de economía y de culinaria, a casa había que ir. . . .

Alvaro no entraba. Sus relaciones no eran formales todavía y, por otra parte, Don Lucas no las miraba con los mejores ojos.

—Muy alto picas tú, chiquilla,—solía decir a Aurorita.

—Ya sabes que no me gustan las bobadas.

Por todo ello, Alvaro se despedía respetuosamente en la puerta.

Pero de allí a dos o tres horas, cuando ya el excelente y laborioso Don Lucas hallábase enfrascado en su partida de dominó, y Doña Petra—que madrugaba como una alondra—se dormía leyendo *La Correspondencia*, y Aurorita había estudiado un poco, puesto el pensamiento en Alvaro y el corazón en sus amores, Alvaro reaparecía por aquella calle abajo y se entregaban a su florida charla sentimental a través de los hierros de la reja. . . .

Algunas noches, la ciudad parecía encantada. Una clara luna de invierno vertía el lírico milagro de su luz sobre los viejos y evocadores muros, con un resplandor de plata centelleante y bruñida. . . . Las callejuelas tenían un galano prestigio de leyenda y las altas y agudas torres un fuerte misticismo y una altivez romántica y gloriosa.

En aquel ambiente, las palabras de amor, tan leves, tan fugitivas, tenían como un acento de eternidad, parecían perfumadas, también, como aquellas rojizas piedras, con el aroma de los siglos; era como si un viejo y grande amor, que por todas partes alentaba, reforeciera en nuevos, abundantes y deliciosos brotes; era como si un rosál inmenso y milenario, sepultado bajo el polvo de las ruinas sagradas, cuajárase de rosas frescas y encendidas. . . .

**A**HORA no se lo explicaba bien, pero sentía el alma de las cosas fundiéndose en la suya, y pensaba que todo lo que allí sonase había de ser eco de la misma verdad, porque era profanación manifiesta dudar de amor allí, en aquella plaza, que era como un remanso de amor, donde las torres hablaban al espíritu con la voz misteriosa y dulce del divino amor de Dios, y los trozos de muralla decían al sentido la fragancia y el alentar del fuerte amor de los hombres.

Una de estas maravillosas noches, cuando a sus poéticas y sabrosas divagaciones se hallaban Aurorita y Alvaro, acercáronse tres estudiantes a la reja y paráronse de golpe.

Antes se habían detenido sobre el derruido pretil de un pintoresco y antiguo puentecillo que frente al bello y dorado convento se hallaba; habían paseado por un viejo y típico claustro exterior, interesante y roto, y habían mirado hacia el fondo de la plaza, hacia la campiña, donde el diáfano y remoto horizonte, todo fulgor y claridad de luna, brillaba como el vidrio de un limpio fanal sobre la tendida, ancha, y ondulante llanura. . . . Parecían indecisos. . . . Por fin se decidieron y llegaron hasta donde Alvaro y Aurorita estaban. Venían medio borrachos. . . .

Alvaro no los conocía. Los miró extrañado, y viendo que no se marchaban de al pie de la reja y que estaban clínicamente encarados con él, les preguntó con voz firme y segura:

—¿Tienen ustedes algo que decirme?

(Continúa en la página 34)





# MARTA LA MADONA DEL MILAGRO

Por Tomás Menéndez Mina (Guatemalteco)

ILUSTRACIONES Y COMPOSICIÓN DE CLARA ELSENE PECK



LA CONOCÍ en San Salvador. Era tierna y delicada como sensitiva; en sus ojos había vaguedades y tristezas que la daban el aspecto de una Mater-Dolorosa; su boca tenía sonrisas dulcemente enigmáticas; y en su frente, tersa y suave como pétalo de fragante azucena, se transparentaba el luminoso ideal que animaba aquella cabecita de madona.

Se llamaba Marta, y como aquella de Magdalo conocía todas las exquisiteces de la bondad, siendo la dulce reinécita de un hogar donde brillaba la miseria en todos sus horrores.

Hija única y mimada de padres muy ricos, había renunciado a todos los placeres del lujo y de la buena posición por unirse a Gabriel, su pobre y amante Gabriel, que no podía ofrecerle más que el tesoro de su amor y sus penurias de estudiante.

Fué un matrimonio clandestino, que no perdonaron jamás los orgullosos padres de la joven: así fué como, una mañana muy fría, salió de Guatemala la enamorada pareja, con el alma repleta de amor, pletóricos de ilusiones y exhaustos de fondos los bolsillos.

Llegados a la pródiga tierra cuscatleca no carecieron de recursos, pues pronto obtuvo Gabriel un modesto empleo que le permitió alquilar la pieza de un mesón, ocupado en su mayor parte por estudiantes y personas pobres.

Marta lloraba silenciosamente. Iba a ser madre y la angustia la devoraba. Se resignaba a la miseria, soportaba el hambre, el frío, la desnudez, el desamparo, con angelical mansedumbre; pero su hijo, su hijito que iba a venir al mundo en el mes de la inclemencia, el mes de los horrores para los desvalidos. . . . Aquella idea la torturaba, la enloquecía. Por su hijo ¿qué no haría por su hijo? Y pensaba con angustia, con obsecante desesperación: ¿Dónde, Dios mío, dónde hallar dinero? Dinero, sí, dinero para preparar la canastilla del bebé.

Un día, presa de extraña postración nerviosa, después de un prolongado ayuno, rendida por el insomnio y las molestias consiguientes a su estado, se abandonó tanto a sus propias meditaciones que la sobrevino una especie de dulce letargo; una inconciencia benéfica que, por un momento, la arrancó de la amarga realidad. La llegada de Gabriel la sacó de aquel éxtasis y, cosa extraña, ella, la enferma, la doliente tuvo fuerzas dulces, consoladoras para levantar el abatido espíritu del infatigable esposo; y al fortalecerle se sentía ella misma animada y convencida. Las ideas, como travieso enjambre de multicolores mariposas, rebullían en su cerebro y algo la decía que su intelecto, santuario de las más ingenuas ensoñaciones, y su corazón, urna exquisita de los más intensos amores, serían un venero de bienestar para el futuro ser. . . . ¿Porqué no? Ella sentía que sus pensamientos, como tímidas crisálidas, estaban prontos a romper su cárcel y volar, a merced de su pluma, a parajes muy lejanos.

Había leído en uno de los diarios de mayor circulación, que desde aquella fecha, 15 de noviembre, podían trabajar los intelectuales a fin de tomar parte en un concurso: dicho diario premiaba el mejor cuento de navidad con doscientos pesos, a más de asignar al agraciado una plaza en la redacción, con sueldo no menor de cien pesos mensuales. El plazo espiraba el veinte de diciembre y el 25 se adjudicaría el premio. Y Marta, deslumbrada y gozosa, sin atreverse a confiar a su Gabriel las esperanzas que la inquietaban, que la movían a querer disputar para su hijo aquella fortuna, le prodigaba mil ternuras; consolaciones nuevas que fueron como un lenitivo suave a las penas que embargaban aquel ánimo decaído.



Vino la noche y mientras Gabriel, vencido por la fatiga, soñaba con palacios encantados y con todos los tesoros del oriente para ofrendar a su amante compañera y al hijito de su amor, ella, la abnegada esposa, velaba: su imaginación la llevaba lejos y con todos los esplendores de la fantasía, con toda la magnificencia de lo sublime, veía la sencilla escena de Belén, iluminada con los fulgores de la vida imaterial. La púdica hija de Nazaret, la flor de la eterna belleza no tuvo un girón de tela para cubrir la sonrosada carne del Niño Dios. Y Aquel, con sonrisas divinamente bellas pagaba a la mula y al buey la limosna de su alimento tibio, para su cuerpecito friolero de Niño humano. ¿Cómo aquella madre celeste, no tendría piedad de ella . . . de aquel niño suyo, tierno, delicado, bello y puro como el dulce Jesús?

Conteniendo apenas la respiración, como un ladrón que temiese ser sorprendido, abandonó el lecho: su corazón latía fuertemente, sus ojos vertían lágrimas que no cuidaba de enjugar. Movida como por una fuerza misteriosa, llenó muchas, muchas cuartillas, hasta que la luz del alba, al penetrar indiscreta por el único ventanuco de la habitación, la hizo volver a la realidad conciente. Medrosa, como si hubiese cometido una mala acción, escondió los papeles y fue a reposar para que, al despertar Gabriel, no se alarmase por su palidez, consiguiendo a la noche de vigilia.

Muchas otras noches se repitió esta escena de suprema abnegación, y cuando llegó el día prefijado, ya Marta, ávida de obtener aquella magnificencia, que no dudaba la vendría de lo alto, había enviado dos bellísimos cuentos, dos joyas en las que había trabajado con indecibles esfuerzos;

en la una, la excelitud de la maternidad, de esa maternidad feliz para la que no hay pesares ni lágrimas; aquélla que ella ambicionaba para embellecer la vida terrena del hijo de su alma. En la otra, como en un diamante raro, irradiaba el dolor, dolor latente, cruel, desesperado, de una madre que, mientras el mundo canta en esa noche del hogar, en esa noche bendita que para todos tiene un encanto indecible de Noche-Buena, ella, desolada, habiendo visto sucumbir al esposo adorado, siente-áridos los ojos, muerto el corazón, el alma huérfana y los senos exhaustos para dar la vida a aquel pedazo de su ser.

Bajo dos sobres distintos y con letras diferentes, sin consultar a su Gabriel, envió las dos composiciones: una firmada así: Marta; la otra fué a nombre de Gabriel.

LENTOS corren los días para los que esperan, pero al fin llegó la Noche Buena, la noche santa, la que deja una estela luminosa para todas las edades, la noche de imborrables recuerdos, que ponen en la mente como una fragancia ideal de los días de la infancia.

Las campanas al vuelo convidan a bullicio, y los seres, ávidos de gozo, cantaban a pleno pulmón:

Esta noche es Noche Buena  
Y no es noche de dormir.

Tampoco dormía Marta: en su desmantelado cuartito sólo brillaban, con fulgores de intensa felicidad, sus dos hermosos ojos. Muy pronto besaría al hijo de su amor, que había escogido aquella noche de gloria para hacer su entrada triunfal en el mundo. 'Gabriel lloraba. En aquel momento de silenciosa desesperación le sorprendieron las alegres voces de sus amigos y vecinos. Le llamaban; querían que por fuerza fuese con ellos. Mas, pronto supieron su angustia, comprendieron la magnitud de aquel desamparo, y en un momento aquellos risueños muchachos renunciaron al placer que les convidaba y con noble desprendimiento vaciaron sus bolsillos, poniendo a disposición del atribulado esposo todo lo destinado a aquella noche de holgorio, y en vez de lanzarse a la calle en busca de aventuras fué alguien por un médico, otro a la inmediata botica, y los menos ricos trajeron almohadas, colchones, mantas y hasta los pocos trastos de que podían disponer.

¡Oh, bendita solidaridad estudiantil! Aquel niño a quien nada esperaba en el mundo, tuvo por madrina el espíritu sacrosanto de la humilde caridad.

Marta embebida en aquel nuevo e inmenso amor que la llenaba y absorbía todas sus horas, feliz con aquellos gorjeos inteligibles, orgullosa con su dignidad de madre, había olvidado completamente sus sueños de ambición.

Pero un día Gabriel, muy sorprendido, recibió una nota del director del diario, suplicándole pasase por la redacción a recoger el premio a que tenía derecho, y además, el honorífico nombramiento de redactor en jefe.

Marta creyó morir de felicidad, y entre lágrimas y caricias confesó a Gabriel su locura, su atrevimiento. El la recompensó con el mejor de sus besos.

Obligado a no descubrir la incógnita, fué Gabriel a entrevistarse con el director, enterándose que "de los otros concurrentes era una dama, Marta, la que estuvo cerca de merecer el premio por la ternura y sentimiento desplegado en su composición; pero como los cuentos de las mujeres sólo son propios para entretener a los niños en las veladas largas del invierno. . . ."

Así fué como el pequeño Manuel vino al mundo en la Noche Buena, la noche de las dulces recordanzas, de los místicos ensueños: vino como un gaje celeste a inundar de felicidad y bienestar a aquellos amantes corazones, a



aquel hogar enlucido por la pobreza. Y ella, Marta, era feliz: ella que bebió la inspiración en el establo de Belén, ella que se dejó arrastrar a campos desconocidos, a mirajes celestes por salvar a su hijo de la miseria, ella que halló con paso temeroso e inseguro aquel campo ajeno a sus aptitudes gozaba sin medida. ¡Con cuánta ternura invirtió aquel capital en ataviar a su bebé, a su lindo bebé, aun más embellecido con cintas, blondas y tules.

Marta siguió escribiendo; fué inútil que Gabriel quisiera disuadirla. El, además de sus estudios, tenía que cumplir con su deber de empleado, mientras que ella, durante los ratos que su ángel cerraba los ojos para mirar al cielo que dejó, se sentía triste y tan sola que la era preciso ocupar su imaginación. Y era ésta tan fecunda, tan vigorosa, ya robustecida por el amor del hijo, que jamás el director tuvo queja de su jefe de redactores, pues si raras veces se presentaba en la redacción, nunca echaron de menos los lectores sus brillantes y bien sentidos artículos.

En distintas ocasiones, Marta fué triunfadora de otros concursos, pero siempre con el cuidado de ampararse tras un seudónimo masculino, *no olvidando el justo y concienzudo fallo* de aquel tribunal calificador del cuento de su esposo.

Por otra parte; era tan modesta y estaba tan llena de amor que ni por todos los mundanos aplausos, por todas las glorias de la vida cambiaría su dicha de esposa y madre.

### Treinta Años Después

MI VIDA de solterón empedernido sin objeto es igual a la de antaño, y aunque la nieve de los años emblanquece mi cabeza, aun siento arder mi cerebro en volcánicos anhelos. Se esfumó la juventud, pero en mi sed por retenerla aturdo la soledad de mi existencia con las enloquecedoras diversiones propias de aquella dichosa edad distante.

Sintiendo las nostalgias del terruño y siendo de gran renombre las Minervalias de Guatemala, hacia ellas se inclinaron mis deseos y tomé el primer tren y el primer barco que debieran conducirme a mi ciudad.

MI primera visita fué al jardín central, sitio elegido para las fiestas. Las cuatro calles adyacentes estaban literalmente llenas de la muchedumbre ansiosa de no perder ni uno solo de los números del programa anunciado.

De lejos pude admirar las miriadas de colegialas que, como multicolores mariposas, llenaban el jardín. Las arcadas del palacio y los portales eran insuficientes a contener tanta belleza que se había dado cita para aquella hora. Arcos colgantes, ramilletes, cortinas, y cuanto de grato pudiese ambicionar la vista, estaba concentrado en aquel lindo sitio que era la portada de los grandes festivales.

Sería la una del día cuando la gran columna llegó al gran palacio de Minerva, augusto templo de arte y de belleza que, a los cuatro vientos, pregona la excelcitud de la instrucción como base del progreso y engrandecimiento de los pueblos. La aglomeración en los campos y jardines de Minerva era inmensa; los autos y carruajes llenaban las amplias avenidas, y la juventud, ávida de los festivales, llenaba los suntuosos pabellones, bajo los halagos de las clásicas marimbas.

Mareado por la volubilidad de aquel mar humano, y ensordecido por las distintas músicas, disponíame a regresar al hotel, cuando fui sorprendido por un querido amigo de los viejos tiempos que, sonriente y efusivo, vino a darme la bienvenida a la proverbial tierra de la donosura y gentileza.

Con él fuí aquella noche a los encantadores salones de las minervalias, y regresé harto de luz, de belleza y de armonías, enfermo de nostalgias, al evocar los derroches de elegancia de aquella corte de supremas beldades; decididoras y garridas como las hijas de Andalucía; esbeltas y gentiles como las inimitables parisinas; suaves y aterciopeladas, con sonrisa indefinible en los negros ojos y en la fresa de los labios; autócratas soberanas del dios amor, y dignas todas ellas de ser perpetuadas en un divino lienzo de otro Vinci.

Sonaba despierto, evocando los mil y un encantos de la noche pasada, cuando vino Paco a llevarme a los nuevamente rebosantes campos. A poco dejóse oír los acordes alegres de una marcha triunfal anunciando el desfile de carruajes por la ancha avenida, alfombrada de blanco y rojo. Los coches venían al paso, todos ellos cubiertos caprichosamente de blancas azucenas, nardos y jazmines.

A la vanguardia venía una litera descubierta y una linda señorita, simbolizando la Gloria; iba sobre un sugestivo pedestal en cuya base se leía la siguiente inscripción latina: "*Labor Improbis Omnia Vincit.*" Seguía un coche, que simulaba la severa portada de un edificio, con la siguiente leyenda: "*Escuela para el porvenir.*" Y bajo dicha portada, una anciana, de irreprochable majestad, con la frente erguida y la cabeza nimbada por la nivea blancura de los años. Y el desfile era interminable.

—Y bien, dije a Paco, —¿De qué se trata?—Se trata, replicóme, —de esta heroína, dulce y resignada, como una santa, débil mujer que de su misma flaqueza ha sacado sufi-



ciente luz para ser faro, no sólo de su hogar sino de muchos hogares.

En aquel preciso momento la anciana descendía, aclamada por la apiñada muchedumbre, mientras las cabezas de todos los concurrentes se inclinaban a su paso.

Luego de instalada en el sitio de honor, ya preparado para ella, y cuando se hubo extinguido el clamor de los desbordados entusiasmos, el señor Ministro de Instrucción, en nombre de la República, declaró BENEMERITA DE LA PATRIA a la humilde fundadora de la ESCUELA PARA EL PORVENIR.

ACTO seguido declaró inaugurado el monumento, consagrado a la heroína; un sencillo pedestal sobre el cual descansaba el busto de una hermosa mujer que yo conocía: la mirada soñadora, la tersa frente sombreada por una cascada de rizos y la gracia que emanaba de aquella sonrisa, mas bien de los ojos que de los labios, movieron mi curiosidad a buscar en mis recuerdos la beldad, real o soñada, que evocaba en mi memoria el blanco y frío busto. Algo sabía y conocía yo de aquella mujer resucitada en el mármol; pero ¿Dónde y cuándo la había visto? ¡Eran tantos los años trascurridos!

Ya el orador hablaba y no me había dado cuenta de ello, intrigado por la duda de quién fuese la persona que el busto me sugería. Mas de pronto, el panegirista dejó



"El niño crecía dando muestras de precocidad encomiástica, y ella, sin desatender ninguna de sus grandes obligaciones, tuvo tiempo para poner la base firme de la sólida educación en aquel ser, que ella deseaba resplandeciese con todas las virtudes masculinas."

"Las noticias de la excelente mujer llegaron a todos los ámbitos de la república y bien pronto recibió solicitudes de distintas partes para que admitiese bequistas."

"Así las cosas, un inesperado y luctuoso acontecimiento vino a marcar nuevo rumbo a la empresa de nuestra heroína: su anciano padre, harto arrepentido de su conducta cruel para aquella hija mártir, dignificada en el crisol de la adversidad, y antes de emprender el viaje sin retorno, la llamó para nombrarla su heredera y ponerla al momento en posesión de lo suyo, pues la esposa no tardaría en seguirle."

"Viéndose rica y satisfecha de hermosear, por todas los medios, la eterna lobreguez de su bien amado esposo, no desmayó en sus labores, antes bien, las ensanchó fundando la gran escuela del Porvenir. Al principio aceptó como bequistas diez señoritas, las que a medida que recibían educación devengaban un sueldo en la imprenta y en el profesorado; pero en vista de que no todas tenían vocación para esos ramos, amplió la esfera en que debieran capacitarse y anexó distintos talleres. Las jóvenes educandas tenían alimentación y vestido gratis, mientras no percibían salario; salario que estaba en relación a sus esfuerzos. De ese sueldo pagaban después un 25% para sus gastos indispensables, otro 25% abonaban a su deuda y servía para las mejoras del instituto; mientras que un 50% íntegro ingresaba en la caja de ahorros para entregarlo, ya capitalizado, a la joven que hubiese terminado su aprendizaje. El objeto de la noble dama fué hacer mujeres aptas para la vida y augurarles relativa tranquilidad contra los reveses del destino, con una profesión u oficio; ponerlas, en fin, en el camino del honor y la prosperidad, escudadas en un dote debido a sus propios esfuerzos."

Dote que, según el reglamento de tan importante institución, no debería bajar de cien dólares, como mínimo capital.

Tres años después, aquellas señoritas salieron formadas para el porvenir, con el dote que las facilitaba instalar un hogar, teniendo una base firme para ayudar al esposo a poner los cimientos de la felicidad propia y de los hijos.

Al presente suman varios centenares de matrimonios felices los que a ella deben el conocimiento exacto del escabroso camino que llamamos, NECESIDAD, DEBER. Su benefactora, su pródiga y previsora madre moral, tuvo la clarividencia de la mujer fuerte y feliz por el trabajo, a raíz de la inspiración que, como gacela fatigada y muerta de sed, bebió a torrentes en el oscuro portal de Belén; luminoso astro que albergó en su seno la luz sacrosanta de todos los soles.

"La escuela del Porvenir cuenta quince años de existencia, y en ese lapso de tiempo, su dignísima fundadora ha realizado sus filantrópicos fines, sus altos ideales en pro de la mujer, de la manera más sólida y laudable. Si el mundo, sobrado egoísta con los predestinados, ha sido avaro para devolverla la felicidad extinguida, e impotente para dar nueva luz a los apagados ojos que fueran el lumínar de su existencia, en cambio la patria agradecida y orgullosa de albergar en su seno joya de tal valía, la glorifica en vida para que la historia perpetúe el nombre esclarecido de la modesta creadora de tan excelsos fines. Y aunque su ilimitado altruismo no aspira a más recompensa que la diadema de perlas con que a diario la coronan los ojos sin luz del esposo agradecido, la gratitud nacional cumple un acto de justicia al poner sobre su frente el laurel del triunfo, como precursor de las hermosas e inmarcesibles flores de admiración que las generaciones futuras tributarán a su memoria."

Tal dijo el orador y yo, embelesado en la contemplación de aquella santa y magnánima mujer, sentí renacer en mí el recuerdo, sin mácula, de aquella noche-buena, la noche de las dulces recordaciones, la única verdadera noche-buena de mi vida, tal vez porque pude hacer una muy bella caridad al vaciar mis bolsillos en aras de una pena que dejó en mi alma como un vagoroso perfume de idealismo y una íntima alegría de haber puesto mi óbolo voluntario en aquel humilde nacimiento.

SI HUBIERAN muchas de esas instituciones y muchas de esas mártires del deber que ponen en acción las experiencias de su vida y los recursos de su talento para evitar a sus hermanas los sacrificios por que ellas pasaron, ¡cuántas lágrimas se ahorraría el mundo, cuántas miserias

se evitarían, y cuán bellos ejemplos flotarían en los espacios sociales para nuevas inspiraciones y nuevos templos minervinos que, a imitación del guatemalteco, coronaran las frentes de sus preclaros hijos!

Y sirva este ejemplo de estímulo para las madres al encauzar las tiernas imaginaciones de sus hijitos hacia las cada día mayores y mejores oportunidades de la mujer, con el fin de que en tiempos no lejanos surjan muchas *Martas Madonas* que hagan el milagro de salvarse, contribuyendo a la salvación de otras.



escapar un nombre: Marta, la clave de mi enigma. ¡Marta! la madona del milagro, como cariñosamente llamábamos a la esposa de Gabriel, el querido camarada que más tarde fué notabilísimo ingeniero y que por desgracia encontró la muerte en el derrumbe imprevisto, de una mina en Honduras.

—No chico—díjome Paco, al exponerle atropelladamente el despertar de mis recuerdos:—no murió, pero quedó ciego, completamente ciego, y con ambos brazos destrozados: escucha al orador y ya verás si cabía más desgracia a la joven esposa. Y escuché.

"Ella no se desanimó; el amor la prestó fuerzas sobre-humanas; cobró lo que los empresarios debían a su esposo y sola con su enfermo y con su niño se vino a esta capital, alentando la esperanza de trabajar para ganar mucho, bajo un ambiente más amplio y progresista. La casualidad la hizo emprender un género de trabajo en un campo ya conocido por ella y donde podía ensanchar sus aptitudes: se hizo cargo de la redacción de un periódico dominical y a la vez abrió un colegio. La Providencia colmó sus afanes; poco tiempo después transformó en diario su hoja y a su escuela diurna concurría un emjambre de lindos niños de la mejor sociedad, que pagaban a precio de oro, no sólo la enseñanza impartida a sus hijos, sino también la abnegación sin límites de la esposa admirable."

"Ya bien sentada su reputación de maestra, contrató un buen profesorado y para amenizar las horas muertas de su pobre ciego, fundó su escuela de canto y música para las horas nocturnas. Su labor era inmensa y apenas la quedaba tiempo para el nocturno descanso."





# LA IRONIA DEL AMBIENTE

Por Luis Siquier Roses (español)

ILUSTRACIONES DE C. CLYDE SQUIRES



EL protagonista de nuestra historia resuelve casarse. La vida frívola y engañosa de su soltería no le otorga

el calorillo afectuoso que le pide el corazón.

El buen Teodoro, hablando seriamente, con toda su alma, entra en estas severas reflexiones:—Paso de los treinta. Soy lo que puede conceptuarse un hombre de mundo. No me jacto de ello; pero los oropeles con que se engalanan el fingimiento y la astucia ni me sorprenden, ni me subyugan. Poseo la rentecilla legada por mi difunto tío, que para el disfrute de las horas dulces, junto a una modesta esposa, me basta. El orden moral que ofrece el regazo del hogar lo considero necesario para que no se degrade la delicadeza de mis gustos. Así veré los bellos colores del mundo tras los cristales del verdadero cariño. ¡Nada! ¡nada! debo buscar la mujer que haga cambiar mi situación.

En efecto, no fué cosa de más soliloquios, sino obra inmediata, el comienzo de las diligencias para el encuentro de la gentil doncella que reuniera los encantos convincentes a candidata del tálamo nupcial, que se proponía formar el desengañado soltero.

Acude a las reuniones de las fiestas de salón con una asiduidad de la cual él mismo se aturde. Su conducta presente con la de antes ¡qué contraste...!

El mariposeo de las charlas sociales sin el aderezo picaresco y retozón a que estaba azeado Teodoro, aunque él no fuera capaz de soltar un mal chiste, a ratos le deprimía el espíritu, invadiéndolo de modorra y desaliento. Pero se repenía en breves instantes, sacudido por el abanico de arreboles que le indicaba en los confines de su esperanza, un nido tierno y feliz, y al día siguiente reanudaba sus cacerías matrimoniales, siempre con la magnífica ilusión de atisbar alguna bonita pieza.

Pasaba el tiempo, y el ave no extendía las blancas alas de su magestuoso vuelo ante las escrutadoras visuales de Teodoro. . . .

Algo descompuesto en sus planes, confió a la discreción de una encofetada y obesa solterona, a quien visitaba con frecuencia el poco afortunado inquiridor de esposa, las sinuosidades que aparecían en su camino, tan noble y digno de apoyo como el de casarse. La dama aludida, ensanchando desmesuradamente sus párpados al percibir en el tímpano de sus grandes orejas la revelación de Teodoro, exclama, lanzando una sonrisita de conejo astuto: ¡va señor Teodoro, no hay para tanto! No quiera usted que le regalen los oídos. . . . Una persona de sus prendas. . . .

—Le hablo con el corazón,—replica Teodoro, con su mayor ingenuidad.—Señorita Palmira, me hallo algo vacilante en mis esfuerzos asiduos de seleccionar una compañera afín de mi modo de ser.

—Si parece cosa de risa, señor Teodoro. . . . ¡Qué más quisieran muchas. . . .! Vamos que tendrá usted una bien traída bromita con sus insinuaciones. . . .

EL ASENDEREADO galán en ciernes, viendo que la entrevista tomaba un cariz algo embarazoso, procura despedirse de su maliciosa confidenta, con la mayor celeridad que le permite su natural cortesía, no sin rogarle la circunspección y reserva adecuada a sus explicaciones.

El confiado Teodoro dió en el más absoluto olvido las palabras de la solterona Palmira, a quien, por el contrario, las pretensiones de Teodoro fueron cayendo como gotas de tónico restaurador en su agitado corazón, que si mal no se recuerda, contaba sus cuarenta y cinco o cuarenta y ocho otoños de doméstico uso.

Por fin el hada bienhechora, toca con su varita de marfil las espaldas del aspirante al himeneo, colocando una angelical muchacha cerca de las ansias del futuro marido.

Ojos azules, de una transparencia de amanecer, claro espejo de un alma sencilla; boquita de nuez, tan fresca como pequeño manojito de cerezas, recién acariciado por el rocío matutino; naricita carnosa e insinuante; cutis de armiño; talle esbelto; pies diminutos: tal era la fascinadora mujer que impresionara profundamente a Teodoro.

Los velos de la noche empezaban a revolotear por el cielo, ligeramente teñido de púrpura. Los muebles del saloncillo de tomar el te, iban perdiendo sus salientes contornos y adquirían, difumados por las grisuras del crepúsculo, líneas más suaves y plásticas. El ambiente tibio de la florida primavera parecía trasformarse en hermosa matrona que arrojava un hálito embriagador, impregnado de perfumes de manzana.

Y allí, en la recatada y coquetona estancia de ella, Teodoro, sentado en una butaca de terciopelo verde, frente a su anhelada ilusión, hablando en tono confidente susurraba el neófito:

—¿Por qué no hemos de amarnos, amiga del alma?

Acaso no nos asisten los legítimos deseos, que todo humano corazón debe alimentar, del logro de la mayor intensidad de la vida de nuestro espíritu, con la plenitud del vigor y hermosura del cuerpo, por la suprema fuerza del amor, que se desborda en un cálido beso del galán a su doncella, cual las auras del amanecer palpitan y estremecen de gozo las rosas de los cármenes.

Si esos ojos, que por la frescura de su color el cielo envidia, ablandaran su clara mirada, tornándose temblona y húmeda bajo el delicioso influjo del fuego del sentimiento, tendrían las chispas del diamante para penetrar y extasiarse de placer en los ocultos paraísos del mundo del amor, que son la vida en su noble y alto grado, llena de tornasoles de arco iris.

¿No es el amor la única verdad bella, útil y perfecta de la razón de nuestra existencia?

¿No vivimos más en menos tiempo, los segundos no representan decenas de años, un instante no vale una época, cuando nuestros pechos se hallan encendidos por la exaltación del enamorado. . . .?

Por esos labios de miel quiero escuchar como la más embelesante melodía, susurros de irreprimible anhelo, secretos de pasión, risas entrecortadas por el cosquilleo de la dicha. . . .

—Sus manos abrazan, señor Teodoro. Sabe usted hablar muy bonitamente. Una vez, todavía iba a la escuela, Carlos me dió unos versos en que había muchas de las mismas palabras que usted acaba de decir. Yo creo que usted exagera un poquito, sobre todo en los elogios. . . . ¿A qué no acierta usted lo que me gustaría en este momento? pues que fuera usted tan amable que me cogiera aquel clavelito (señala con su índice sonrosado y cariñoso, por la ventana que mira al jardín, abierta de par en par, la roja flor que borra su enérgico y valiente color bajo las penumbras nocheriegas como la llama se desvanece bajo la capa de las cenizas), que estaba contemplando palidecer en la lucha de la desaparición del día para dar paso a la oscura noche. La noche es fea ¿verdad? ¿Le agrada a usted la noche, amigo Teodoro?

TEODORO respondiendo maquinalmente, como si su voz descendiera de ultratumba.—La noche, la noche, es la maga de los grandes pensamientos y de las grandes locuras. La noche es el sol de nuestras pasiones y la embriagadora de nuestros sentidos. Es ilusión, aroma, símbolo. . . . ¡Cuán bella es la noche. . . .! (Deja caer Teodoro su mano derecha sobre una de sus piernas, con aire decepcionado, porque el amor que anhela no corresponde en ella. Bajo la presión de sus costumbres de caballero, se levanta con dejo melancólico, dirigiéndose a tronchar el clavelito que robó la atención de su amiga a las frases que él vertiera con tanta fe y sinceridad. Entre los jirones de luz y sombra en que se halla inundado el jardín, Teodoro, con silueta imprecisa, avanza cual si estuviera navegando por un mar de dudas y misterios. De regreso ofrece a su linda peticionaria la codiciada rama, quien la acoge con muestras de alborozo. Teodoro exclama.)—Su ingenua inocencia es muy digna de usted. El cielo, el infierno y el limbo también existen en este planeta. Creo que yo me encuentro más cerca del infierno que del cielo, pero a usted, tal vez, si no supiera donde verla, llamaría a las puertas del limbo, (aparte en tono de

despecho) para llevármela al infierno.

Confusa y recelosa, desgrana unas cuantas notas de su risa.

Se despidió de ella Teodoro, poniéndose a los pies de la muchacha.

En la soledad de su gabinete, sentado hacia uno de los lados de una butaca de terciopelo verde, y siguiendo con la vista las caprichosas espirales del humo de su habano, escucha Teodoro las dos de la mañana. El torneado pie de la lámpara de su amplia mesa de despacho, color nogal rojizo, brillante y ordenada, extiende un disco de hirviente y diabólica luz, cual ojo irónico que observara el fugaz e ilusorio proceso de nuestro ser, bajo la pantalla del escepticismo.

Teodoro, dirigiendo sus miradas al techo, cual si fuera encantada bóveda de mágicas visiones, aparecía en su mente la sugestiva figura de ella, ora escuchando embelesada la palabra insinuante y conmovedora del amante, ora cabalgando en brioso caballo por un paisaje de infinitos horizontes.

LA BOTELLA de cognac se perfila sobre la mesa con aire tentador, cerca de una fina copita de cristal veneciano.

Teodoro hace algunas libaciones, y vuelve a sumirse en fríos raciocinios psicológicos.

Reposa la noche con su magnánimo silencio. La brisa conmoviendo los añosos árboles del vecino jardín silba y murmura cantos de leyendas de princesas cautivas.

Risotadas explotan en la calle, que hienden la atmósfera como lluvia de estrellas: son los incorregibles noctámbulos que rinden culto a los apetitos de los sentidos, dioses de la carne.

Los párpados de Teodoro se cierran muellemente para abrirse en el esplendente mundo de su imaginación, de su mundo, propiamente suyo, en que no caben más que los gratos afectos. . . .

Un rayo de sol hiere la frente de Teodoro. . . .

Son las diez de la mañana.

Suena el timbre de la puerta de entrada.

El criado anuncia a Teodoro la presencia de la señorita Palmira, quien desea cambiar breves palabras con su antiguo confidente.

Con ligero desconcierto en sus ideas, Teodoro recibe a la importuna visitante.

—Señor Teodoro, quizá extrañará. . . lo temprano de la hora, pero entendí que entre nuestra estrecha amistad ciertos miramientos y reparos podrían significar una frialdad de relaciones, que por mi parte lamentaría mucho. . . .

—¿Verdad? amigo Teodoro. . . . (desatando la sonrisita de conejo).

Tengo grabadas en la frente aquellas insinuaciones que con amargura en el acento me dijo usted en voz baja. . . .

¿Se acuerda usted. . . .?

¿A qué conozco el remedio, amigo confidencial. . . .?

A lo que repone Teodoro:

—El remedio no lo necesito ya. Lo hallé entre los abrojos de la experiencia. La mujer desde que nace es un vano estuche de monerías. La vida para ella es un juego de muñecas y nada más. El hombre, un monigote de sus gustos. La receta no está en disposición de proporcionarla usted, señorita Palmira, que es una de las enfermas. La medicina está en el escepticismo. . . . .



Y allí, en la recatada y coquetona estancia de ella, Teodoro, sentado en una butaca de terciopelo verde, frente a su anhelada ilusión, hablaba en tono confidente



# De la vida norteamericana

## LO NUEVO Y LO PRACTICO

MI QUERIDA MARUJA:

Ya me tienes otra vez de regreso en los Estados Unidos, después de haber sido, durante unos cuantos meses, la compañera de Papá en su visita de inspección a todos nuestros Consulados de América. . . . El viaje ha sido delicioso, y no hubo capital americana donde no me creyera en tierra propia. Mucho nos agasajaron y, en la continua y mutua siembra de afectos, muchas también fueron las amistades que obtuve y que quiero cultivar con el mayor cariño. De todas ellas, como de mis íntimas de España—entre las que tú, Maruja, inolvidable siempre, ocupas el primer lugar—recibo amables cartas, solicitando, unas y otras, que les dé cuenta de las novedades que en las grandes tiendas de Nueva York me encuentre. ¡No se me pide poco! El tema, en cuanto con la mujer se relaciona, es inagotable, y a tí quiero brindarte las primicias.

No siéndome necesaria la Retórica para reflejar mis impresiones en mis respuestas, a todas voy a complacer desde esta página que el ilustre Director de la de mundo a mundo tan admirada PICTORIAL REVIEW nos abre galantemente. ¿Y desde dónde mejor que desde una página de la PICTORIAL REVIEW, el insustituible órgano de los hogares, que de tanta popularidad goza en España y América, pudieran *asomarse*, eficazmente, mis múltiples impresiones? ¿Y a quién mejor que a tí pudiera dirigirse ésta mi primera carta?

Sé que tú, gentil madrileña, la comentarás con nuestras amigas en las tardes del Ritz o del Palace, entre un sorbo de te y un paso de *fox-trot*, mientras yo recorro incansable los excepcionales establecimientos de la Gran Ciudad, como llaman los norteamericanos a su *old and dear New York*, en busca siempre de novedades que comunicarnos.

Pero como, yendo sola, resultarían para mí demasiado monótonas estas excursiones, he decidido buscar una grata acompañante y muy de mi gusto la he encontrado en la persona de Miss Mabel Harvey, culta y encantadora neoyorkina, capaz de hacerme conocer hasta lo más oculto de esta inmensa cosmópolis.

Intentaré detallarte, querida Maruja, todas las novedades que en este primer paseo cruzaron an tenuestros ojos.

Predominan en los vestidos de calle los colores oscuros, aunque el color oro viejo, tan en boga últimamente, aun no fué destronado; y el principal adorno consiste en bordados de trencilla de seda o de cordoncillo de oro y plata.

En una tienda de las más lujosas de la Quinta Avenida nos enseñaron preciosos modelos. Uno, de raso negro, con un chalequito de seda color oro y una banda, color oro también, anudada graciosamente al lado izquierdo. Otro, de teatro, confeccionado con la nueva tela americana "Moonglow", que puede traducirse "luz de luna", y que es un delicioso tejido de raso muy flexible, imitando la irradiación de la luz de la luna sobre las aguas del mar. . . . Es éste un material americano, completamente nuevo, que en París acaba de triunfar ante una asamblea de los más famosos modistos. Se fabrica en diversidad de colores, a cual más delicado.

Me acerqué a examinar otro vestido, de tul, color cereza, pero Miss Harvey interrumpió mi atención.

—Yo creo, Ana María—me dijo—que no está muy acertada en sus procedimientos para complacer a sus amigas.

—¿Qué quiere usted decirme?—la respondí.

—Que no es precisamente de vestidos de lo que debe usted hablarlas desde las páginas de una revista como la "Pictorial", donde en todo número se publican siempre las modas más avanzadas y las más originales, con amplia información.

—Pues, ¿de qué ocuparnos, entonces?

—De los accesorios; de las *menudencias* en boga, que son las que realmente hacen las delicias de toda dama de buen gusto.

No pude menos de reconocer que era atinadísima la observación de Miss Harvey. Por un momento me pareció, querida Maruja, que eras tú la que te hallabas a mi lado aconsejándome con tu acostumbrada sensatez.

Abandonamos, pues, el departamento de vestidos, no sin antes anotar que en todos ellos predominan las bandas, fajas y cinturones, unas veces hechos de cintas, otras de tela, y otras de metal, constituyendo la novedad suprema los cinturones chinos, compuestos de pequeños medallones color oro, con emblemas engarzados en cadenas negras o azul pastel, según el tinte del vestido.

Un estilo novísimo, para cinturones, que favorece extraordinariamente a las mujeres delgadas, consiste en pasar una cinta, a través de sendos ojales en ambos costados, oprimiendo toda la cintura, y haciendo con aquélla, desde uno y otro ojal, un nudo flojo, con dos caídas.

Los botones de cobre, para los vestidos de diario, están en plena moda. Son de estilo patriótico: en el centro va esmaltada el Águila Americana, y en derredor un círculo de estrellas. Estos botones son de varios tamaños. Grandes, para las capas militares; más pequeños, para los trajes corte sastre; más pequeños aun, para los vestidos corrientes de mañana; y casi diminutos, para las botas y zapatos.

Ante nosotras pasó una bellísima modelo viviente, de deslumbrantes cabellos dorados, cutis de nácar y rosa, y unos labios fruncidos en delicioso mohín. Tipo norteamericano legítimo. Un dibujo de carne de Danna Gibson el maravilloso pintor de las *girls*. Su atavío consistía en un traje sastre de estilo militar y botas altas, ostentando en aquél y en éstas los patrióticos botones de cobre.

Esta vez fué Miss Harvey, americana al fin, quien se quedó contemplándola. Yo, un poco irónica, la saqué de

Cartas a las Lectoras

Por ANA MARÍA OLMEDO

su éxtasis advirtiéndola:

—Mi querida Mabel, que estamos todavía en el departamento de vestidos! . . . Ella sonrió.

—¿No es bonito?—hubo de preguntarme.

—Precioso—la contesté, sincera.

Un ascensor nos condujo al piso décimo, verdadero paraíso . . . para Eva solamente. No podré describírtelo, porque sólo viéndolo se puede apreciar. A la ligera, sin detalles minuciosos que harían esta carta interminable y que habría de acabar por aburrirte, anotaré lo que más cautivó nuestra atención.

Ante todo, la nueva *vanity case*: la pequeña polvera que toda mujer lleva siempre consigo. Una polvera que parece una flor. El departamento donde se expende remeda un jardín. Las polveras imitan todas las flores; pero las más bellas son las rosas.

La diminuta caja, cubierta por los pétalos de la flor elegida, tiene dos compartimentos; el mayor, colocado en la parte inferior, contiene los polvos; en el otro, que va encima, está el *rouge*. La polvera es, pues, una flor artificial, con su característico perfume; y aun el artificio es sólo relativo, ya que tanto los pétalos como el follaje son de verdaderas flores, esterilizadas por un moderno procedimiento químico, llegando hasta confundirse con las naturales recién cortadas de su arbusto.

Se llevan sobre el pecho, en la cintura, en el cabello, sin que nadie sospeche que tales flores encierran un imprescindible secreto de tocador. La creación no puede ser más linda, más poética, ni más *chic*.

Vimos también los nuevos bolsos, de pequeñas cuentas de cristal que se combinan formando caprichosos dibujos. Algunos de estos bolsos tienen precios elevadísimos, por lo esmerado y artístico de su trabajo.

En la sección de sombrillas encontramos preciosidades, con una gran variedad en las telas, incluyendo las de rayas, de lunares, de cuadros escoceses, y de bordados orientales. Las de forma novísima son extremadamente cortas, siendo su sencillo eje de gruesa madera, a través de cuyo puño, completamente liso, pasa un rizado de cinta, formando pulsera, para llevar la sombrilla cómodamente colgada del brazo.

También atrajo nuestra atención, en el mismo departamento, el "Swagger Stick" para señoras, que nosotras llamaríamos el "bastoncito superfluo". Unos son lisos; otros llevan unido un precioso bolso; otros, una patriótica banderita. Lo curioso del "Swagger Stick" es que en modo alguno debe servir de apoyo. Es tan sólo el complemento de una airosa figura altamente *smart*, y para usarlo se necesita un *chic* especialísimo que de cada diez damas acaso una solamente lo posee. Además, de llevarse el bastón, ningún otro objeto debe llevarse en la mano; a lo sumo, el bolso, sujeto al puño, pues resultaría ridículo ver a una señora, yendo de tiendas por ejemplo, cargada con diversos paquetes y ocupándose también del bastoncito.

¡Cuánto más bello y más práctico que esta extravagancia es el uso del femenino abanico, que aquí apenas si suele verse alguna vez en las noches de ópera! . . .

Para alejar de mí inútiles meditaciones, pasamos al departamento de medias, donde nos enseñaron verdaderas maravillas. Todos los colores se usan, armonizando o contrastando con los de los vestidos. Y las hay con aplicaciones de encaje, medallones, flores, coronas, escudos y monogramas, bordados en sedas.

Enfrente vimos los sombreros. Desde el sencillísimo de guinga a cuadros, para los días de campo, hasta el lujoso de auténtico encaje.

Como novedad está el sombrero "Pagoda", que afecta la forma del templo de este nombre y consta de tres cuerpos, y el "Snuffer", que tiene la copa en forma de tubo ancho y muy alta.

La sencillez es la nota dominante en los adornos.

Aquí ya pasamos de meras visitantes a compradoras, y mientras yo me probaba un gorrito de raso, sumamente ajustado a la cabeza y bordado con *soutache*, que no le sienta mal a mi peinado goyesco, Miss Harvey se aventuró a colocar sobre su rubia cabeza una gorra de estilo militar, de paja dura y brillante, con apariencia de casco, que la da el aspecto de una gentil Walkyria. En tanto, la amable empleada que nos atendía siguió mostrándonos sombreros de encaje primoroso, montados sobre alambre de oro y plata; grandes sombreros negros, de terciopelo y tul, y sombreros de fieltro suave, en todos los colores, que sentarían admirablemente, Maruja, sobre tu negra cabellera.

Ya un poco cansada, miré mi reloj. Eran las cinco. La hora del te. Miss Harvey, hija de ingleses, no pudo prescindir de la aromática bebida, a la que yo también me acostumbré durante una larga estancia en Londres.

—¿A dónde iremos?—le pregunté a Miss Harvey.—¿Al Astor?

—No—me contestó Mabel.—Por esta tarde vendrá usted conmigo a casa de Mrs. Bryan, una íntima amiga en cuyas habitaciones podrá admirar usted algo muy curioso.

Salimos. Y, en muy pocos minutos, un *taxi* nos dejó en la casa de Mrs. Bryan, en pleno Riverside. En un coquetón *apartment*.

Es Mrs. Bryan una mujer encantadora, joven, elegante, que con su esposo y un hijito vive rodeada de comodidades y de lujo.

Se apresuró a servirnos un te delicioso. . . .

Con sorpresa, que en mí resultaría verdaderamente cómica, me enteré de que Mrs. Bryan no tiene criados.

(Continúa en la página 34)

### De INTERÉS

#### Para las subscritoras

Accediendo gustosos a las repetidas indicaciones de un buen número de ellas, desde el presente mes queda abierta esta sección de "NOVEDADES NORTE-AMERICANAS" que no sólo informará sobre los detalles de buen gusto en el vestir, del lujo y la comodidad en la casa, de las exigencias del progreso aplicadas al hogar, etc. etc., sino que ayudará a nuestras subscritoras a comprar cuanto deseen de aquí.

Sección de informes, encargos y compras pudiéramos titularla, a cargo de la inteligente y discreta señora

ANA MARIA OLMEDO

en quien nuestras favorecedoras encontrarán a su más complaciente amiga.

Excusamos decir que todos los gastos de esta sección serán pagados por "Pictorial Review" como obsequio cariñoso a sus subscritoras.





## OPINIONES FEMENINAS

### DE NUESTRO CONCURSO SOBRE TEMAS DIVERSOS

Por varias subscriptoras

Una lectora de  
PICTORIAL REVIEW

**M**UY compenetrada con el espíritu del hogar español verdaderamente feliz, voy a contestar a cuatro de los cinco temas de que se compone el concurso organizado por esta importante Revista.

*¿Cómo se prepara la mujer más eficazmente para el matrimonio?*

Dándole una educación religiosa muy sólida, no rutinaria. La mujer que conoce a fondo nuestra adorable religión no puede desconocer, ni dejar de practicar, todos los deberes de su estado: y quien practica todos sus deberes será feliz y hará la felicidad de cuantos le rodeen.

*¿Debe la mujer conseguir en embellecimiento por procedimientos artificiales?*

La mujer debe procurar que tengan mayor atractivo sus encantos morales que los físicos, y aunque relegue éstos a segundo lugar, conviene conservarlos y aun aumentarlos empleando medios más prácticos y de mejor resultado que los artificiales, como por ejemplo, hacer ejercicio para no perder la flexibilidad y la esbeltez de la figura; cuidar el aparato digestivo para conservar la frescura del cutis; arreglarse lo mejor posible, y en ningún momento y bajo ningún pretexto tener sobre su persona una mancha o un descosido.

La limpieza exageradísima y el orden perfecto embellecen más que la barrita de carmín y la pastilla de blanquete.

*¿Cuál se considera el mejor medio para la educación de los niños?*

El ejemplo. Los niños son un reflejo de lo que ven. Si oyen hablar mal, no se explicarán correctamente; si se los reprende con frases y ademanes mal sonantes, en la misma forma expresarán ellos su descontento etc. etc.

En cuanto a la parte moral es preciso formar sus corazones desde que en su cerebro penetre el primer rasgo de inteligencia, cuidando de custodiar su inocencia como un tesoro, que si se pierde no es posible reemplazarlo jamás.

Yo tengo una sobrinita que es el asombro de cuantos la conocen porque desde que tenía dos años come con una corrección admirada, está en la iglesia con extraordinaria devoción y nunca ha sido preciso corregirla un ademán ni una frase, por la sencilla razón de que nada incorrecto ha visto desde que ha nacido.

*¿Cuál se cree la educación más apropiada para la mujer?*

Primero, el verdadero conocimiento de la religión; segundo, la corrección más absoluta en el trato con los seres más íntimos de su familia y con los inferiores. Ser fino en visita es fácil; pero eso no constituye la buena educación dentro del hogar. Tercero, el conocimiento práctico de todos los quehaceres domésticos; lo que se ignora no se sabe mandar; y además, la señora que nada sabe de cuanto hay que hacer en su casa, será siempre esclava de los criados, ante el terror de que la dejen en un momento dado.

Cuarto: Según el ambiente en que viva se la debe instruir lo más posible para que al casarse sea una compañera de su marido, que participe de sus alegrías y de sus preocupaciones e inclusive que le ayude en sus trabajos, sin creerse jamás superior a él, porque la mujer que reconoce la inferioridad de su marido no puede ser feliz. Esto no significa que se debe dejar a la mujer en la ignorancia como algunos pretenden, sino que los hombres que pretenden casarse estudien más.

La instrucción complementaria la adquiere la mujer inteligente después de casada.

De los conocimientos generales adquiridos en sus primeros años ampliará los que más puedan acercarla a la profesión de su marido, y después llegará a convertirse en una verdadera *sabía*, con tal de seguir día por día los estudios de sus hijos; pero será un doctor, un ingeniero o un arquitecto mientras su ilustración sirva para alentar y sostener el ánimo de su marido y de sus hijos, y una vez fuera del despacho o del cuarto de estudio dará más importancia a la colocación de las flores y al punto del almíbar que a ningún otro asunto de mayor trascendencia.

El hogar español, sin entromisiones modernistas, puede servir de modelo para los que aspiren a ser felices, porque se funda sobre una base inmovible; el amor divino y el amor a los seres queridos, siempre que no se separe de la ruta trazada por el divino.

Pero si se ampliaran los conocimientos de la mujer, con los principios científicos aplicados al hogar, conseguiríamos un modelo de perfección, donde el cariño y el saber se unan a la voluntad divina.

Por Belleza de Alma  
(Coruña, España)

**S**IN ser escritora, al leer en PICTORIAL REVIEW el trascendental concurso que presenta para la educación de la mujer y matrimonio, no puedo reprimir el deseo de decir mi modesto sentir, siquiera no me acompañe el talento de las brillantes plumas, que para el caso leo en la Revista.

Enseñar a la niña cual es su misión en la tierra, es conjurar desventuras, muchas atraídas por la ignorancia. Practicando esa enseñanza regeneradora recogerá opimos frutos, rodeada de la consideración y cariño a que se hizo acreedora por su proceder, que debe ser:

Amabilidad con todos, aun con los más humildes, refrenando los ímpetus de su carácter si es avieso, sin achacarlo a los nervios, pantallas que tantas veces encubre los caprichos de un genio que no razona.

Cuidadosa de la dirección de la casa, cocina, costura y corte, como del escritorio, si su padre está dedicado al comercio. Tener en sí misma distracciones que la resarzan de sus ocupaciones: libros que instruyan deleitando; la música; cuidar flores; una labor delicada, de utilidad o adorno; la pintura, que tanto embelesa copiar en el lienzo las bellezas de la naturaleza; y tantas otras que es prolijo enumerar. Ocupado su tiempo en esta forma, aleja del cerebro ideas poco edificantes en muchas ocasiones.

Ser hermosa y serlo siempre es uno de los primeros deseos de la mujer. Cuidar de la belleza con que se vino al mundo, acrecentándola con buena higiene, por los medios que aconseja un criterio bien razonado, es natural, pero sin usar artificios que lo destruye.

Por mucho que se pinte una fea, no dejará de serlo; las facciones son las mismas, auxiliando su destrucción. Nada es más tonto, que un rostro pintado como si fuera una escultura, y nada hay más bello que lo natural, si le sirve de escudo buenos sentimientos.

Entre una belleza física y otra moral, la elección no es dudosa: la primera cautiva la vista, la segunda el corazón. La belleza del alma, se refleja en el rostro, irradiando dulcísimos destellos. Esa es la imperecedora, lo que nunca se marchita, acompañándonos al sepulcro.

Matrimonio: palabra halagadora para la joven inconsciente, creída que ese estado, es como pisar un florido sendero, sin que nos moleste ningún abrozo. La que halla un compañero leal si es mucho su cariño, si se respetan, ocupando cada uno el puesto que le corresponde, es la única dicha a que puede aspirar la mujer. En el hogar es donde puede reinar por su buen gobierno y atractivo carácter, haciendo la felicidad de los suyos, por modesta que sea su posición. Si por desgracia no tiene buen esposo, su prudencia y discreción deben cubrir las diferencias que haya.

#### La Mujer en el Matrimonio

Por Cucú (B. Aires)

**¿S**ABÉIS cómo se prepara la mujer para presidir el hogar conyugal? Pues comenzando por verter en el alma de la niña, desde los primeros balbuceos de la infancia, los dones de la bondad y de la caridad. Siendo buena y caritativa, aprenderá a ser prudente y afectuosa con los demás.

Debe enseñarse también, conjuntamente a comprender el alto valor moral que encierran la rectitud y la justicia, y lo despreciable que resulta para un espíritu culto la vanidad, que es una forma del orgullo mal entendido y la simulación de los sentimientos que origina la falsedad del carácter. Con esmero empeño debe inculcarse los preceptos de la virtud y a detestar la hipocresía.

El báculó de su espíritu será la fe cristiana; la fe de ignotos designios hará inflexible su virtud y por ella aprenderá que las dificultades que venza serán los factores primordiales de su dicha.

La instrucción para toda mujer debe ser concisa. Capacitésela para adquirir un diploma de competencia que la escude contra las eventualidades posibles.

Haciéndola amar el trabajo, que enaltece el espíritu y glorifica la vida, la mujer no abdicará jamás su altivez cayendo en brazos de la holgazanería que conduce a llamar a puertas, y a escuchar muchas veces, las destempladas voces que exasperan y dañan el espíritu, mansillando la dignidad, que es la joya más valiosa que posee el espíritu.

Siendo el hogar el reino de la mujer, un diploma de economía doméstica es de indispensable necesidad.

Por estos medios de educación, que llevan a una única finalidad, la práctica de las virtudes domésticas, el esposo se irá identificando con la esposa, realizando

al mismo tiempo aquella concepción poética de "dos cuerpos y una sola alma".

Idealizar el amor es, pues, la dote que toda mujer debe llevar al matrimonio. Un proverbio griego dice: "El matrimonio es la tumba del amor." Procuremos que esta dolorosa sentencia no encierre una verdad, idealizando el matrimonio con hábil y dulce aristocracia; sustraigámosle de toda bajeza a cambio de impecable sinceridad, juzgando las emergencias de la vida con criterio ecuánime y serenidad; procurando tener ideas bien meditadas, desterrando de nuestra mente toda sombra de petulancia, pues la sapiencia de la mujer se anula por la petulancia, así como la belleza demasiado acicalada se convierte en deslucida y ridícula.

Como complemento de lo dicho podríamos agregar que en la delicadeza de los sentimientos, en la economía de la fortuna, en el derroche de los afectos, y en la toilet discretamente elegante encontrará la mujer medios bastantes para idealizar el matrimonio. La clave de la felicidad del matrimonio sólo la mujer la posee: con ella adquiere el amor de los suyos y el respeto social.

#### La Belleza de la Mujer

**S**IEMPRE se ha comparado a la mujer con las flores y se la ha comparado bien. ¿No se encuentra acaso en las flores más silvestres tanto encanto como en las más mimosas de invernadero? Y puestas todas juntas, cultivadas y silvestres, ¿no presentan un hermoso espectáculo de suprema belleza?

El arte debe suplir al encanto que la naturaleza no le dió, y entonces veréis que, cual las flores, todas las mujeres tienen su belleza. Y es que "El alma de la mujer tiene esencia como las flores".

#### La Educación de la Mujer

**E**S UN arduo problema tratar sobre la educación de la mujer. Mucho se ha escrito sobre este tema y no se ha pronunciado aún la última palabra. ¡Es tan difícil enseñar el arte de ser esposa y madre! destino primordial de la mujer.

En líneas anteriores expuse como debe, a mi humilde entender, educarse a la mujer para el matrimonio, pudiendo agregar aquí que en el caso de que la mujer no llegue al estado de cónyuge, esa educación la serviría para vivir una vida independiente y honrada.

#### Tema "B"

Por Opmaclam F.

**D**ESDE el momento que la mujer por agradar, no se resigna a ser tal y como Dios la haya hecho, y no se ponga polvos, ni se rice el pelo la que lo tenga lacio, etc. etc., no veo inconveniente en que haga uso de un poco de color, si es pálida, de un sabio toque en los párpados que perfilen las líneas de sus pestañas, si éstas son un poco claras; como así mismo las cejas si adolecen del mismo defecto, enrojezcan un poco los labios para hacer valer más la dentadura y dar más frescura, y por lo tanto, atractivo y belleza a la boca. ¿Por qué pregonan muchas y muchos que el único fin en la mujer es casarse? Siendo así, es natural que se apreste, como guerrero en vísperas de una gran batalla, a ganarla con las mayores probabilidades de éxito, y poniendo en orden sus baterías. Están los hombres tan desgastados, que es natural que nos presentemos todo lo más seductoras posible para conquistarlos. ¿Hay culpa en ello? Suya será, pues por agradar a ellos lo hacemos. Quieren naturalidad; el cabello liso, la carita lavada y como Dios nos hizo. ¡Cuántos adefesios se verían! Desde el momento que admitimos un hábil peinado que oculte o atenúe unas cuantas imperfecciones en los rasgos ¿por qué no llevar el arte hasta corregir sabiamente la fisonomía y hacer valer lo bello que se posea? Lo creo un deber por estética. Que se casa y el marido opina que al natural está mejor, ¿qué mayor placer para una mujer buena que sacrificar a su dueñecito adorado, lo que ella creía su belleza? ¿Por quién trataba de embellecerme? por tí, pues si así te gusto más, renunció a componerme.

No se crea, ni se saque en consecuencia de éstas mis rotundas afirmaciones, que yo abogo solamente por la belleza física, sino que la encuentro necesaria y complementaria de la belleza moral. Hay, primero, que atraer al hombre deslumbrándolo por la apariencia, y hay luego que conquistarle para que no se escape: las armas en un caso son las del arreglo personal; en el otro, las de la instrucción, el sentido práctico, el halago, el amor, y la intuición femenina bien aplicada.



# Dentro y Fuera del Hogar

## LO QUE EL HOMBRE NECESITA SABER

Por el

Lic. Pedro Hernández-Hudson

AGRICULTURA  
INDUSTRIA  
COMERCIO  
BANCA

MAQUINARIA  
INVENTOS  
CIENCIA  
ARTES

**L**A DIRECCION de PICTORIAL REVIEW, siempre deseosa de la mayor y más avanzada amplitud de sus horizontes, se ha dignado encomendarme una misión difícil, que, no obstante, muy gustoso acepto, ya que, si es dura la empinada senda por donde me aventuro, grato será el placer, en cambio, de haberla recorrido. Allá en lo alto, como ara suprema de la Vida, álzase el Hogar, la más augusta institución que los hombres hicieron y que Dios bendijo. El Hogar es cuna y es templo: crea los ciudadanos y consolida la Patria.

En el Hogar, junto a la Madre y junto a los hijos, está el Padre; el Hombre, el compañero de la Mujer, el guía de la prole. Consagrarnos al culto del Hogar y olvidarnos del Hombre hubiera sido una notoria injusticia. PICTORIAL REVIEW no podía, en modo alguno, cometerla. Durante sus cinco primeros años, la atención primordial fué para la Mujer, alma del Hogar y encarnación de todos nuestros sueños. Se procuró enaltecerla, orientándola, ilustrándola, refinándola; ante sus ojos abrióse una ventana al mundo, y desde ella pudo asomarse a otras costumbres, a otras educaciones, a otras vidas: *aires de fuera* entraron en nuestros hogares, cuyo ambiente, algo enrarecido, se renovó, se modernizó, se alegró un poco. Las añejas y rancias tradiciones, aunque honorables siempre, vistieron de gala, rejuvenecidas, sin que por ello peligrase su pureza. El Hogar Hispano y el Hogar Hispanoamericano, fraternales, sin perder ninguna de sus virtudes, han aprendido no poco del Hogar Norteamericano, pródigo en progresos.

PICTORIAL REVIEW, sin suspender en modo alguno su decidida campaña en favor de cuanto pueda redundar en beneficio moral y material de la Mujer, conservando y hasta mejorando a serenos posible todas las diversas secciones que a ella hubimos de consagrar, pretende ser útil también al Hombre, tanto para su propio aprovechamiento como para enseñanza de sus hijos. Los últimos métodos mercantiles, industriales, bancarios, científicos, en todos los cuales son maestros los Estados Unidos de Norte América, iremos reflejándolos en estas páginas, en las que acumularemos cuantas experiencias nos suministren nuestro conocimiento y nuestro estudio. La vida norteamericana, en su constante avance por los campos de todo género de especulaciones, aquí tendrá su espejo.

Generalizando hoy acerca de un problema que al mundo entero preocupa, inicio el desarrollo de la misión que se me impuso. Ese problema es el alimenticio. Un problema que, si a los productores y a los consumidores interesa en sumo grado, a los gobiernos inquieta gravemente. Las anormales y trágicas circunstancias porque atraviesa el mundo, en muchos de cuyos pueblos se enseorea el hambre, cuando no la muerte, hacen que en todos los países—y muy especialmente en España y en toda la América de abuelo hispano—sea de una vital trascendencia cuanto se relaciona con los alimentos.

El mundo clama por la mayor producción posible, y porque los precios no se sigan elevando amenazantemente. Mientras, los productores dudan si agrandar sus campos, multiplicando sus cosechas, temerosos de que el aumento de producción les arruine. Y, en tanto, la unánime aspiración de los consumidores se condensa en la posibilidad de conseguir todos los alimentos necesarios, a los más bajos precios.

Pero el quid de este problema no está, precisamente, en la producción ni en el consumo, sino en la distribución. Hay que asegurar mercados para todo lo que se produzca. Los productores deben ser protegidos, para que, como en los Estados Unidos, no ocurra lo que en años anteriores: que muchos miles de arrobas de manzanas se pudrían bajo los árboles, y otros muchos miles de arrobas de patatas perdíanse también, por no contarse, anticipadamente, con mercados que las recibieran, ni disponerse tampoco de los adecuados medios para la conservación.

Es absolutamente necesario el estudio del modo de aprovechar y de distribuir todos aquellos alimentos que, de no obtenerse una venta inmediata, puedan echarse a perder. Para ello, los agricultores requieren una completa y previa información de cómo sus cosechas pueden ser aumentadas y cómo pueden venderse. Hay que informarles de las necesidades de cada mercado y de los más rápidos medios de llegar hasta cada uno.

Son imprescindibles las comunicaciones fáciles, y se impone un alto espíritu de previsión, para que ciertos productos no vayan a un mercado

donde aquéllos abundan, y en cambio dejen de ir a donde faltan. Hay que regular asimismo los embarques, en defensa del alza o la baja de los precios.

Una buena distribución ayudará siempre al éxito. Si, por deficiencias de aquélla, la oferta excede a la demanda, los precios bajarán y el productor se habrá perjudicado. Y si la demanda es mayor que la oferta, los precios subirán, con perjuicio entonces para el consumidor. Todo Gobierno debe velar sobre esto, interviniendo ordenadamente para capitalizar las condiciones productoras del país respectivo. Los Estados Unidos, según sus expertos, podrían bastarse por sí solos para alimentar hoy a todo el mundo.

Como en Norte América, en todo país, si la voluntad no desmaya, se puede resolver satisfactoriamente este importantísimo problema, que en tantos pueblos está siendo una amenaza que cada día se agrava más y más. . . .

La distribución reviste dos formas: distribución a través del año, y distribución a través del país. Todo pueblo debe perfeccionar sus medios para obtener los llamados "productos de la estación" en todas las estaciones. Y, obrando previsivamente, bien pudiera seguirse el actual ejemplo de los Estados Unidos, que han duplicado este año la producción de sus hortalizas, porque el pueblo, con práctico sentido, se decidió a cultivar—no ya en el campo, sino también en las grandes ciudades, incluso en Nueva York—los jardines abandonados, los solares en espera de edificación, los patios de las casas, cuantos terrenos pudieron aprovecharse.

Y si importantes son la producción y la distribución, no menos importante lo es la conservación. El sistema de los grandes refrigeradores es ya, en todas partes, una verdadera necesidad nacional. Todo país que sabe conservar sus alimentos por tiempo ilimitado es un pueblo consciente y admirable.

José, uno de los doce hijos del bíblico Jacob, fué, sin duda alguna, el primer hombre que se decidió a desarrollar eficazmente el método de la conservación, no con ánimo especulativo, sino con patrióticos y humanitarios fines.

José guardó el exceso de producción de los siete providenciales años de abundancia, aprovechándolo, luego, durante los siete siguientes años de escasez. Así salvó a Egipto del hambre, no sin antes ser víctima, seguramente, de las críticas y hasta de las censuras de sus compatriotas.

Si José hubiera sabido conservar los vegetales, las frutas, las carnes, los huevos, y demás comestibles, habría hecho por su pueblo exactamente lo mismo que ahora hacen por nosotros los grandes refrigeradores y los grandes conserveros.

Los expertos norteamericanos han llegado a una asombrosa perfección en los métodos más eficaces para la conservación de toda clase de productos, y ya se está aleccionando prácticamente al pueblo de los Estados Unidos, a fin de que, no ya los productores profesionales, hasta las simples familias cultivadoras de un patio, puedan obtener los mayores rendimientos para el presente y el absoluto aprovechamiento de todo lo sobrante, en guarda para el futuro. El pueblo está necesitado de la gubernamental asistencia en lo que se relaciona con los ordinarios métodos caseros de preservación, y pide se le enseñen las nuevas maneras que pueden ponerse en uso, ya que los botes de lata y los pomos de cristal escasean y alcanzan elevados precios. Pero, ¿seguirán los demás gobiernos el paternal ejemplo del de los Estados Unidos?

Antiguamente, las gentes se ufanaban de comprar a bajo precio determinados productos, aprovechando la oportunidad de la estación correspondiente, aunque, en el resto del año, ya no podían adquirir dichos productos a ningún precio, porque no los había. Ahora, no es la ganga de comprar a bajo precio, en cierta época, sino a un precio razonable y en todo tiempo, lo que las gentes consideran preferible. La mentalidad ha cambiado, y mejorado, con el progreso.

Examinada la primera fase de la distribución—la distribución a través del tiempo—veamos ahora la segunda fase: esto es, la distribución a través del país. En los Estados Unidos, por ejemplo, las naranjas de California y de la Florida se necesitan en el Maine y en Minnesota; las manzanas de Oregón, de Washington y de Nueva York se necesitan en Illinois y en Louisiana; los ganados del Oeste y del Corn Belt se necesitan en Boston y en Filadelfia. Cuando los melocotones sobran en Chicago y faltan en Nueva York, la culpa es de la deficiencia del sistema nacional de distribución. No hay razón ni derecho para que las patatas abunden y casi se regalen en el Colorado, mientras en San Francisco apenas si se encuentran y sólo a muy caro precio.

Todo alimento debe ser equitativamente distribuido, y los gobernantes están obligados a imponer su supervisión sobre el funcionamiento mercantil de los productos nacionales.

Es imprescindible un organismo supervisor, a la manera de los simples supervisores de las líneas férreas, encargados de velar por que los trenes salgan oportunamente y por la vía más corta, con todos los vagones ocupados siempre, y reduciendo al mínimum el inevitable número de los que hayan de circular vacíos.

Ante el problema de la producción, surge una pregunta: ¿cómo aumentarla? En una sencilla fórmula de cuatro solas palabras se encierra la respuesta: Diversificar. Fertilizar. Motorizar. Especializar.

La diversificación y la especialización parecen, a primera vista, algo contradictorio. La diversificación consiste en que cada campo se consagre al producto que mejor cultivo pueda encontrar en él. Por ejemplo, si las tierras del Sur de los Estados Unidos están rindiendo magníficos resultados con el algodón, sería un tremendo error que éste se sustituyera con la siembra del maíz.

La especialización no es más que el constante estudio de todos los métodos conducentes al mejor y mayor rendimiento de un determinado producto en la tierra seleccionada como la más propicia.

La fertilización es el acierto de lograr normales frutos de la tierra que hasta entonces no fuera fecundada. Y, si ya lo hubiese sido, obtener de ella todos los más frutos posibles. Para ello están los abonos. ¿Cómo Alemania, bloqueada por todas sus fronteras, pudo bastarse a sí misma, logrando de su seno cuantos alimentos le fueron precisos? Por la fertilización, en forma de eficaces abonos, que la produjeron cosechas dobles y triples, en proporción, a las del más avanzado

### De Interés Para los Hombres

**C**ON el presente artículo iniciamos la serie que nos proponemos dedicar a los HOMBRES, ya que, constituyendo también ellos una importantísima e imprescindible parte del HOGAR, al que PICTORIAL REVIEW rinde tan devoto culto, a ellos también les corresponden nuestros desvelos y nuestras experiencias.

En números sucesivos se ocupará el  
Lic. Pedro  
Hernández-Hudson

de otros no menos interesantes problemas de la vida práctica, en sus diferentes aspectos mercantiles, industriales, bancarios y científicos.

Todos los últimos adelantos en cualquiera de esas materias aparecerán en esta página de PICTORIAL REVIEW, que habrá así ampliado extraordinariamente la esfera de sus actividades y el radio de sus propósitos.



El hogar del porvenir

## LO QUE DEBEN HACER NUESTRAS HIJAS

Por Madame Festoyer

**O**CUPADA nuestra atención en lo relacionado con la mujer, a ellas nos hemos venido dirigiendo durante los cinco años de existencia de esta edición española de PICTORIAL REVIEW. Pero no quedarían demostradas nuestras energías en su favor si limitásemos la esfera de acción, con ser importantísima, a abrirle solamente las puertas del buen gusto, de la belleza, de la higiene, de la educación moderna: nuestra responsabilidad queremos sea más extensa, tanto como los ilimitados medios que tenemos a nuestros alcances para encauzar a nuestra privilegiada raza por los derroteros más perfectos que siguen las naciones y los pueblos más adelantados. A este efecto nos ocuparemos, de ahora en adelante, de trazar importantes líneas para los padres, de conversar con ellos, de dirigirlos a ellos también, mostrando lo que otros padres han practicado con éxito y las consecuencias altamente satisfactorias que sus conductas produjeron en el hogar, en la familia y aun en la sociedad.

No ha mucho, por ejemplo, oíamos decir a un eminente abogado, hablando del porvenir de sus cuatro hijos: "Respecto de los dos niños no me preocupo; son las dos hembras las que hacen que mi sueño sea intranquilo, pues me acuerdo con el temor de no despertar y dejarlas expuestas a resultados de una renta solamente." Y enlazo estas palabras con las de una señora anciana que había dedicado su talento a la enseñanza: "Las experiencias de la vida enseñan a las madres que la felicidad de sus hijas no radica en las rentas que posean, sino que éstas, por el contrario, ocasionan o dan lugar a graves riesgos, cuando en ellas se confía para alcanzar un buen partido y casarse."

Las reñiciones que nos sugieren esos dos criterios son sencillísimas: no hay persona humana que esté absolutamente asegurada contra los reveses de la fortuna, a menos que tenga dentro de sí los medios de hacerse dueña de las circunstancias, pues en cuanto a la materialidad del dinero se refiere, el millonario de hoy puede ser el pordiosero de mañana. El hombre, o la mujer, incapacitado de conseguirse una vida independiente, con las manos o con el cerebro, estará siempre a merced de las circunstancias; consecuentemente, faltará a sus deberes de padre todo aquél que no eduque a sus hijos con la previsión necesaria contra los reveses, para el caso de que pierdan el dinero o las propiedades donde descansaban su independencia en la vida.

Para llegar a esa conclusión no hay como pensar en los miles de hombres de negocios y profesionales que se arruinan por una u otra causa inesperada; piénsese en los miles de huérfanos y de viudas lanzadas de pronto a ganarse la vida y a procurarla para cuantos de sí dependen, sin haber tenido base alguna donde apoyar su independencia.

Prescindiendo de los varones, porque incluso los de familias ricas se educan, por lo general, a fin de que recaiga sobre ellos la responsabilidad de sus actos, de un hogar y de una familia, vemos que en la mayoría de las casas se supone a la hija y se la educa para que sirva de ornamento: se la enseña música, un poco de idiomas, algo de bordados y otras labores; cómo conversar sobre generalidades, cómo entrar y salir de un salón, bailar, vestir bien, . . . es decir, cómo ser elegante. Mientras a sus hermanos les enseñan a ser útiles, a ella la educan en la inutilidad.

**C**ADA día que pasa nos acercamos más a prescindir de esas muñecas de salón, y no ha de tardar aquél en que cada joven se avergüence de no tener un propósito en la vida, único medio para respetarse a sí misma. Es más, si una joven, que ha terminado su educación, no practica el honroso arte de sortar, si se convierte en parásito, ni su posición social la salvarán del dictado de zángano de la colmena social; sin contar con que la conciencia de no estar capacitada para ganarse la vida llega hasta la raíz del propio respeto y debilita los cimientos de su existencia, colocándola en una tremenda desventaja entre las demás.

Donde quiera que volvamos la vista vemos a jóvenes viudas con hijos, cuyos maridos murieron sin dejarles capital o medios con que defenderse de la miseria. Y si nos fijamos en las tragedias de las solteras, arrojadas de pronto a sus propios nulos recursos, seguramente que no dejarán de impresionarnos menos. Por ello es aconsejable, mis queridas jóvenes amigas, que no corráis ningún albur, no descanséis en la propia o en la continuada prosperidad de vuestros esposos futuros, ni sobre la confianza que

inspire la habilidad del hombre que hayáis elegido para esposo, pues hay miles de caídas, modificaciones y cambios de condición que ninguna persona humana puede prever. Sólo hay un camino seguro y cierto, y ese camino es el aprender un oficio o una profesión, practicar algo que asegure la propia independencia, tanto como la humanidad puede prever y el cerebro proteger: con eso, no importe cuanto venga o vaya, pues teniendo cuidado de la salud podremos ganar la vida sin menoscabo de la dignidad o sin faltar a los preceptos divinos.

Tenemos que convenir en que es una verdadera desgracia, para la presente generación, el que se eduque a las niñas dentro de la anticuada idea de que el matrimonio es el todo para ellas, sin que lo demás merezca tomarse en consideración: muchas de ellas podrían mejorar su condición, tener espléndidas oportunidades de brillar con luz propia, como los luceros, mientras aguardan al deseado, y en la seguridad de que así andan más de la mitad del camino para encontrarlo, vigorosamente preparadas para una larga y útil vida.

Si nuestros consejos han de servir de apoyo, fíjense las jóvenes en que antes de decidirse por algo práctico deben hacer un escrupuloso inventario de sus facultades

puertas de la oportunidad: no habrá lugar para la joven que crea no está precisada a prepararse anticipadamente, que nada la obliga a esforzarse, que no la urge conocer y practicar su vocación: más tarde, cuando las circunstancias la impulsen a buscar un empleo se encontrará con que unas semanas o unos meses de preparación no la servirán para nada. Por el contrario, esa rápida especialización de todos los ramos de la actividad humana está abriendo magníficas oportunidades a la mujer del futuro inmediato, que se encuentre preparada con la elección de su preferencia al igual que los hombres.

**L**A MUJER debe, pues, a pesar de su posible matrimonio, especializar en un trabajo, en una ocupación; debe considerar como privilegio el llegar a ser una artista en cualquier ocupación útil, en vez de una simple obrera; y de tal modo que, no sólo sea más útil a la sociedad, sino más feliz para sí misma.

No se crea que abogamos en favor de la competencia con el hombre; ni aun el mismo movimiento feminista lleva ese ideal: la nueva tendencia de la mujer no va encaminada hacia la imitación, pues su trabajo es eminentemente femenino, y en ello está su mayor fuerza. Su feminidad en el hogar, en el amor, en la sociedad, su ideal femenino del pasado han sido la base de haberse distinguido el trabajo de la mujer; y en la extensión de esos ideales encontrará la mayor oportunidad.

Sabemos que la eficacia descansa sobre la psicología y que toda situación psicológica se adapta especialmente a la comprensión de la mujer: sabemos que los avances de la psicología y de la sociología están revelando nuevos dominios utilísimos para la mujer. ¿Por qué no prepararse lo mejor y lo más pronto posible para recoger los frutos que la esperan, eligiendo a conciencia la vocación que tiene en sí?

Cada niño trae consigo, al venir al mundo, un mensaje; viene adaptado para ejecutar un servicio especial a la raza humana; si se separa de él su vida será un fracaso, del que sufrirá la familia, la sociedad, la patria. Ni aun las madres pueden leer ese mensaje, aunque sí pueden, si así se lo proponen, ayudar a su hija a leerlo, a descifrarlo, mejor dicho. Pero es desgraciadamente cierto que las madres, que darían sus vidas por sus hijas, son las mayores enemigas de ellas al influenciarlas erróneamente en sus destinos. La obligación de los padres está hoy día perfectamente dibujada: no pueden ofrecer mejor servicio a sus hijos que el de ayudarles a cumplir el mensaje que trajeron para el mundo.

Uno de los más distinguidos profesores de la Escuela de Medicina de Harvard, Estados Unidos, dijo recientemente, dirigiéndose al Colegio Médico de Mujeres, en Filadelfia, que "la mujer no ha nacido para el trabajo fuera de su casa". A la inmediata tuvo miles de réplicas oportunas, en su mayoría de doctoras acreditadas y consagradas por la experiencia del público.

La afirmación de aquel hombre de ciencia estuvo basada sola y exclusivamente en los arranques del amor propio que sigue bañándose en las revueltas aguas de los viejos prejuicios, pues no hay ninguna razón que nos demuestre la incapacidad de la mujer para conseguir un puesto digno en las artes a igual que en las ciencias, y si hay bastantes, y muy poderosas razones, para creer que ella sola debiera estar a la cabecera de la cama de los niños y de las mujeres, por la superiorísima ventaja sobre el hombre de su clara intuición, su afinidad simpática, su indiscutible comprensión del sexo, su instinto maternal, su tacto delicado, etc.

Y téngase en cuenta que el problema femenino no se resolverá hasta que la mujer obtenga el completo reconocimiento de su individualidad social lo mismo que el hombre, para lo que tienen que prepararse los padres, por propio egoísmo, desechando añejas y falsas creencias que roban la felicidad de sus hijas.

El hogar del porvenir se ve hoy cimentado sobre las rocas de la preparación inteligente de ambos sexos, sobre los dos puntos que son por igual precisos para el equilibrio constante de los cuerpos. El carro de una sola rueda sólo existe en la soberbia egoísta masculina del tiempo de la ignorancia.

### La Tumba y la Rosa

Por JACINTO GUTIÉRREZ COLL (VENEZOLANO)

**A** LA Rosa galana dijo la Tumba un día:  
"¿Qué haces tú con las lágrimas que cría en tu seno de virgen la mañana?"  
Con voz que era una cántiga armoniosa, y agitando su pétalo entreabierto, le replicó la Rosa:  
"¿Dó va el despojo yerto que en tu abismo recibes siempre abierto? Oye, oh Tumba, yo hago de este fresco rocío miel y perfumes en el seno mío, con que a las auras sus caricias pago." Y la Tumba exclamó: "Flor generosa, yo soy almo consuelo; yo hago del cuerpo que cayó en la fosa el ángel puro, habitador del cielo."

como ser humano, prescindiendo en absoluto del sexo: así verán que tienen muchas facultades ventajosas sobre el hombre, siendo una de ellas la mayor rapidez mental, su maravillosa intuición. Todos sabemos que el hombre depende de su facultad de razonar, pero la mujer mira bajo su lógica y llega intuitivamente a conclusiones acertadísimas. La mujer es más rápida que el hombre en conocer a las personas, pesar y medir su carácter; incluso los de inteligencia privilegiada no las alcanzan; y es que el razonamiento de la mujer, aunque no tan lógico, es más profundo, más penetrante que el del hombre. A pesar de esto, conceptuamos a la mujer bastante inferior al hombre en facultades mentales, debido a que no se la prepara para que siga su propia vocación con la misma determinación que aquél; la mayoría de las jóvenes creen que su fin está en el matrimonio y, consecuentemente, no prestan especial atención a sus trabajos o desarrollo de sus facultades, mirándolos como algo que cubre temporalmente sus necesidades, mientras las llega su verdadero estado.

Las jóvenes por lo general no estudian su adaptabilidad al ramo de la actividad humana que encaja dentro de sus aficiones y por el que sienten especial predilección, como hacen los niños; de ahí el que hayan miles de jóvenes dedicadas a la enseñanza, por ejemplo, que pudieran ser admirables modistas, pero que no encuentran esto tan dignificante como aquello, sin tener en cuenta que no hay estigma en trabajar, y que la ocupación más baja puede elevarse a la categoría de respetable y digna dedicando la debida aptitud mental, ya que todo depende del espíritu que se ponga en el trabajo.

En nuestros días todo tiende a la especialización y eficiencia científica, estando muy cercana la fecha en que todo trabajo intelectual se encuentre dentro de la





Los hombres no deben  
perfumarse.....mas que con  
**AGUA DE COLONIA AÑEJA**  
DE  
**GAL**  
**M A D R I D.**



# PÁGINAS ARISTOCRÁTICAS

POR ENRIQUE CASAL (LEÓN-BOYD)

CUANDO escribimos estas líneas estamos ya en Madrid, amable lectora. Hemos veraneado como mandaba nuestra profesión de cronistas. Desde la sierra hemos ido al mar, y desde el mar, desde las playas del Norte de España, hemos vuelto a Madrid, a nuestro Madrid, que en esta época comienza a revivir. Tenemos, pues, ahora tan sólo el recuerdo de los días de Santander, de San Sebastián, de Biarritz, de La Granja; ese dulce recuerdo que nos dejan unas gratas horas pasadas en esas poblaciones que han mantenido dignamente el cetro de la elegancia y de la distinción. Y ya desde nuestro despacho, ante nuestra mesa, ante nuestras cuartillas, con la pluma en la mano y un deseo muy grande de comunicarnos contigo, recordamos nuestro veraneo, el veraneo de todos, porque para todos ha sido igual en las poblaciones mencionadas.

Antes, no; antes era distinto; el castillo señorial recibía en esta época la visita de sus señores; la casa solariega, la visita de cuantos en ella nacieron; el mismo castillo de Dave—en Bélgica—tantos y tantos años recibiendo la visita de su ilustre propietaria la duquesa de Fernán-Núñez, está ahora sólo y triste y la duquesa en San Sebastián. Todo cambia, todo evolucio-

ción. Y ese casino... ese casino es una bendición de Dios «a pesar de todo», como decía en la sala de los caballitos una tobillerita de esas que ya empiezan a quitar el sueño a quien con detenimiento las contempla. Ya por tener, y para que nada falte, tiene la bella capital guipuzcoana «hasta» su campo de golf.

—¿Qué se creía usted, que el golf no iba a «entrar» en San Sebastián?

—Yo no me creía nada, señorita.

—Sí, señor; pues el golf tiene ya su campo y la inauguración del mismo ha sido en Lasarte, un acontecimiento.

—Bien, señorita, que sea enhorabuena.

Y no dijimos más, porque el contento de quien nos hablaba lo decía ya todo.

Unos días en San Sebastián son un encanto; pero aún así, ¿quién no se aproxima a Biarritz? Un auto suele ser salvador en muchos casos. Y fuimos a Biarritz y lo encontramos... Biarritz; esto es, brillante, animado, coquetón, exquisito, con todas sus villas ocupadas y con aquella de *Les Trois Fontaines* tan hidalga como siempre. Los condes de la Viñaza, sus dueños, la abren de par en par a la amistad, y en ella no faltan almuerzos, ni «bridges», ni algún que otro concierto. Medio San Sebastián—que es como decir medio Madrid—se va por las tardes a Biarritz y aquella Plaza de la Mairie es lo que se llama un hervidero: los condes de San Félix, los de Romanones, los marqueses de la Mina, los de Santa María de Silveira...

—Es que esta Plaza de la Mairie tiene imán.

—Bueno, pues déjese atraer.

Y como la guerra no se nota «a la vista» y como todo es agradable... Biarritz es el delicioso y coquetón Biarritz de siempre.

Nosotros, muy madrileños—al fin y al cabo nacimos aquí—, nos acordamos de la patria chica, de sus calles y de su vida. Tan lejos de ella sus defectos se empequeñecen y algunos hasta llegan a desaparecer, lo cual no quiere decir que en cuanto ponemos de nuevo el pie en la estación del Norte no vuelvan a salir a la superficie. Así es que un buen día tomamos nuestro coche y... a Madrid. Pero hicimos alto en La Granja. Otros días en La Granja es algo así como un sueño. ¡Qué jardines los suyos! ¡Qué parajes los suyos! Y si la vida en Santander, en San Sebastián y en Biarritz es animada, en La Granja es animadísima y brillante.

—Yo no cambiaría mi veraneo de La Granja...

Y tiene razón la dama a la que yo escuché esas palabras.

Cuadros vivos, variedades, conciertos, cotillones... de todo hay. Cuadros vivos y variedades en casa de los marqueses de Monteagudo—aristócratas a los que todos los años debe La Granja alguna fiesta brillante; conciertos en el *Blass Club* con Andrés Segovia y Helena Gilina, artistas prodigiosos; cotillones... como el bai-

gria. Hay, pues, que erigir la estatua a Su Alteza. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Y ¡ay! lectora, ya en Madrid, ya en la Corte, ya ante nuestra mesa de trabajo, ya en este momento en que nos hallamos conversando contigo, recordamos unas cuantas noticias—vamos a llamarle «sucesos aristocráticos»—que no hemos de dejar de consignar. La boda—por ejemplo—de la señorita María O'Donnell y Díaz de Mendoza, toda juventud, toda ilusión, toda esperanza, con su primo Fernandito Díaz de Mendoza y Guerrero. Ella, hija de los duques de Tetuán; él, de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza—dos ilustres artistas—a la vez condes de Balazote y de Lalaing, marqueses de Fontanar. Ahí tienes, lectora, a la gentil pareja, casi unos niños. Esta boda—¡qué vida esta!—ha sido la realización de un sueño feliz. Desde pequeños se amaron los dos primos; luego, a la par que crecían en edad crecían en amores, pero no eran novios, no; no tenían relaciones. Pero el caso fué que aquella noche del estreno de la comedia benaventana *Campo de Armiño*, Fernandito, que jugaba en la obra importante papel, estaba nervioso. ¿Era que le intranquilizaba el estreno? Era aquello y... lo otro. Lo otro era ella, «ella»



Srta. Elena Pellet Lastra.

Fot. Pirou.



Srta. María Bernaldo de Quiros.

Fot. Kaulak.

na. Unas veces por la fuerza de las circunstancias, como este castillo de Dave cerrado por la guerra; otras por el mandato imperioso de lo moderno.

El caso es, mi bella amiga, que hemos estado en el novísimo Santander, en el progresivo Santander, en sus deliciosos paseos, en su ensañador «Pirquío», en su maravilloso «Cabo Mayor», en el que hoy se extiende ese Hipódromo, también maravilloso, que se llama—y lo es—de Bellavista; en sus tes elegantes del Hotel Real, en sus bailes de moda, en su casino espléndido y alegre. En Santander, todo sonríe. Mejor dicho, todo comienza a sonreír bajo aquel cielo encantador—al fin y al cabo cielo español—y junto aquel mar bravo y fosco que baña con los encajes de sus olas la arena de la playa y los malecones del muelle y la roca de la península de la Magdalena, sobre cuyo palacio regio—bella ofrenda de un pueblo a sus Reyes—ha ondeado mecido por el viento el pendón Real.

Unas tardes hemos ido a Comillas, otras a Las Fraguas, otras a Santillana... y no podemos olvidar una fiesta en el palacio de los marqueses de Comillas—los ángeles buenos, como los llama mucha gente—; ni los partidos de *tennis*, ni los almuerzos de los duques de Santo Mauro en su posesión de «Los Hornillos», muchos de ellos honrados con la presencia de Sus Majestades, ni el precioso cotillón dado por los marqueses de Benamejías de Sistol en su palacio de Santillana, viejo solar de los marqueses de Casa Mena, padres de la marquesa, y admirable residencia, mezcla de museo y de biblioteca y siempre morada notabilísima por la riqueza que conserva.

La sociedad aristocrática ha favorecido este año decididamente a Santander. Pero no por eso se ha desanimado San Sebastián. ¡Ah, San Sebastián! ¡Ah, la bella Easo! ¡Ah, la ciudad moderna cuyas calles y paseos tirados a cordel son un encanto! ¿Qué decir de ella? Ha sido, lectora—puede ser que tú lo hayas visto con tus ojos—la ciudad de siempre, la misma de siempre, la misma de ayer, tan linda, tan moderna, tan juvenil, tan para el forastero más que para ella misma. Sus diversiones, sus paseos, sus alrededores, son una tenta-



Srta. María O'Donnell y Díaz de Mendoza.

Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero.

Fots. Kaulak.

lado en casa del conde viudo de Albiz y dirigido por Antónito Comyn con cada una de las señoritas invitadas. A todas estas fiestas asiste la Infanta, esta Infanta a la que hay que llamar «Patriarca de La Granja» y a la que en medio de sus jardines habrá que levantarle una estatua. No hay un caso igual al de esta Infanta Isabel, al mismo tiempo tan Infanta y tan sencilla, tan española y tan madrileña y a la que debe La Granja—como a la Reina madre San Sebastián—más de la mitad de su vida, de su animación y de su ale-

que ya había asomado sus bucles rizados por entre el damasco de las cortinas del palco.

—Vamos, hombre, ánimo...—le decía a él su padre riendo a carcajadas, puesto que estaba en «el secreto» de su corazón juvenil.

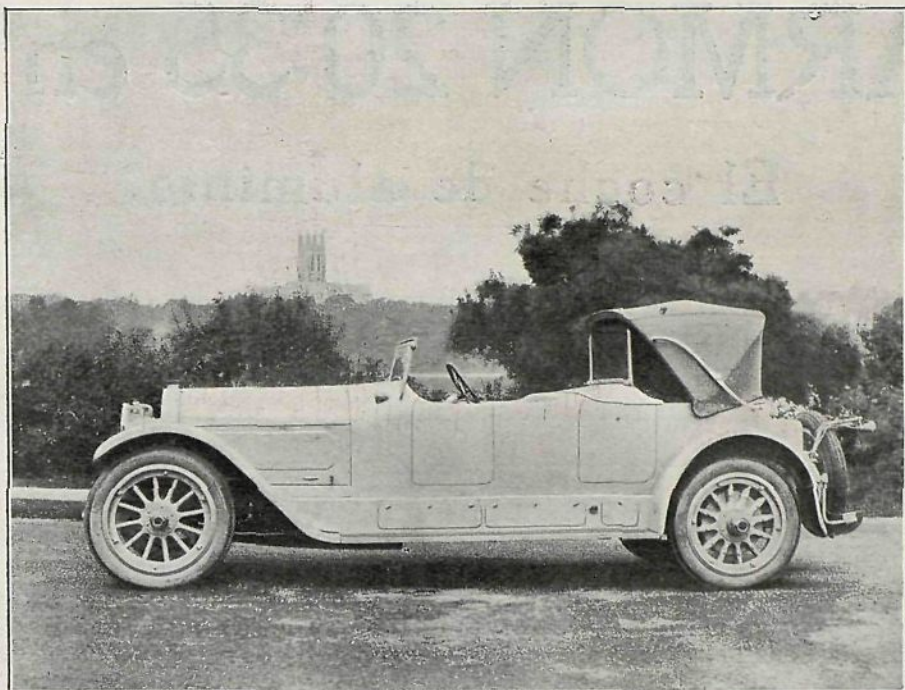
Se estrenó la obra, aclamó el público a Benavente, a los intérpretes y, allí, en el tercer acto, hubo para Fernandito una gran ovación. Al muchacho se le nublaron los ojos; miró a ella, ella le aplaudió y algo le dijo con la mirada que luego repitió con los labios. «Sí». ¡Ah! ese sí que todos hemos deseado y que nos ha quitado el sueño más de una vez, lo escuchó Fernandito aquella noche inolvidable. Luego, en Bilbao, el sí otorgo, si quiero y si recibo ha sido bendito por la mano de un sacerdote mientras dibujaba en el espacio la señal de la Cruz.

En Llanes, en el palacio de los Altares, se ha celebrado también el matrimonio de la bellísima señorita María Bernaldo de Quiros, hija del marqués viudo de los Altares, con su primo Ramón Bernaldo de Quiros y Argüelles, hijo de los marqueses de Argüelles, boda en la región asturiana, de muchas y sonadas campanillas. Y cuando este número de PICTORIAL llegue a tus manos, la señorita Elena Pellet Lastra—una belleza argentina y de ilustre familia—habrá contraído matrimonio en esta Corte con D. Antonio Catalán, un joven abogado y oficial de la reserva gratuita del Regimiento del Rey.

La novia—de una de las familias argentinas llamadas «patricias»—es, por su madre, de origen español; sobrina también del general Reynolds, Cónsul general de la Argentina en París. Y como ha pasado temporadas largas en Madrid, en Madrid tiene afectos y admiradores. El novio, muy conocido en sociedad, es sobrino de los marqueses de Valdeiglesias.

Que sean muy felices, lectora, todos estos nuevos esposos. Es decir, estos nuevos esposos y todo el mundo. Queremos ver a todos contentos, dichosos... Hay que ser optimistas. Queremos que cada uno pueda repetir sinceramente el «¡alegrémonos de haber nacido!» de la comedia quinteriana.



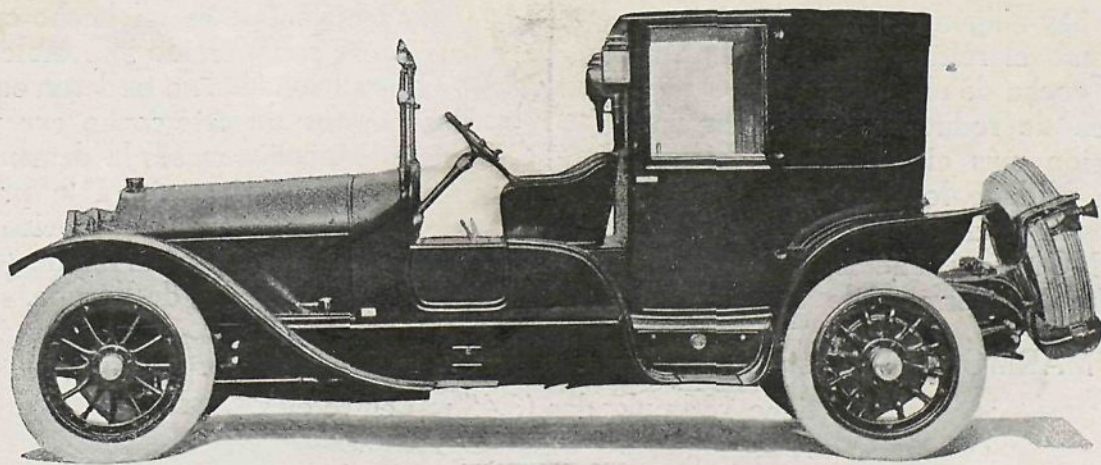


# **“LOCOMOBILE”**

**El coche más lujoso de los Estados Unidos.**

**Gaston Williams & Wigmore, C. A.**

**Calle de Sevilla, 16.-MADRID**

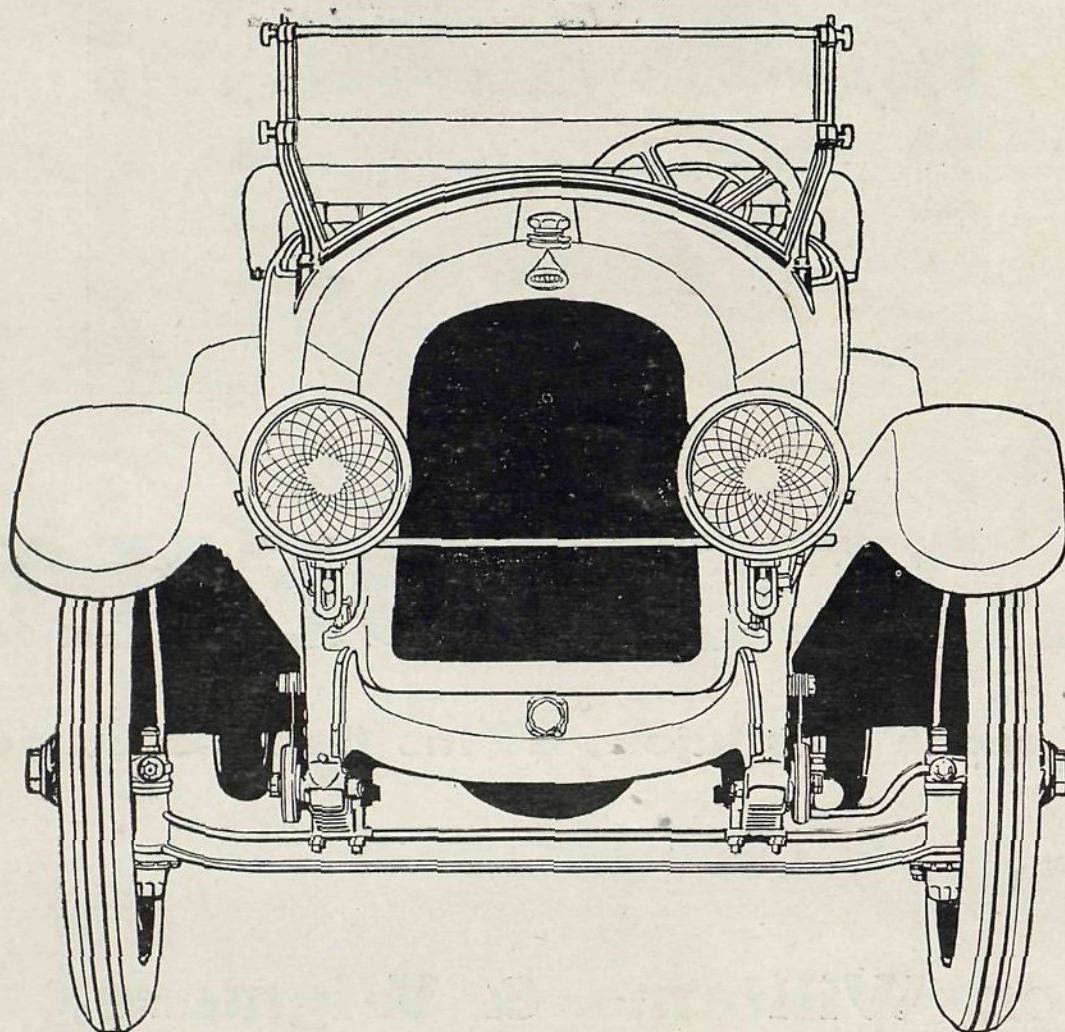


**Construido para la Sra. Vanderbilt de Nueva York.**



# El MARMON 20-35 en 1917

El coche de aluminio.



El mayor éxito de este año ha sido el automóvil MARMON, el coche de aluminio.

En la historia del desarrollo del automóvil no hay ningún capítulo tan interesante, como el referente al MARMON 20-35, el coche de aluminio.

La idea de reducir el peso por una construcción más científica, escogiendo con gran cuidado los materiales que se habían de emplear, fué de los ingenieros de MARMON en el año 1914. En el año 1916 se había transformado en realidad.

El MARMON 20-35, el coche de aluminio, de gran lujo, fuerte, flexible, cómodo y no obstante ligero, hasta el punto de pesar media tonelada menos que los coches semejantes, es un hecho cuya realización se había creído imposible.

Los aficionados no tardaron en apreciar los méritos de este coche excepcional y durante muchos meses la demanda superó extraordinariamente á la producción de la fábrica, que fué preciso triplicar para satisfacer los pedidos de América y surtir los mercados de Europa.

El MARMON 20-35 está equipado con magneto BOSCH y con ruedas metálicas y tiene 136 pulgadas (3,45 m.) entre ejes.

Representante exclusivo en España: LUIS R. VILLAMIL

ALCALÁ, 62.—MADRID



# La preparación de los alimentos

Por Flora Pemié

¿COMO han de saber las madres lo que deben comprar para las comidas? ¿cuáles alimentos son preferibles por su valor nutritivo? ¿qué cantidad de cada uno debe ofrecer a su familia? Este es el dilema que se les presenta a millares de señoras, sobre todo a las de medios moderados que, careciendo de esos conocimientos generales que hoy se dan a la mujer en los países más adelantados, no tienen otro recurso que el de cocinar al tuntún, siguiendo antiguas costumbres.

Ninguna otra época del mundo ha impuesto el sacrificio que hoy pesa sobre la madre de familia en cuanto al problema de las subsistencias se refiere; problema que, dada su importancia, PICTORIAL REVIEW se propone resolver en éste y sucesivos artículos, con precisas y utilísimas informaciones, clara y sencillamente expuestas, a las que sirven de complemento los menús a la inglesa, que venimos publicando como modelos de economía científica.

Conviene saber en primer término; que hay alimentos que sólo sirven de combustible para la marcha de la máquina del cuerpo humano, mientras que otros atienden a facilitar los necesarios materiales para la sangre y para los músculos. Las grasas,—entre las cuales se incluyen a los aceites y mantequilla,—el azúcar y el almidón son alimentos combustibles: las carnes, los pescados y los huevos son alimentos constructores.

Partiendo de estos principios nos será fácil comprender que se necesitan ambos componentes alimenticios para la perfecta regularización de nuestro organismo. Pero hay que tener en cuenta que muchas naturalezas no admiten la bastante cantidad de carne, huevos y pescados necesaria a las exigencias de la salud; como hay también miles de familias que no pueden soportar los gastos que ocasionan esos alimentos, máxime en las presentes circunstancias de encarecimiento de la vida y de escasez de víveres en todas las partes del mundo.

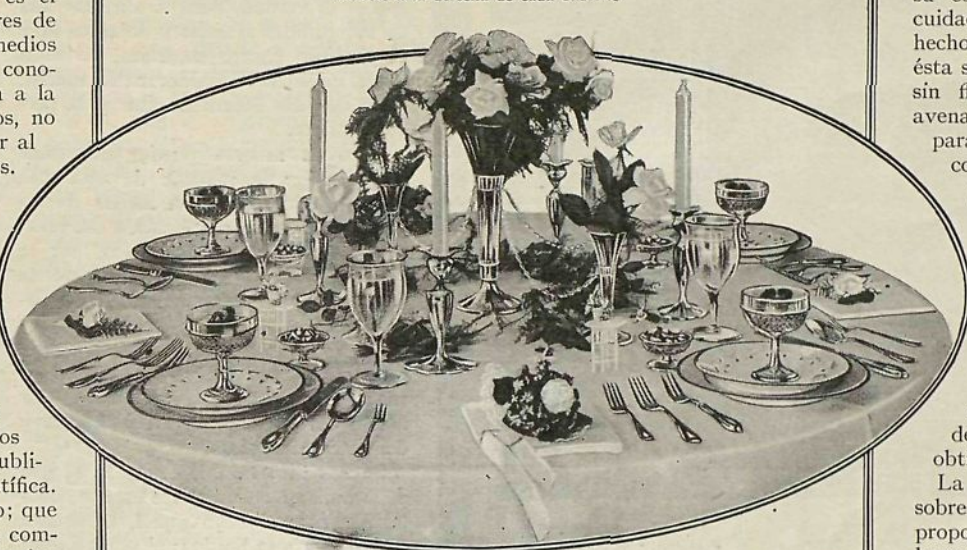
Para suplir esa necesidad tenemos el recurso de los guisantes, de las habichuelas y en general de todas las legumbres, cuyos precios y abundancia no inspiran temor, las cuales no son menos ricas que aquéllos en sustancias constructivas y que pueden servirse cocidas o en cremas. Ellas son tan buenos sustitutos de la carne, del pescado y de los huevos que, sirviéndolas en abundancia, no debe existir temor alguno en la reducción de estos alimentos.

El pan contiene materias combustibles, en forma de almidón, y materias constructivas de nuestros tejidos. Si la harina no se florease y el pan contuviera cuantos elementos entran en la composición del grano, serviría por sí solo para soportar nuestro organismo: una prueba de esto nos la dan los distritos agrícolas del sur de España, donde buena parte de los obreros del campo se mantienen de pan solo, pan con aceite y pan en gaspacho. E igualmente ocurre con el arroz, el centeno, la cebada y la avena; si bien es cierto que se necesitan otros sencillos ingredientes, en particular las grasas y los vegetales para gozar una perfecta salud de presente y de futuro.

Las patatas constituyen un excelente alimento combustible; ellas proporcionan mucho almidón en forma digerible, pero no contienen el bastante material constructivo que necesita nuestro organismo. Y lo mismo ocurre con el maíz que casi carece de ese elemento esencial, por lo que está clasificado entre los cereales menos importantes para nuestra alimentación.

Teniendo en cuenta estas sencillas indicaciones, no es difícil calcular inteligentemente la combinación de cereales y la proporción de sus componentes, considerando incluido entre ellos al pan, que se hace necesario entre en las comidas para atender a los principios que deben

Arreglo de una mesa para comida de etiqueta. El centro es de rosas de té, con violetas a la derecha de cada cubierto



## MENÚS A LA INGLESA

Por Enriqueta Lacerda

### Desayunos

Uvas; cereal condimentado con leche; huevos a elección, preferibles con tomates o espinacas; pan y mantequilla; café solo o con leche.

Melón; harina de avena con crema de leche; empanada de pescado; tocino veteadado asado; gelatina de piña; café.

### Almuerzos

Anchoas y ensalada de patatas; pan y mantequilla; pastel a elección; cacao o chocolate claro.

Ensalada de salmón; butifarra al horno; patatas cocidas; rábanos; flán; pastel de dátiles; te.

### Comidas

Cocktail de ciruelas; mollejas salteadas de ternera; salsa a elección; chícharos cocidos; patatas fritas; ensalada de espárragos; queso de bola; frutas; macarrones en dulce; café o te.

Sopa de crema de habichuelas; chuletas empanadas de cordero; salsa de tomates; patatas cocidas; ensalada romana; queso rockerfort; pastel de limón; chocolate, te o cacao.



Una boda de cupidos, sobre una plataforma de cartón y papel crepé, constituye el principal adorno de esta mesa de bodas

regirla, al mismo tiempo que se atiende al modesto gasto permitido a una numerosa familia.

En la preparación de los cereales, para hacerlos apetitosos y ofrecer variedad en su condimentación, hay que poner un cuidado muy especial: el pan debe ser hecho con la harina de trigo, tal y como ésta sale de su primera molienda; esto es, sin florearla quitándole el afrecho; la avena debe ofrecerse tostada y machacada para tomarla en leche; el maíz cocido, con sal y mantequilla o con agua un poco sazónada, en su propia mazorca o suelto; y en general, las harinas de todos ellos en purés, cremas, tortas, pasteles, ensaladas, etc. etc.

No hay que olvidar que los huesos y los tejidos del cuerpo humano necesitan también sus materiales de construcción, tales como la cal, el fósforo, el hierro y demás sustancias minerales que se obtienen de las frutas y de los vegetales.

La leche es un elemento indispensable, sobre todo para los niños, como medio de proporcionarles la cal que necesitan sus huesecitos para desarrollarse; de ahí el que haya que dárselos la bastante leche diaria, un litro a lo menos, ya sea en bebida o ya sea combinada con otro u otros alimentos, cuidando mucho de no sustituir la leche natural por la desnatada en cuanto a la alimentación del niño se refiere. Debo advertir que un niño no necesita tomar leche cuando su alimentación se componga de carne y huevos. Para las personas mayores es un importantísimo alimento como medio de proporcionarles indispensables materiales para el organismo, entre los que se cuentan varias sustancias minerales.

**L**AS grasas, sean cremas de leche, aceites o mantecas, son tan importantes como necesarias en nuestra alimentación, lo mismo por sus elementos combustibles para la máquina de nuestro cuerpo, que por su cualidad de sazónadora de las comidas, a las que hace más sabrosas y apetitosas que si prescindieramos de ellas: en efecto, un plato sin grasa es tan seco que se hace desagradable, insípido al paladar de la mayoría de las personas.

Otro de los más valiosos alimentos combustibles es el azúcar, ya sea en la forma como suele presentarse en la mesa, o ya como miel, arropo, jarabe, etc.

Aun todavía existe otra sustancia, descubierta recientemente y bautizada con el nombre de vitamina, que se ha reconocido de gran valor y juega un papel importante en nuestra salud y en el desarrollo y crecimiento de los niños. Del estudio hecho sobre la misma se ha venido a la deducción de la importancia que encierra prestar un mayor interés a las comidas del que se viene prestando, para que no sea la cantidad el objeto de nuestra predilección, sino la calidad que proporcione a cada individuo todas las sustancias requeridas para los tejidos, para la marcha de la máquina humana y para mantener el difícil equilibrio de la salud.

Réstanos fijar la atención en la importancia que encierran las frutas y las verduras para preservarnos en gran parte de cierta clase de enfermedades, como, por ejemplo, del escorbuto y de todas las erupciones de la piel, debido a los ácidos que contienen, muy necesarios en nuestro organismo; sin contar lo que la carencia de ellos afecta a la constitución en general.

Para terminar estos ligeros apuntes habiendo abarcado todos los extremos esenciales voy dar el secreto de convertir los alimentos más comunes y económicos en platos deliciosos, el cual consiste en sugerir la vista y el olfato; el manjar más exquisito pero mal sazonado y presentado, no será nunca tan apetitoso como un plato vulgar que llene la vista y satisfaga al olfato.



# VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parece muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.

Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.

(El Libro de la Moda)

## THE FASHION BOOK

Ningún otro garantiza una perfecta elegancia. Contiene más de seiscientas creaciones avanzadas de la moda que va a regir en la próxima temporada. Modelos exclusivos, originales, donde se combinan la economía y la elegancia, para asegurar la individualidad y el refinamiento que desea toda mujer.

ABRIGOS  
y  
CAPAS  
militares  
VESTIDOS  
combinados  
FALDAS  
drapeadas

THE FASHION BOOK



FALL 1917  
PRICE - 25¢  
BY MAIL - 35¢  
FREE PATTERN COUPON ON PAGE 73  
ILLUSTRATING PICTORIAL REVIEW PATTERNS

Ultimas  
NOVEDADES  
en  
MANGAS  
Bolsillos  
CUELLOS  
y  
PUÑOS

LA CUBIERTA DEL NUEVO FASHION BOOK

ACABA DE PUBLICARSE

y está a la venta  
en todas las oficinas y agencias de

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

Creadora de los

Afamados patrones a la medida con guía de corte y confección

45 centavos oro  
EN TODO EL MUNDO  
3 pesetas en España

SE REGALA  
UN PATRÓN A LA MEDIDA  
con cada ejemplar



## Belleza y Salud LA SANGRE.

Por FLORA PEMIÉ

**L**EEMOS en los prospectos de específicos medicinales y oímos afirmar con frecuencia que la sangre es la vida. En un cierto sentido esa es la verdad, pues si abrimos una de las grandes arterias y dejamos salir el pequeño chorro escarlata, en unos pocos minutos se aminorará su fuerza, poco después dejará de fluir y la persona fallece.

Pero la muerte puede sobrevenir también sin la pérdida de una sola gota de sangre; por la asfixia de los pulmones, por la paralización del cerebro, por un choque eléctrico, por la paralización de los músculos de la respiración, y por muchas otras circunstancias.

La vida, por lo tanto, vemos que está controlada por una docena de casos distintos, principalmente por medio del corazón, de los pulmones y del sistema nervioso.

Se nos dice también, que la sangre debe hallarse en un cierto estado constantemente; si bajo aquél, la sangre está demasiado líquida; si por encima, que está demasiado espesa. Mucho hay de verdad en ello, porque la sangre es un fluido complejo, y si las proporciones de sus diferentes ingredientes no son las que debieran ser, la persona palidece, enverdece su cutis o se nos ofrece roja como la amapola, llegando a estar débil y desanimada, falta de gusto y de fuerzas para los trabajos y obligaciones que impone la vida. Podrá vivir así por algún tiempo, con la sangre impura o en estado imperfecto, pero si no atiende a normalizarla irá decayendo gradualmente hasta sobrevenir la muerte.

La sangre es escarlata en las arterias y púrpura en las venas, casi negra: la razón de ese cambio está en que cuando la sangre vuelve de los pulmones lleva absorbido el oxígeno del aire inhalado y desprendido el dióxido carbónico y residuos que se exhalan con el aire y vapores acuosos. La sangre escarlata va del corazón a las arterias; su oxígeno es llevado por la hemoglobina, que es un elemento de los corpúsculos rojos. Cuando la sangre llega a las capilares, facilita su oxígeno a las celdillas de los diferentes tejidos que no pueden vivir sin aquélla, y empieza a recoger las materias sobrantes y dióxido carbónico para llevarlos a las grandes venas en su camino de regreso al corazón. Cuanto más recoja de esas impurezas más negra se ofrecerá, y cuando llega a la cavidad superior de la derecha del corazón, es casi negra. De allí pasa a la cavidad inferior de la derecha, y entonces es forzada a los pulmones para purificarse.

La sangre está compuesta de dos partes: plasma y corpúsculos. La plasma es 902 partes de agua por cada mil, conteniendo en solución más que nada albumen, sales minerales—de éstas la más importante es el cloruro de sodio o sal común—, y una pequeña cantidad de grasa. Los corpúsculos son de dos clases; rojos y blancos. La plasma incluye 60% y los corpúsculos el 40% del volumen de la sangre. El albumen, grasa y sales minerales son absorbidos por la sangre de los pequeños intestinos, siendo el resultado de la digestión de los alimentos. Hay enfermedad cuando circula por la sangre mucho o poco albumen, o mucha o poca azúcar y grasa. Cuando hay derrame de albumen por los riñones se sufre la nefritis e inflamación de éstos: cuando es de azúcar padecemos la diabetes. Es pues, de la mayor importancia tener normalizadas las debidas cantidades de los diferentes constituyentes de la sangre para sentirnos bien y para disponer de la necesaria cantidad de alimentos que exigen las

células de nuestro cuerpo.

El constituyente más importante de los corpúsculos rojos es una materia colorante llamada hemoglobina, la que da el color a la sangre, pero tiene también la gran propiedad de absorber el oxígeno que recogen los pulmones, para dárselo a los tejidos. Contiene también hierro, siendo la única parte del cuerpo humano que, excepto el cabello, contiene ese mineral.

Los corpúsculos blancos son esferoidales, mucho mayores que los rojos, y como corren por la sangre en libertad, arrojan procesos o tentáculos en lo que se conoce como movimiento amibeo. Estos corpúsculos son de la mayor importancia para nuestro organismo. Cuando son demasiado numerosos causan la enfermedad que llamamos leucemia y sirve para ayudar al proceso vital recogiendo y absorbiendo las bacterias, materias sobrantes y venenosas que encuentran a su paso.

La sangre no se coagula o cuaja en los vasos mientras permanece el organismo en condiciones normales y si sólo después de la muerte, como resultado de cierta clase de enfermedades. Hay una sustancia en la sangre que causa el que cuaje cuando se la pone en infusión. El frío y las sales neutrales evitan la cuajazón, mientras que el calor la precipita. Este es uno de los más valiosos arreglos de la naturaleza, porque es el método natural de cortar las hemorragias. En las personas que se dificulta la coagulación de la sangre, haciendo difícil cortarles una hemorragia, puede afirmarse que carece en gran parte de aquella sustancia.

La cantidad de sangre que tenemos en nuestro cuerpo varía con las personas, pero un promedio muy aproximado es del ocho al diez por ciento del peso del cuerpo; así que un cuerpo que pese cincuenta kilos vendrá a tener muy cerca de cinco kilos de sangre. No quiere esto decir que los cinco kilos de sangre estén en las venas y pueda sacarse en una sangría suelta, pues la sangre está repartida por todo el organismo, en las venas y las arterias, más la repartida por las infinitesimales capilares con que casi toda porción del organismo está provista.

Expuestas estas ideas generales en la forma más sencilla posible, tratándose de tecnicismos con los que el público no tiene para que estar familiarizados, no se ocultará a nuestras lectoras la importancia que debemos prestar a la purificación constante de la sangre, atendiendo en primer término a las leyes de la higiene, que están reconocidas como factores supremos de la salud. Los baños diarios en agua caliente, empleando bastante jabón, dejando correr el grifo del agua fría para recibir el estimulante necesario de los nervios; los de vapor una vez cada dos semanas, y los baños de sol y aire están reconocidos como insustituibles agentes para la purificación de la sangre. Y es que nuestro cuerpo se compone de millares y millares de poros que arrojan impurezas constantemente, materias venenosas pudiéramos decir, las cuales hay que desterrar para que no cierren la salida a otras nuevas o vuelvan a ser absorbidas por el organismo, perjudicándole en proporción al descuido que pongamos o al respeto que nos merezcan esas leyes de la higiene.

Le sigue en importancia la inteligente y bien acertada selección de los alimentos, las cantidades que a diario debemos tomar de cada uno de ellos y la forma de prepararlos en digeribles condiciones para ahorrar trabajo inútil al estómago, importantísimo órgano que pudiéramos llamar troquel de la salud y de la belleza.





## Confidencias de Amor

(Continuación)

Por Cupido Moderno

EN TODO lugar público, tales como teatros, reuniones, bailes y paseos deberá evitar la novia el ser acompañada de un caballero, a menos de exponerse al desagradable dictado de coqueta enfatuada. La convendrá mucho observar el gusto de su elegido y seguirlo lo más posible, pues todos los hombres aspiran a ello, les halaga mucho.

Respecto al vestir, deberán las jóvenes ser muy cuidadosas, evitando todo aquello que tienda a realzar sus naturales encantos: los enamorados prefieren que sus elegidas pasen sin llamar la atención, siendo errónea la creencia contraria, en que incurren muchas jóvenes, al suponer que los novios se enorgullecen de la admiración que otros hombres dedican a la reina de sus pensamientos: en esas circunstancias es cuando los celos están más despiertos, no habiendo enamorado que deje de sentir su influencia.

Formalizadas que sean unas relaciones, es importantísimo, sobre todo para el joven, ajustar su conducta con la familia de ella a una de suma discreción y tacto exquisito, teniendo cuidado de que su presencia en la casa no llegue a considerarse molesta, a cuyo efecto, deberá ajustarse todo lo posible a los usos y costumbres de la casa; y estar siempre dispuesto y atento a seguir los deseos de la familia, dedicando una preferente y bondadosa atención a la madre de la novia: ese respetuoso homenaje le asegurará muchas ventajas. Lo que sí debe evitar es la presunción de conceptuarse miembro de la familia antes del tiempo marcado, ni hacer ostentación de una obstrusiva familiaridad en maneras y conversación. En resumen, su conducta debe ser tal que le asegure la estimación y el afecto de todos, para tenerlos dispuestos a desear su presencia, más bien que a conceptuarle un intruso impertinente.

Entre las muchas vicisitudes por que atraviesa un novio, puede ocurrir que la joven encuentre motivos bastantes para romper las relaciones, en cuyo caso debe expresarse, con entera franqueza y claridad, las razones que existan para ello, al objeto de que nadie tenga ni la más leve sospecha de haber obedecido a mero capricho o injusticia. Incluso el novio deberá ver, y reconocer por sí, las razones que infortunadamente obligan esa decisión. Incompatibilidad de caracteres, desacuerdo en las costumbres, falta de caballerosidad en los actos, cualquier cosa que tienda a disminuir el respeto que debe tenerse al ser amado, que debe ser sentido hacia el esposo; inconstancia, temperamento ingobernable; todo esto, sin hacer mención a otras obvias objeciones, pueden considerarse como razones poderosas para terminar unas relaciones.

La ruptura debe comunicarse lo más suavemente posible, dejando abiertas las puertas para el arrepentimiento y la reforma, en los casos de ofensa venial; pero sin que en lo más mínimo se debilite la firmeza, ni la falta de fe en el carácter de la joven. Debe recordarse, sin embargo, que la terminación de unas relaciones por parte de la novia, tiene el privilegio de no necesitar explicación alguna, bastando con la razón de su deseo; pero sí debe a su reputación el que tenga suficiente fundamento y no sea desfavorablemente comentada.

En el caso contrario, o sea, cuando el novio se crea en el caso de romper sus compromisos, ofrécenos la parte más difícil de explicar, dadas nuestras convicciones íntimas. Las razones tienen que ser muy poderosas y suficientemente justificadas para que un hombre, aceptado oficialmente como prometido de una señorita, a quien él mismo eligió para hacerla su esposa,

rompa sus compromisos de buenas a primeras. Esas razones deben ser tales que no sólo satisfagan su propia conciencia, sino que le justifique a los ojos del mundo. Si la falta está de parte de ella, deberá guardarse una gran reserva y delicadeza, como corresponde a todo hombre de honor. Pero si, por el contrario, la fuerza imperativa de las circunstancias, como la pérdida de fortuna, o cualquier otra inesperada calamidad, sea la causa, entonces deberá declararse la razón con toda claridad y sin reticencia alguna, y de tal manera que suavice el resentimiento que resulte necesariamente de esa conducta, entre la familia y amigos de la joven, y aun en ella misma. Es casi innecesario indicar la conveniencia de observar una gran prudencia en todo lo que se refiere a los antecedentes de unas relaciones rotas, y muy especial en cuanto concierne a la devolución de los regalos y de las cartas que se hayan cruzado entre los novios.

Esto de las cartas nos trae de la mano a la importante cuestión de la habilidad requerida, respecto de ambos sexos, para escribir misivas amorosas. Las imperfecciones de educación pueden ocultarse o disculparse en una conversación, pero resaltan en las cartas. Una carta mal escrita descubre infaliblemente la vulgaridad y la ignorancia indicativa de una descuidada educación.

Pero hay algo más a guardarse al escribir una carta, empeorada por la falta de ortografía: el decir demasiado, el escribir sobre un punto que no consideremos pertinente lo lean otras personas que aquellas interesadas para quienes se intentó. Esto se hace frecuentemente y en prueba de ello están las miles de veces que han caído en manos extrañas unas cartas amorosas y los comentarios que de ellas se han derivado, aparte de las risas y chachas que dieron motivo. La correspondencia entre enamorados debería, pues, escribirse con discreción, y principalmente de parte de las señoritas, las cuales no deben caer en la ridiculez de expresar sus sentimientos en forma que degeneren en simplezas y tonterías.

No estará demás el consignar aquí que las cartas de declaración y cuantas precedan a las relaciones deben escribirse sin emplear el nombre de pila de la persona a quien se dirige, pues eso significa una familiaridad que puede influir en el ánimo de los interesados, quitándole al futuro parte de sus pertenencias, que no por pequeñas tienen menos valor que las de apariencias extremas.

Tanto en esto como en la mayoría de las circunstancias que rodean a todas las relaciones, la principal responsabilidad radica en el sexo fuerte y, por consiguiente, en ellos está conducirse con todas las características de la urbanidad y caballerosidad, en las que van incluidas la consideración por los sentimientos y deseos de los demás, que es tanto como prescindir de una buena parte de sí propio. Si eso es así en todos los casos, imagínese cómo tiene que comportarse en los momentos de hacer la corte y durante el tiempo que ésta dure, cuando precisamente se requiere el completo ejercicio de esas excelentes cualidades.

El enamorado deberá acomodar, en un todo, su presencia y conducta, ya sea de carácter alegre o serio, a la manera de ser de su pretendida, cuyos menores deseos deben ser leyes para él. En sus asiduidades no debe poner límites; aunque impedido por el tiempo, la distancia o la fatiga, deberá esforzarse para que tanto sus profesionales como sus sociales obligaciones se inclinen, en homenaje, hacia el objeto de su amor.

(Continuará en el próximo número)

NO ALIMENTE LAS RATAS

# ¡MATELAS!

Exterminador de Ratas y  
Ratones "C. S."

LAS DESECA SIN PESTE

Exterminador de Cucarachas y  
Chinches "C. S."

SINIGUAL PARA EL CASO



EN EL MERCADO POR  
26 AÑOS

De venta por todo el mundo

Exterminadores "Common Sense", son rápidos y seguros, y devolveremos el dinero si dejan de producir resultados. Estas preparaciones están presentadas en forma de pasta blanda y envasadas en latitas con tapas, fácilmente aplicable, sin que produzcan derrames ni pérdidas. No tienen los inconvenientes de los polvos y exterminadores líquidos que se esparcen y derraman fácilmente, con el consiguiente peligro.

Si no puede conseguir Exterminadores "C. S." en esa población, escribanos y nos complacerá suplirlos.

Se desean comerciantes en todos los pueblos que deseen tener un artículo de venta rápida y de resultados garantizados. Escribanos en seguida en solicitud de oferta especial.

**Common Sense Manufacturing Co., Inc.**

Dirección y oficinas:  
BUFFALO, N. Y., E. U. A.

Fábricas:  
BUFFALO, N. Y., E. U. A.  
Y TORONTO, CANADA

Establecida en 1891

## LIMPIA

Madera Pintada

## Reduce el Trabajo Casero

Se obtiene mejores resultados con menos trabajo, limpiando con

# SAPOLIO

EL JABÓN PARA LIMPIAR

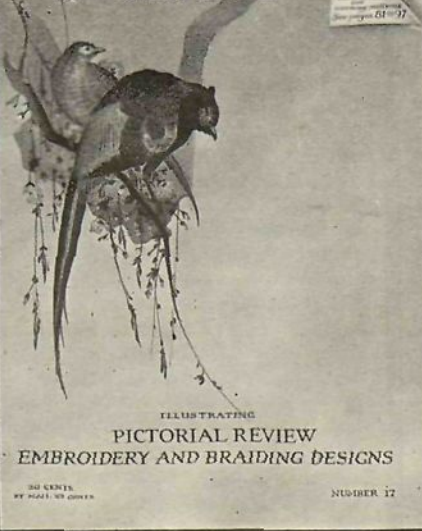
De venta en las droguerías, almacenes de abarrotes y ferreterías.

El genuino está marcado **ENOCH MORGAN'S SONS CO., New York**

Escribase pidiendo el muy interesante juego "CUBOS SAPOLIO" que enviamos GRATIS



THE  
EMBROIDERY  
CATALOG



ILLUSTRATING  
PICTORIAL REVIEW  
EMBROIDERY AND BRAIDING DESIGNS

## CATALOGO DE BORDADOS No. 17

Acaba de ponerse a la venta el nuevo Catálogo de Bordados No. 17, en el que se pueden encontrar las últimas novedades en diseños.

Este Catálogo de Bordados No. 17, puede obtenerse en cualquiera de las agencias que The Pictorial Review Company tiene establecidas en todas partes del mundo. Pídale en la agencia más cercana a su localidad, o directamente a

**THE PICTORIAL REVIEW CO.**  
214-226 West 39th Street  
Nueva York, E. U. A.

Portada del nuevo Catálogo de Bordados No. 17





Pianos, Pianolas y Organos  
de la Famosa Marca

## "KIMBALL"

A Precios de Fábrica

Los primeros en las siguientes  
Exposiciones de renombre:—

Exposición Internacional de Música,  
Bologna, Italia, 1888, Medalla de Oro.

World's Columbian Exposition,  
Chicago, EE. UU., 1903, Gran Premio  
de Honor.

Exposición Internacional de Panamá,  
San Francisco, 1915, Medalla de Oro y  
Gran Premio de Honor.

Además de haber salido triunfantes  
en estas Exposiciones, los instrumentos  
Kimball han obtenido veintiuna meda-  
llas por su mérito superlativo.

### "A Plazos y al Contado"

Solicitamos respetuosamente corres-  
pondencia de personas y casas serias  
que nos deseen representar.

**W. W. Kimball Co.**

435-B Kimball Hall Chicago, E. U. de A.

(Los Fabricantes Más Grandes del Mundo de Pianos,  
Pianolas y Organos)



### EL TORMENTO DE LOS CALLOS

EXISTE un sencillo y poderoso  
método para quitar los callos  
y las callosidades. Si al cortarse  
Vd. los callos se ha causado do-  
lores, irritaciones y molestias  
¿por qué no recurre a un modo  
fácil y sin dolor usando unas  
pocas gotas de "Gets-It", el ma-  
ravilloso tratamiento que millones  
de personas han seguido con  
éxito completo?

## "GETS-IT"

Hace que los callos se desprendan

Es un líquido que se aplica con  
una varilla de cristal. Se seca  
inmediatamente, permaneciendo  
en el callo. No se extiende a otro  
lugar ni causa inconvenientes.  
Hace desaparecer el dolor de callos  
sin irritar la piel que lo rodea.  
En vez de sufrir con estos dolores,  
cuyas punzadas llegan al corazón,  
de estar cojeando amenudo, y  
pensar en la manera de poder  
eliminar los callos y callosidades,  
ensaye ahora el método "Gets-It"  
y se sorprenderá de sus excelentes  
resultados.

"GETS-IT" está manufactu-  
rado por E. Lawrence & Co.,  
Chicago, Illinois, E. U. A.

En venta en todas partes del mun-  
do por las farmacias y droguerías.

Depositarlos Generales:  
Mendel y Cia., Buenos Aires; Glossop  
& Co., Río de Janeiro; Daube & Co.,  
Valparaíso; Goe W. Cock, Lima; Bankier &  
Linn, Montevideo; Mendel y Cia., Asun-  
ción; Enrique Aponte, Oruro; H. Cal-  
dera, Managua, Nicaragua.



## El Comedor y la Cocina Calorías y Vitamina

Por Mercedes Perez de Lara

AUMENTA cada día el número de  
personas que dedican preferente  
atención a los diferentes aspec-  
tos científicos que ofrece la alimenta-  
ción en el hogar privado, entrando en  
ese número los profesores de colegios  
de señoritas, las madres de familias y  
todas las señoras que se aprecian de  
dedicar la actividad de su inteligencia  
a la mejora de la raza humana, a la  
prevención de enfermedades, y a conse-  
guir para sí, para los suyos y para la  
sociedad nuevos elementos de vida  
plácida, feliz y próspera.

Hasta tal punto viene inculcándose  
en las imaginaciones modernas esa  
necesidad de atender a los problemas  
de la alimentación diaria de las fami-  
lias, que muchas de las palabras que  
se consideraron siempre como eminente-  
mente técnicas han pasado a formar  
parte del léxico diario de las familias.  
Entre esas palabras se encuentran las  
que motivan este artículo, que no  
dudamos sean conocidas por la mayoría  
de mis inteligentes lectoras.

La palabra caloría debe ser conocida  
en toda su significación, pues por ser  
más nueva que las de *termómetro* y  
temperatura, por ejemplo, es un poco  
menos familiar, sin que deje de ser  
menos importante. Expliquémosla.

Se requiere una cierta cantidad de  
calor para elevar la temperatura de  
una cierta cantidad de agua a un  
definido número de grados. No hay  
nada misterioso en ello, pero los físicos  
tomaron el asunto con exactitud, y  
necesitando una unidad que les per-  
mitiera fijar la cantidad de calor  
necesaria para elevar un grado la  
temperatura de un kilogramo de agua,  
tomaron la palabra caloría que repre-  
senta esa cantidad de calor.

Ahora bien; el cuerpo humano es de  
tal tamaño y sus actividades de tal  
carácter, que requiere un promedio

en nuestro estómago y sea propiamente  
digerida.

Consecuencia de todo esto es: que  
una alimentación que se componga de  
dos y media onzas de albuminosos,  
igual cantidad de grasa y catorce onzas  
de carbohidratos, facilitarán la diaria  
necesidad de un hombre que pese  
ciento setenta libras, o sean, unos  
setenta y siete kilos. Pero como todos  
los alimentos tienen su parte inservible  
o desperdicio, puede llegarse a la certi-  
dumbre de lo que necesita un hombre  
de estatura y hábitos corrientes, por  
los detalles que siguen:

Para conseguir la necesaria *proteína*:  
un huevo, un cuartillo de leche, una  
onza de queso, tres onzas de carne;  
*Grasa*: dos onzas de mantequilla, a más  
de la que se tome en los guisos; *Carbo-*  
*hidratos*: ocho onzas de pan, cuatro  
onzas de patatas, cuatro onzas de  
espinacas y otras cuatro de tapioca,  
más dos onzas de azúcar.

Entiéndase que no es mi propósito  
el hacer que vivamos sacrificados con  
el peso a cuestas, pero sí acostumbrar-  
nos a él por todo el tiempo necesario  
hasta conseguir la idea clara y aproxi-  
mada de la cantidad de alimento, en  
sus diversos componentes, que entran  
en nuestro estómago, sirviendo de estí-  
mulo y como premio, el gozar la más  
perfecta salud.

Cuando un maquinista o un *chauffeur*  
va a emprender un viaje lo primero que  
prepara es la cantidad y calidad de  
combustible que necesitará su máquina  
para hacer la excursión. ¿Por qué  
no formarnos una idea concreta del  
combustible que necesita la máquina  
de nuestro cuerpo para su función  
diaria?

Pero hay más; cuando se posea ese  
conocimiento del valor combustible de  
las diferentes clases de alimentación, no  
podremos detenernos en nuestras ob-

servaciones y es-  
tudios, pues no  
ha mucho se ha  
descubierto que  
existen cualida-  
des relacionadas  
con ellos que no  
son para ser me-  
didas en térmi-  
nos de energías.  
Para esta oca-  
sión sólo nos de-  
tendremos en lo  
que los fi-  
siologistas han bau-  
tizado con el nombre  
de "Vita-  
mina" y

que se precisa entre en la composición  
de nuestros alimentos, si hemos de  
tener asegurada la salud.

Como descubrimiento modernísimo  
apenas se conoce al presente la compo-  
sición química de la vitamina, aunque  
se sabe que se encuentra en los alimen-  
tos animales y en buen número de los  
vegetales. Algunas veces está aso-  
ciada, en forma muy curiosa, con los  
residuos de productos alimenticios que  
se conceptuaban impurezas y, conse-  
cuentemente, se prescindía de ellos; por  
ejemplo: la vitamina se presenta en la  
cascarilla o cobertura del arroz y nunca  
en el grano en sí, así que al limpiar el  
arroz, para ofrecerlo a la venta, le  
quitan toda la vitamina que contiene.

Este descubrimiento se debe a los  
japoneses en sus esfuerzos por conocer  
la causa productora del *beri beri*, enfer-  
medad muy seria producida por su  
alimentación a base del arroz limpio  
de la envoltura con que nace en la  
planta.

No es motivo de gran preocupa-  
ción para nuestros países ese estado de cosas,  
porque la carne, la leche y los vegeta-  
les contienen ese elemento químico.



## NO HAY BELLEZA SIN UNA PERFECTA DENTADURA

Ninguna otra parte del  
organismo debiera aten-  
derse con tanto cuidado y  
esmero como los dientes.  
Es absolutamente necesario  
preservar la dentadura  
usando un buen y recomen-  
dable dentífrico.

Si Vd. descuida sus dien-  
tes, o los de sus hijos  
cuando son jóvenes, no  
pasará mucho tiempo sin  
que empiecen a deterio-  
rarse, con los consiguientes  
sufrimientos y disgustos  
que trae consigo.

El Sozodont no solo lim-  
pia y emblanquece los dien-  
tes, sino que impide el  
cariarse. El Sozodont lí-  
quido preserva las encías,  
y, por ser enteramente  
antiséptico, destruye los  
gérmenes, al mismo tiempo  
que produce una sensación  
agradable y refrescante.

El mérito del Sozodont  
es tan conocido que las  
naciones europeas lo están  
usando para preservar la  
dentadura de los soldados.  
Se fabrica en líquido,  
polvo y pasta.

Empiece hoy mismo a  
usar el Sozodont y haga que  
su familia lo use también.  
Nunca es tarde, pero tenga  
cuidado de las imitaciones  
e insista en obtener el  
legítimo. Escriba hoy mis-  
mo pidiendo una muestra  
gratis de Sozodont, pasta,  
polvos o líquido.

### PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido  
1 caja de Polvos

También  
Paquetes individuales con Pasta,  
Polvos y Líquido.

## HALL & RUCKEL

215 Washington Street  
Nueva York, E. U. A.

Agente directo en España

Max Gold  
San Francisco No. 22  
Santander





# Ultimas sugerencias en labores de crochet para diversos usos

Ilustrando las nuevas aplicaciones de crochet aceptadas por la moda

## BOLSO DE CROCHET

NUNCA se le ha dado tanta atención a esta prenda accesorio de la indumentaria femenina como en el presente tiempo. Continuamente se ven aparecer nuevos modelos, confeccionados de diversos materiales, pero el que ilustramos abajo es uno de los más recientes y de los que gozan de más popularidad en el mundo elegante. El crochet se hace de seda, y la parte superior de sude, raso, terciopelo o paño fino. La combinación de los colores se deja al gusto particular de cada persona.



Gorra de boudoir de encaje blanco y aplicaciones de crochet

## BOLSO DE MOSTACILLAS

No. 12305—Este bolso constituye una de las más preciosas creaciones de su clase, y se confecciona de chifón color topo, adornado con mostacillas de colores indígenas. Con la ayuda de una patrón transferible PICTORIAL REVIEW y las mostacillas necesarias, cualquier señora algo experta en labores de aguja puede hacerlo con perfección. El patrón transferible para este bolso vale 20 centavos oro, necesitando quince paquetes de mostacillas para su ejecución.



## TÓNICO "CACTICO" PARA EL CABELLO

*Nunca falta a dar resultados satisfactorios*

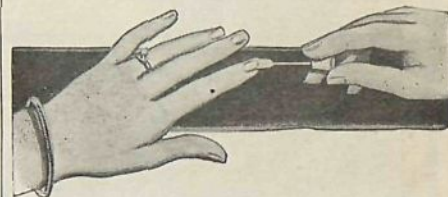
Otros productos de la Sra. Graham, que han conquistado fama mundial, son los POLVOS "KOSMEO," la crema "KOSMEO," y el jabón "KOSMEO," inmejorables para conservar la tez en perfectas condiciones y protegerla contra los efectos del sol y del viento.

Permítanos le enviemos gratis nuestro folleto "Confidencias del Espejo" en el cual se describen todas nuestras preparaciones para la cultura de la belleza y el modo de emplearlas con éxito seguro.

## ULTIMA NOVEDAD ESMALTE GRAHAM

## PARA LAS UÑAS

Instantáneo A Prueba de Agua



Instrucciones para el uso:—Simplemente aplique el Esmalte con el pincel, a la superficie de las uñas y deje secarlo durante uno o dos minutos. Esto es todo lo que se requiere para obtener el resultado deseado. No es necesario el pulimento. El lustre no será afectado por el agua o jabón.

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

## Agencias Principales:

Argentina:  
S. B. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires  
Chile:  
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta  
Ecuador:  
J. José Solá, Guayaquil  
Porto Rico:  
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce  
Colombia:  
Acosta Madiedo, Barranquilla  
Bolivia:  
Enrique Aponte C., Oruro  
Guatemala:  
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala  
República Dominicana:  
F. Mises Carbonel, Sto. Domingo  
Perú:  
Geo. W. Cock, Lima

## Cia. Sra. Gervaise Graham

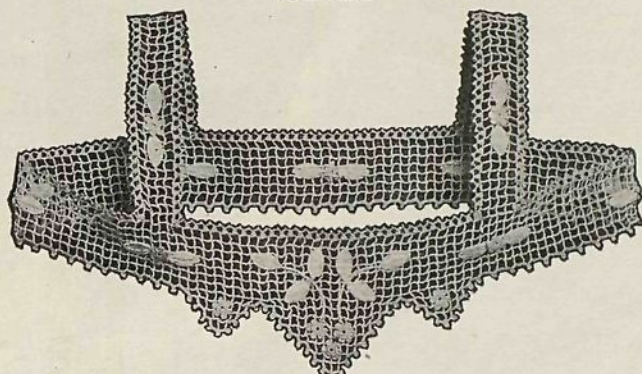
25 W. Illinois Street

CHICAGO E. U. A.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.



Bolso de crochet No. 1—Hecho de seda y sude



Canesú para camisola



Crochet con abalorio, de 3 3/4 cm. de ancho



Borde de encaje de crochet, de 4 1/4 cm. de ancho



Medallón con aplicación de crochet



Borde de encaje de crochet, de 7 1/2 cm. de ancho

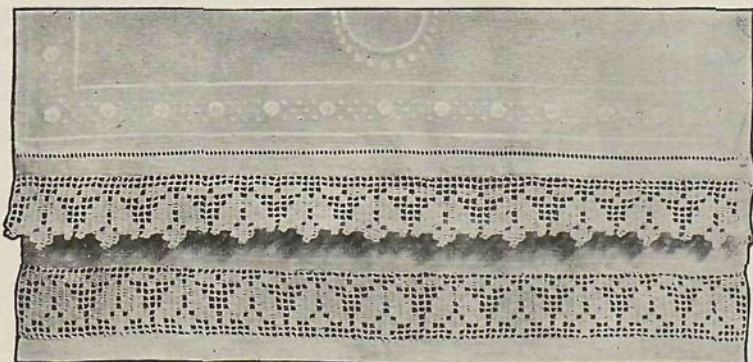


No. 12305—Bolso de terciopelo con bordado de mostacillas.

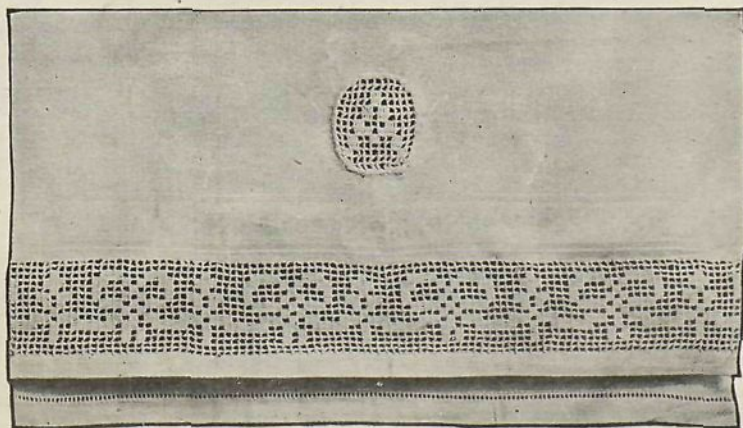


Medallón con aplicación de crochet

LA labor de crochet para las dos toallas ilustradas a la derecha se ejecuta usando la escala corriente de dos cadenetas y un doble pespunte para cada cuadrado de la malla. La nueva malla, que forma la base para las aplicaciones de crochet, se compone de pespuntos de cadeneta y trípticos. Los motivos aplicados representan roseta y anillos pequeños y grandes. Como esta labor no es difícil, y como la combinación de los dos estilos de crochet facilita la introducción de un poco de color en las aplicaciones, no hay duda que este nuevo estilo se hará tan popular como lo es el crochet lineal, que, debido a su sencillez, sigue siendo el favorito en la actualidad.



Toalla con entredós de crochet y encaje



Toalla con entredós de crochet e inicial



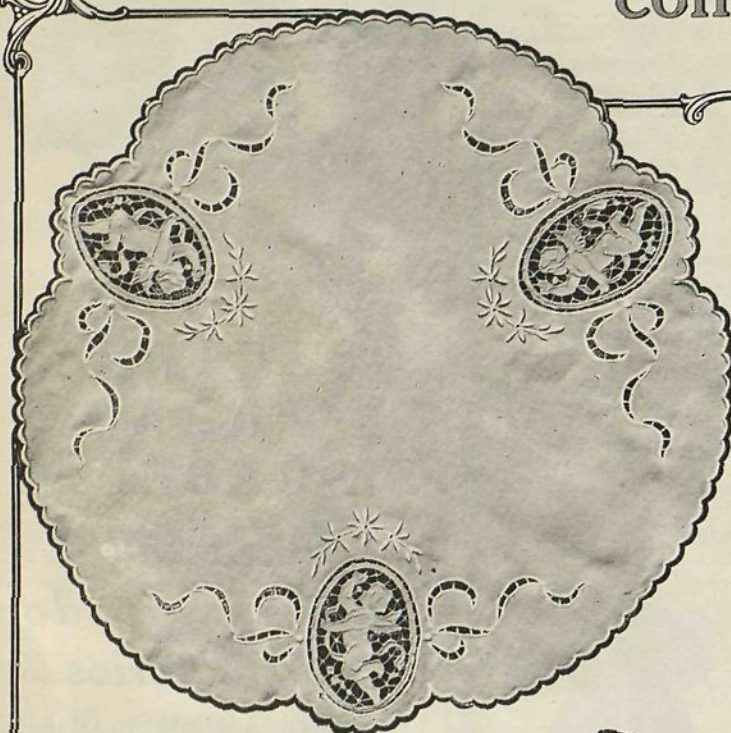
Monograma estilo 505



Monograma estilo 579



# Encantadora selección de elegantes labores de bordados para el dormitorio, comedor y cocina

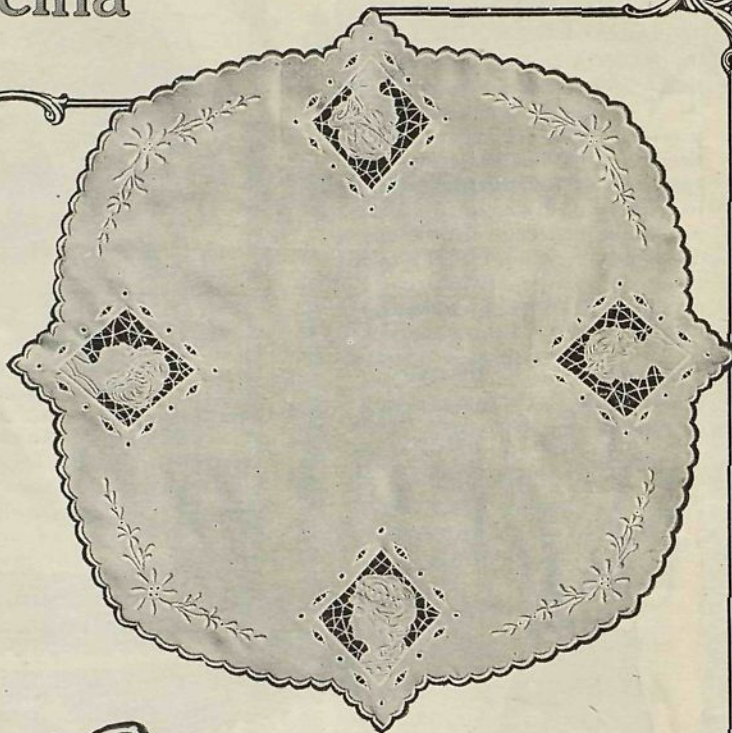


No. 12360

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12360—Contiene un encantador diseño en calado romano para la labor del centro de mesa arriba ilustrado, de 70 cm. de diámetro, y el de 3 duplicados de cada uno de 3 diferentes motivos calados, que pueden usarse en el mismo centro de mesa o en cortinas. Cada patrón, vale 25 centavos oro. Los pequeños medallones de este centro de mesa armonizan con uno más grande que se encuentra en el Catálogo de Bordados No. 17, bajo el No. 12314, que es muy apropiado para usarse en cubiertas de cama, cortinas y paños de mesa.

No. 12360—El diseño de este centro de mesa, estampado en tela blanca de hilo, de 70 cm. de diámetro, vale \$1.20 oro y con algodón blanco para la labor del bordado, 30 centavos más.

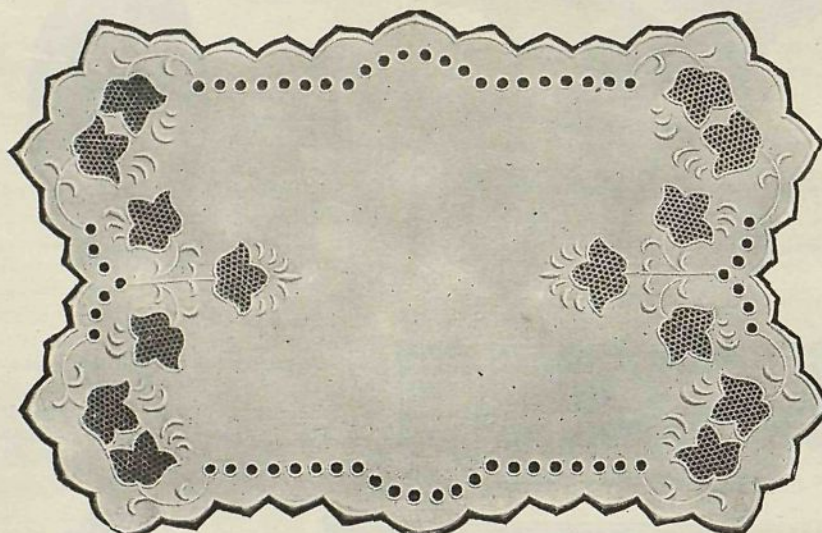
Patrón Transferible Pictorial Review No. 12294, conteniendo el diseño para el elegante paño de mesa abajo ilustrado, de 40 x 63 centímetros, con el de dos servilletas para platos, de 35 centímetros de diámetro cada una, vale 20 centavos oro. El diseño del paño de mesa, estampado en tela cruda de hilo, de 45 x 68 centímetros, con tul y algodón para la labor, vale \$1.10 oro. El diseño del paño y dos servilletas, estampado en tela cruda de hilo y dos servilletas de 35 cm. de diámetro, con tul y algodón para la labor, vale \$2.20 oro.



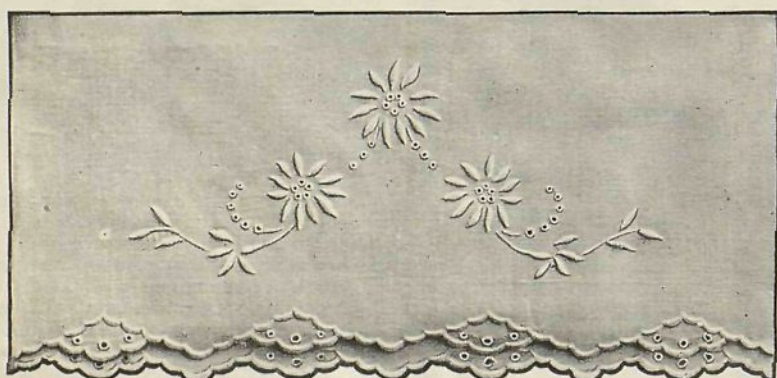
No. 12358

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12358—Contiene el diseño del centro de mesa de 91 cm. de diámetro, con un marco calado completo que mide 48 cm. cuando se pone junto formando romboide. Cada patrón vale 30 centavos oro. Las ramitas, que se suministran con este diseño, pueden usarse en cortinas, en combinación con las cabezas. La forma especial del festón aumenta la atracción de este elegante diseño.

No. 12358—Este mismo diseño, de 91 cm. de diámetro, estampado en tela blanca de hilo, vale \$1.50 oro, y con algodón para la labor, 50 centavos más. Las 4 cabezas pueden suministrarse estampadas para usarlas en cortinas, paños de mesa, etc., y el juego de las 4 vale 55 centavos oro, estampadas en tela blanca de hilo, con algodón blanco.



No. 12294

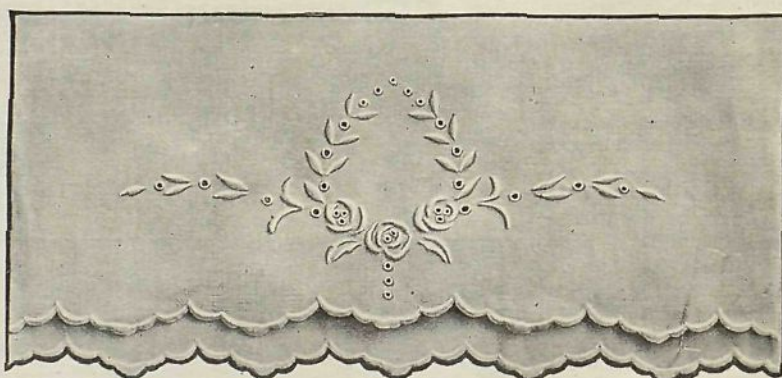


No. 12355

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12355, conteniendo dos diseños para toallas de 55 cm., vale 20 centavos oro.

No. 12355—Este mismo diseño, estampado en tela de hilo, para una toalla de 55 x 95 cm., vale \$1.30 oro, y con algodón blanco para la labor, 20 centavos más.

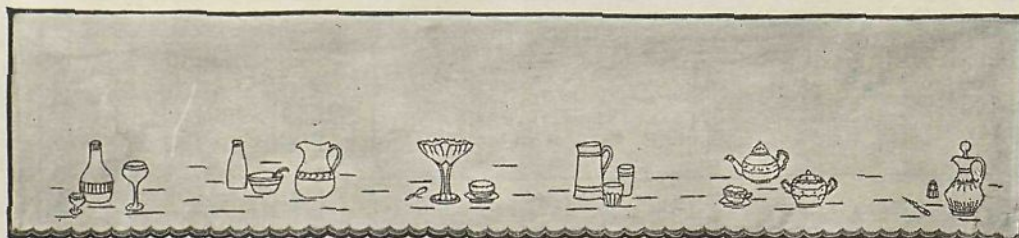
Patrón Transferible Pictorial Review No. 12357—Vale 20 centavos oro. Las divisiones horizontales de las alacenas pueden arreglarse atrayentemente con una pieza bordada con este diseño.



No. 12356

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12356, conteniendo dos diseños para toallas de 55 cm., vale 20 centavos oro.

No. 12356—Estampado en una toalla de tela de hilo, de 55 x 95 cm., vale \$1.30 oro, y con algodón blanco para el bordado, \$1.50 oro. Este diseño armoniza con el No. 12354.



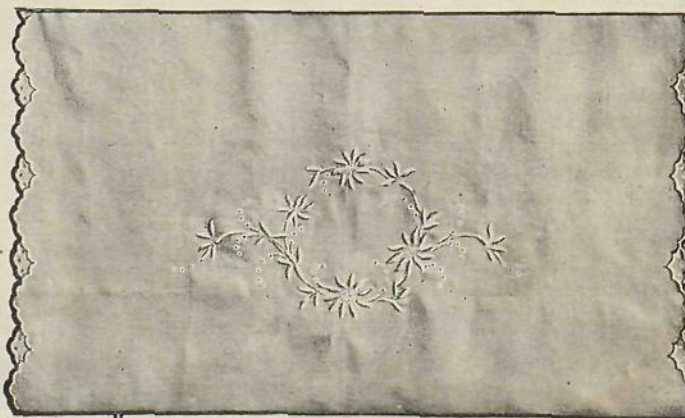
No. 12357

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12353, para dos fundas de almohada, vale 25 centavos oro. Este mismo diseño, estampado en tela blanca de hilo para dos fundas de 91 cm. x 1.15 m., vale \$4.65, y con algodón blanco para la labor del bordado, 35 centavos más.

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12354, para dos fundas de almohada de 91 cm. x 1.15 m., vale 25 centavos oro. Este mismo diseño estampado en dos fundas de tela de hilo de 91 cm. x 1.15 m. vale \$4.65 oro, y con algodón para la labor del bordado, \$5.00 oro.



No. 12354



No. 12353



# SECCION DE MODAS



EN ESTE modelo, que es el mismo que se ilustra en el extremo de la derecha, se puede observar el original drapeado en un solo costado. La tela se alforza atrás, encima de la cintura, para darle efecto de bolero.



LA BOGA por adornos de tren-cilla de *soulache* se encuentra claramente demostrada en el vestido de charmeuse con falda drapeada, y en el de sarga azul de la izquierda; este último lleva tren-cilla de color gris.



ESTE es el modelo que todas las señoras elegantes preferirán para principios del otoño, y se confecciona de sarga o de gabardina en colores lana o azul, con un atrayente cinturón ancho de charol. El corbatín y el cuello le dan la apariencia de estar cortado en estilo sastre.

Señorita Allyn King, primera actriz del Teatro Nuevo Amsterdam de Nueva York, luciendo las modas avanzadas para la próxima estación

LA SENCILLEZ que caracteriza a las modas para la próxima temporada se muestra en este vestido de gabardina color lana, que se abrocha diagonalmente desde el cuello hasta la base de la falda. Este vestido es el mismo que se ilustra de costado en la segunda vista de la izquierda de la página.



ESTE es uno de los modelos más elegantes para bailes. La falda está fruncida y va terminada con un antiguo faralá de terciopelo. Encima del ancho drapeado de raso del jubón sale el drapeado de tul formando las mangas. Original novedad se le da mediante los grandes rosetones de los costados.



LA APARIENCIA juvenil de la señorita King se acentúa aun más en este vestido de etiqueta de raso blanco y crepé Georgette.



ESTE modelo se confeccionó de brocado de plata drapeado alrededor del cuerpo. La cola en punta aumenta su distinción.



PRECIOSO modelo, que hace resaltar la figura juvenil de la señorita King, y es uno de sus más predilectos. Se confeccionó de tul fino con motas, y alforzas anchas para mejorar en algo su marcada sencillez. Las mangas son cortas y van terminadas con sencillos bullones pequeños en los codos.



# Primorosa selección de última moda para señoras



Abrigo cruzado 7409

7409—Abrigo cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere 3.10 m. de lana mezclada de 1.37 m. y 55 cm. de felpilla de foca de 1.37 m. de ancho. Este abrigo tiene un largo de 1.25 m. medido en el centro de atrás. Muestra el nuevo cuello, que puede usarse alto con los extremos cruzados, o doblado hacia atrás con los delanteros, formando efecto de esclavina. Las mangas nacen de sisas anchas, y llevan puños anchos. El abrigo está fruncido en la parte de atrás, y sobre los frunces se aplica el cinturón, el cual tiene una fila de botones, haciendo juego con los de delante.



Vestido 7407

Abrigo 7374

7430—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 91 requiere 2.15 m. de crepé de la China de 91 cm. y 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello y puños vueltos. El monograma de la manga se puede hacer con el patrón perforado No. 635.



Blusa 7430

Blusa 6649

Chaqué 7370  
Falda 7378

6649—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 centavos oro. El tamaño 91 requiere 3.20 m. de raso blanco de 68 cm. con 3.90 m. de organdí plegado para los adornos. Esta blusa se abrocha en efecto de sobrepelliz, y lleva un cuello chal grande.



Vestido 7410

7417—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere 5.50 m. de tela de lana de 1.12 m. y 55 cm. de raso de 91 cm. para el cuello y la faja. El patrón del bordado, No. 11939, vale 20 centavos oro. A este elegante vestido de una prenda se aplican paños tableados adornados con hilas de hilvanes, y se abrocha en el hombro izquierdo y a la izquierda del costado delantero, bajo un paño tableado. Tiene escote abierto con un cuello grande de raso, pero puede usarse con escote alto, pecherito postizo y cuello de fantasía. El cinturón puede pasarse por debajo de los paños tableados, o usarse al exterior, y las mangas fruncidas pueden reemplazarse por otras sencillas.

(Continúa en la página 34)





## Avanzados estilos de abrigos y vestidos de visitas



7409—Abrigo cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. El tamaño 91 requiere 3.20 m. de tela de lana a listas cruzadas y 70 cm. de felpilla de foca de 1.27 m. Este atrayente abrigo muestra el nuevo cuello cambiante, que se puede usar tal como se ilustra, o doblarse hacia atrás con los delanteros formando efecto de esclavina. Otro rasgo característico son las anchas sisas.



Chaqué 7432  
Falda circular  
7130

Chaqué 7366  
Falda plegada 7297

7366—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.95 m. de paño Oxford de 1.37 m. y 70 cm. de terciopelo de 91 cm. para el cuello. No. 7297—Falda plegada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.40 m. de paño Oxford de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.50 m. En este bonito vestido se muestra el nuevo chaqué semi-entallado. Las mangas, de estilo sastrero, son de dos hojas, sencillas, y llevan puños de la misma tela, las cuales pueden reemplazarse por otras acampanadas en las muñecas. La falda es de estilo sastrero, con un paño tableado delante y otro atrás, y se abrocha a la izquierda del costado delantero. Esta falda puede hacerse con los paños del costado sencillos y bolsillos superpuestos, o arreglarlos en dos piezas, con la inferior formando los bolsillos.

7432—Chaqué para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.90 m. de terciopelo de 91 cm.; 55 cm. de banda de piel de topo para los puños; y 2.50 m. de banda más ancha para el cuello y banda de adorno. El patrón del diseño de trencilla No. 12321, vale 20 ctvs. oro. No. 7130—Falda circular para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.50 m. de terciopelo de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.30 m. Para un vestido elegante no hay como confeccionarlo de terciopelo de color topo, negro, castaño o verde oscuro. El cuello puede cerrarse alto o doblarse hacia atrás con los delanteros. Las piezas de adorno con dibujos de trencilla se aplican a cada lado formando efecto de bolsillos. La falda es sencilla, semi-circular.



Vestido 7415.

Abrigo cruzado  
7409

7414—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.40 m. de paño fino de 1.37 m.; 45 cm. de raso de 91 cm. para el cuello, puños y banda de adorno; 70 cm. de terciopelo de 68 cm. para los ribetes; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. De acuerdo con las nuevas modas, la confección de los vestidos para la nueva temporada es muy sencilla. Para la hechura de este modelo, el paño fino de color topo o lana es muy elegante, con el cuello y los adornos de raso blanco, ribeteado con terciopelo verde. La blusa va sobre un corpiño sin mangas; la falda lleva un paño tableado delante y otro atrás.

7408—Abrigo cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.65 m. de paño Bolivia de 1.37 m.; 45 cm. de paño de castor de 1.37 m. para el cuello y puños; y 4.45 m. de raso.

Vestido 7414

Abrigo cruzado  
7408

7415—Vestido semi-princesa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.40 m. de gabardina de 1.37 m.; 70 cm. de raso de 91 cm. para el cuello cruzado, puños y secciones de adorno; y 38.00 m. de trencilla. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. Constituye el nuevo vestido semi-princesa, que confeccionado de sarga o gabardina, es muy elegante para la calle. El cierre se efectúa bajo un paño del costado delantero izquierdo. Un rasgo atrayente lo forma el cuello, cuyos extremos se cruzan delante y se abotonan en el cinturón; pero, si se prefiere, puede usarse escote alto y cuello recto. El paño delantero de la blusa se extiende en una sola pieza hacia la base de la falda; ésta lleva en todo su alrededor varias filas de trencilla de soutache. El vestido va sobre un corpiño que puede hacerse con escote alto o de pico. El cuello y las secciones de adorno llevan trencilla de soutache. Las mangas son de una costura y pueden hacerse con o sin puños vueltos. La falda está fruncida en la parte de atrás y va unida a la blusa un poco más arriba de la cintura. Los bolsillos, que podrían omitirse si se desea, van colocados bajo los pliegues de los costados. La falda tiene un largo de 1.00 m.





## Nuevos y elegantes vestidos de tarde, calle y paseo



Chaqué 7432  
Falda 7200

Blusa 7403  
Falda 7339

7432—Chaqué para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.50 m. de tela de 1.37 m. con 45 cm. de terciopelo de 91 cm. para la parte superior del cuello. No. 7200—Falda para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.30 m. de tela de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.65 m. En este bonito vestido se muestran las líneas rectas que caracterizan a los mejores modelos para la temporada actual. El chaqué lleva un original paño tableado que se estrecha cerca del cuello; y éste, siendo cambiante, puede usarse alto o doblarse hacia atrás con los delanteros, como aparece ilustrado. La falda tiene un paño tableado delante y atrás, y dos bolsillos que nacen del cinturón.



7403—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.50 m. de paño fino de 1.37 m.; 45 cm. de raso de 91 cm. para el chaleco; 4.10 m. de trencilla soutache; y 35 cm. de pieles de 1.37 m. para el cuello. No. 7339—Falda de paños tableados para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.65 m. de paño fino de 1.37 m. con 11.00 m. de trencilla soutache. Tiene un vuelo de 2.50 m. De estilo encantador es esta blusa de sobrepelliz que se puede confeccionar muy atrayentemente con paño fino de color topo, azul, o tierra. Las extremidades cruzadas de la blusa se unen a la faja. Va montada sobre un corpiño que lleva escote de pico y cuello cuadrado.

7407—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.25 m. de sarga de 1.12 m., 16.40 m. de trencilla de seda para los adornos y 55 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para la chemisette y cuello. La falda tiene un vuelo de 2.75 m. El rasgo característico de este bonito vestido es el cuello cruzado, el cual se adorna con trencilla. El modelo muestra el nuevo talle levantado y blusa semi-ajustada. El cuello ilustrado puede reemplazarse por otro chal. La falda lleva paños tableados en los costados, se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo un pliegue y va unida a la blusa.

7423—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.25 m. de terciopelo de 91 cm., 70 cm. de raso blanco de 91 cm. para el chaleco, cuello y puños, y 10.00 m. de trencilla de seda. No. 7330—Falda fruncida para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.40 m. de terciopelo de 91 cm. y 4.10 m. de trencilla de seda. Tiene un vuelo de 2.05 m. En este elegante vestido de tarde, confeccionado de terciopelo, se muestra la nueva adaptación de la blusa con peplo, la cual va sobre un corpiño que se abrocha en el centro delantero. El patrón facilita dos estilos de mangas: sencillas y fruncidas. El peplo puede fruncirse o plegarse. La falda puede fruncirse en la parte superior formando un adorno saliente.



Vestido 7407

Vestido de una prenda 7417

Blusa 7423  
Falda fruncida 7330

7417—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.30 m. de gabardina de 1.12 m., 2.50 m. de tafetán de 91 cm. y 32.00 m. de soutache. La falda tiene un vuelo de 2.15 m. En el nuevo efecto princesa es este bonito vestido de gabardina y tafetán, el cual se abrocha en el hombro izquierdo y a lo largo de la izquierda del costado delantero,

bajo un paño tableado. El escote abierto puede llevar un cuello grande, o sin él, como aparece ilustrado. Se puede hacer con dos estilos diferentes de mangas. El cinturón es recto y puede pasarse bajo los pliegues o usarse sobre ellos.



# Encantadores modelos de suma elegancia y distinción

**7421**—Blusa en estilo de bolero, para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 91 requiere 1.25 m. de paño fino, de 1.37 m. de ancho, para el bolero, mangas y faja, y 80 cm. de raso de 91 cm. para el cuello y chaleco. No. 7230—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 66 requiere 3.40 m. de paño fino de 1.37 m. de ancho. Tiene un vuelo de 1.40 m. El patrón transferible para el diseño de trencilla en el bolero y falda, No. 12372, vale 25 centavos oro. Las atrayentes características de este elegante vestido de tarde, de paño fino color tierra, son la blusa en estilo de bolero, con faja cruzada delante, y la falda de costados drapeados. En lugar del escote cuadrado con que aparece este modelo en la ilustración, se puede usar otro alto con cuello recto. El chaleco plegado se abrocha a la izquierda del costado delantero. Sobre la blusa lleva un bolero sin mangas, cuya parte delantera y de atrás está cortada en una sola pieza; lleva un cuello cuadrado, que puede hacerse de contorno redondo mediante las perforaciones del patrón. En combinación con esta atrayente blusa se usa una falda igualmente atrayente, la cual está drapeada en los costados bajo un paño inserto en cada costado. El diseño del bolero y de la falda puede hacerse con abalorio o con bordado de seda. Los botones de la falda y blusa pueden ser de fantasía o del mismo paño fino.

**7413**—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere: 1.85 m. de tela de lana de 1.37 m. de ancho, para la falda y paño delantero; 1.85 m. de raso de 91 cm. para la blusa, mangas, parte superior de la falda y bolsillos; y 35 cm. de raso blanco de 68 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. Entre las nuevas modas, los vestidos combinados son los que están llamando la atención, siendo uno de ellos el que se ilustra en esta página y el cual se confecciona de tela de lana y raso. La primera se usa en la falda y parte tableada que se extiende sobre el centro de la blusa formando chaleco, en tanto que el raso ocupa el canesú de las caderas, los bolsillos y la blusa. Este vestido se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo un paño tableado. En lugar del cuello cuadrado se puede usar una chemisette con cuello de fantasía. La falda está fruncida en los costados y atrás, llevando bajo las caderas dos grandes bolsillos adornados con botones. Las varias filas de hilvanes constituyen un atrayente adorno en los paños tableados del delantero de la blusa y del canesú de la falda.



Blusa 7421  
Falda drapeada  
7230

Vestido 7413

**6808**—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 20 centavos oro. El tamaño 91 requiere 2.50 m. de charmeuse de 91 cm. para la sobreblusa, y 1.50 m. de crepé Georgette para el corpiño, cuello y mangas. No. 7228—Falda con túnica para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 66 requiere: 2.40 m. de charmeuse de 91 cm. para la túnica; 1.15 m. para el volante; y 1.05 m. de forro de 91 cm. para la parte superior de la falda interior. Tiene un vuelo de 1.35 m.

(Continúa en la página 34)

Blusa 7385  
Falda drapeada  
7216

Blusa 6808  
Falda con túnica  
7228

Blusa 7403  
Falda con túnica  
7382

**7385**—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 91 requiere 2.75 m. de terciopelo de 91 cm. y 2.05 m. de banda de pieles. No. 7216—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 centavos oro. El tamaño 66 requiere 3.20 m.

de terciopelo de 91 cm. y 2.05 m. de banda de pieles. Tiene un vuelo de 1.70 m. La combinación de esta nueva blusa y falda es una de las más elegantes.





## Selectas y variadas creaciones para señoritas

7376—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.10 m. de crepé meteoro de 91 cm. para la falda y blusa, y 1.85 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para el corpiño. El patrón del diseño de trencilla, No. 12319, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 1.50 m. Los vestidos más elegantes para señoritas son aquellos que consisten de una falda de drapeado en los costados y blusa en estilo de sobreblusa. Este modelo puede confeccionarse de crepé meteoro de color gris, azul o tierra, con corpiño de crepé Georgette del mismo color. Para vestido de etiqueta, la blusa puede cortarse arriba horizontalmente y sostenerse con tirantes, reemplazando las mangas por otras cortas de bullones. La blusa se abrocha atrás, y la falda en el costado izquierdo. La parte de delante y de atrás de la blusa se corta en una sola pieza, con escote redondo bajo y sisas anchas, aunque preferaciones en el patrón permiten hacerla con escote recto. La falda va unida a la blusa en la cintura. El cinturón es ancho atrás y angosto delante.

Vestido 7398

7398—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 4.45 m. de sarga a cuadros de 1.12 m. de ancho; 45 cm. de paño fino blanco para el cuello; y 6.65 m. de trencilla. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. Este bonito modelo estilo sastre puede confeccionarse de tela a cuadros blanco y negro con adornos de trencilla negra, y cuello de paño fino blanco. El vestido y el corpiño se abrochan atrás. La blusa, que está alforzada en los hombros, puede llevar un cuello alto y vuelto en lugar del de marinera. La falda está plegada y se adorna con dos bandas de trencilla.

7404—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.20 m. de gabardina de 1.37 m. y 27.00 m. de trencilla para los adornos. Tiene un vuelo de 2.15 m. En su forma más sencilla se presenta aquí este vestido de gabardina.



Vestido 7376



Vestido 7411



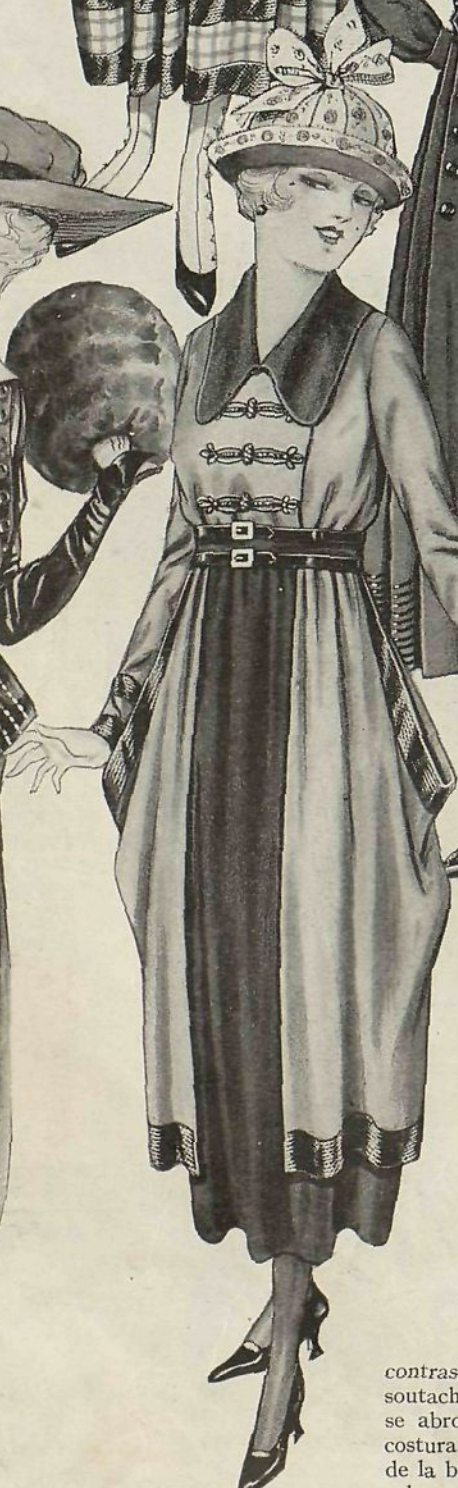
Vestido 7404



Vestido 7392



Vestido 7412



Vestido 7397

7411—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.75 m. de sarga blanca de 1.12 m., 6.40 m. de trencilla ancha, y 7.30 m. de angosto para los adornos. El patrón del diseño de trencilla para los bolsillos, No. 12321, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 1.95 m. La sarga blanca es una tela muy apropiada para los vestidos de tarde, que en este modelo se le hace más atrayente por el contraste con la trencilla de seda negra y la soutache que adorna los bolsillos. La blusa se abrocha en el frente, y la falda, en la costura del costado izquierdo. Los delanteros de la blusa se vuelven hacia atrás formando solapas. Lleva escote abierto y un pecherito de cierre al frente con cuello alto; y bajo el cinturón, cuya forma es bastante original, se une la blusa a la falda fruncida.

7392—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.85 m. de raso negro de 91 cm. y 70 cm. de blanco para el cuello y los adornos. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. Este elegante vestido muestra la nueva falda, estrecha abajo. Un bonito efecto se da a las caderas por las secciones de adorno de raso blanco.

(Continúa en la página 34)





## Preciosos modelos de gran atracción y novedad

7427—Vestido de una prenda para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.25 m. de raso liso de 91 cm. para el vestido y 70 cm. a listas para el cuello, cinturón y bolsillos. La falda tiene un vuelo de 2.50 m. Con mucha elegancia se puede confeccionar este modelo usando raso azul oscuro, color topo o lana. La partes delantera y de atrás llevan paños tableados. El vestido se hace de una prenda desde el cuello hasta la base de la falda, y el cierre se efectúa a la izquierda del costado delantero bajo un paño tableado. Tiene escote abierto con cuello grande. Las mangas pueden reemplazarse por fruncidas.

7396—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 1.70 m. de tafetán de 91 cm. para la blusa y mangas; 2.40 m. de sarga de 1.12 m. para la falda drapeada; 35 cm. de raso blanco de 68 cm. para el cuello; y 16.20 m. de trencilla para los adornos de la falda. Esta tiene un vuelo de 1.95 m.

7418—Vestido semi-princesa para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 3.55 m. de tafetán a cuadros de 91 cm.; 90 cm. de tafetán liso; y 45 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.15 m. El patrón del diseño de trencilla, No. 11514, vale 20 ctvs. oro. De estilo sumamente nuevo son estos vestidos semi-princesa con un paño tableado delantero en todo su largo. Mangas sencillas pueden reemplazar a las fruncidas con puños anchos, que se ilustran. El vestido se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo un paño tableado, y el corpiño se cierra en el centro delantero. La falda es separada en los costados y atrás, y va dispuesta en pliegues, con un cinturón angosto y doble, arreglado de tal manera que la parte superior de la falda forme un efecto de vuelillo.

Chaqué 7384  
Falda 6380

Vestido  
7404



7384—Chaqué para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.65 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m. y 1.50 m. de trencilla. No. 6380—Falda para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 1.70 m. de tela Jersey de lana, de 1.37 m. Los colores más apropiados son el azul oscuro, tierra, o púrpura oscuro.

7404—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 4.00 m. de gabardina de 1.12 m.; 35 cm. de paño fino blanco para el cuello; y 13.70 m. de trencilla para los adornos. El patrón del diseño de trencilla, No. 11665, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 2.15 m. Este vestido confeccionado de gabardina azul oscura combina la sencillez con la elegancia. La blusa se abrocha en el costado y va sobre un corpiño de cierre delantero. El patrón suministra mangas sencillas y fruncidas. La falda plegada se abrocha a la izquierda del costado delantero.

(Continúa en la página 34)

Abrigo 7381

Vestido 7411





## Botellas para agua caliente

Con garantía de gran duración

Las botellas de agua caliente "Daval" se hacen completamente de caucho puro del Pará, y bajo las condiciones más variadas producen entera satisfacción.

Los comerciantes de renombre prefieren vender los artículos "Daval" debido al éxito que han obtenido durante 42 años en todos los hogares del mundo. Los precios son sumamente moderados.

A los comerciantes: Sírvanse escribir pidiéndonos nuestro catálogo en castellano.

**DAVOL RUBBER COMPANY**

71 Point St., Providence, R. I., E. U. A.



## Marque su Ropa para que no se pierda

Se evitan las disputas con los talleres de lavado y se previene la pérdida de ropa, si uno marca todas las piezas de algodón, hilo o seda, de una manera clara. Puede Ud. poner sus iniciales, monograma o nombre en su ropa de lavar, de una manera fácil y permanente, si usa la

## Tinta Indeleble de "Payson"

No se corre ni se mancha cuando Ud. escribe; y no se borra por muchos años. No se descompone ni en los climas más severos. Déjenos Ud. mandarle una botella de muestra, sólo nos tiene que mandar 25 centavos en oro americano, o su equivalente, y el nombre y dirección de su comerciante local.

### La Tinta Indeleble de Payson

Si el comerciante donde usted compra no la tiene, exija que se la pida a cualquier casa comisionista de New York, New Orleans, Los Angeles, San Francisco o Boston, Mass.

Exija que sea la legítima de Payson y nosotros respondemos de su seguro éxito.

**Payson's Indelible Ink Co.**

INCORPORADA  
Northampton, Mass.  
E. U. A.



## Prendas más apropiadas para niños y niñas

7316—Abrigo Imperio para niñas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.65 m. de tela de lana mezclada, de 1.37 m., y 25 cm. de terciopelo de 46 cm. para el cuello. En lugar de abrocharse en el cuello, como se ilustra, los delanteros pueden doblarse hacia atrás.



Abrigo Imperio 7316

Vestido 7425

Abrigo 7386

Abrigo 7402

Capa-Abrigo 7419



Vestido 6286

Vestido 7426

Vestido 6673



Vestido Imperio 7338

6286—Vestido para niños.—Seis tamaños: 3 a 8 años. Cada patrón, 20 ctvs.

oro. El tamaño 4 requiere 1.15 m. de tela blanca de hilo de 91 cm. de ancho y 90 cm. de tela verde, también de hilo, para el calzón. La combinación de colores es bonita.

7386—Abrigo para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 2.75 m. de cheviot de 1.37 m., 3.65 m. de forro de 91 cm., y 25 cm. de felpilla de foca de 68 cm. para el cuello. Este bonito abrigo lleva un cinturón sencillo. Se confecciona de cheviot castaño oscuro.

7425—Vestido para niñas y jovencitas.—Ocho tamaños: 6 a 17 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 14 requiere 5.00 m. de guinga a listas cruzadas, de 70 cm. de ancho, y 55 cm. de tela de hilo blanco, de 91 cm., para el cuello, cinturón, puños y bolsillos. Es apropiado para el colegio.

7402—Abrigo para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 4.35 m. de felpilla de 91 cm. y 70 cm. de banda de pieles para los adornos. Constituye un abrigo de última moda, mostrando el nuevo efecto drapado en los costados. A cada lado del paño delantero se insertan secciones bajo el cinturón, colocando bolsillos para darles efecto saliente.

7426—Vestido para niñas y jovencitas.—Nueve tamaños: 6 a 17 años. El tamaño 10 requiere 1.85 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m., y 35 cm. de tela más oscura, de la misma clase, para el cuello, cinturón y adornos. De estilo muy sencillo es este vestido de cierre delantero, cuyos adornos lo constituyen hilvanes cruzados sobre la tela Jersey oscura, dándole el efecto de tela a listas cruzadas. Las mangas son de una costura y van fruncidas a puños anchos, que se vuelven hacia atrás y revisten de tela de contraste formando puños vueltos angostos. A cada lado de la falda fruncida lleva bolsillos grandes superpuestos.

(Continúa en la página 34)

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) encontrarán las señoras infinidad de bonitos modelos de trajes infantiles de fácil confección en la casa. Se vende al precio de 45 ctvs. oro en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



## Variedad de estilos para el mundo infantil

7428—Vestido de una prenda para jovencitas.—Tres tamaños: 13, 15 y 17 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 13 requiere 3.40 m. de gabardina de 1.12 m., y 8.20 m. de trencilla para los adornos.



Vestido 7428



Vestido de máscara 5388

Vestido de payaso 6385

4814—Vestido de payaso para niños.—Siete tamaños: 4 a 16 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.95 m. de raso o rasete de 91 cm., 2.05 m. de organdí plegado de 16 cm. de ancho y 1.85 m. de 11 cm. para el doble cuello. Este vestido es generalmente el predilecto de las madres que desean preparar un disfraz de máscaras para sus hijos.

Vestido de payaso 4814

5388—Vestido de máscara para señoras, señoritas y niñas.—Siete tamaños para señoras: 81 a 112 cm. de busto; y nueve para señoritas y niñas: 4 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.30 m. de organdí de 1.15 m. y 2.30 m. de cinta de raso. Para las niñas nada puede ser más atractiva que este vestido de organdí.

Vestido Imperio 7107

7107—Vestido Imperio, de paños tableados para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere: 2.15 m. de sarga de 1.12 m.; 35 cm. de paño blanco fino para el cuello; y 11.70 m. de trencilla para los adornos. El patrón del bordado, No. 12193, de color azul o amarillo vale 20 ctvs. oro.



Vestido 6736



Abrigo cruzado 7333

6736—Vestido para niños.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 2.50 m. de terciopelo de 91 cm. y 25 cm. de paño blanco fino para el cuello. La blusa puede también cerrarse en el centro.

Abrigo cruzado 6890

Abrigo 7271



Para vestir a los niños no hay nada mejor que comprar los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

## IMPORTANTE

Bajo ninguna circunstancia deben tomarse drogas para adelgazar a menos que las prescriba un médico respetable, pues ocasionan serios males a los órganos digestivos. También deben evitarse los ejercicios violentos para las personas gruesas.

### PARA ADELGAZAR

no hay mejor cosa que nuestras prendas de goma y bandas, por las razones siguientes:

El cuerpo se compone de un 85% de agua y puede reducirse por medio del sudor sin producir efectos perjudiciales como ocurre con las drogas.

Las prendas de goma producen sudor donde se aplican, sin afectar otra parte del cuerpo.

Nuestras prendas de goma son el resultado de años de estudios científicos, y están recomendadas por eminentes médicos y especialistas de belleza.

### Traje para adelgazar

Camisa de goma con mangas cortas . \$12.50  
Calzón corto . \$12.50

Digase la medida del busto para la camisa y la de la cintura para el calzón.



### Brassiere

La espalda y los tirantes están hechos de coutil fino con adornos de puntilla hamburguesa, y el frente, entre las costuras de debajo del brazo, es de goma roja. Todo lo que se necesita para reducir el busto es

usar esta prenda unas cuantas horas todos los días.

Digase la medida del busto.

Precio \$4.50

### Jubón Eton

Todo hecho de goma roja con excepción de los tirantes. Tiene la misma altura delante y atrás para reducir las carnes desde la cintura hacia arriba.

Digase la medida del busto.

Precio \$7.50

### Para reducir las caderas

Tenemos esta prenda en almacén en una gran variedad de tamaños. Su largo es de 35 centímetros. Digase la medida de la cintura y caderas, y si no la tenemos hecha, la haremos especialmente.

Precio \$6.50

### Banda

#### para reducir la papada.

Se usa, como se ve en la ilustración, generalmente de noche. Se hace de goma pura, color rojo.

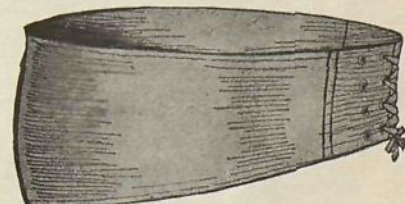
Precio \$1.00

### Banda para la cabeza

Se usa para hacer desaparecer las arrugas de la frente y dejar la piel suave y blanca.

Precio 75 ctvs.

### Para reducir la cintura



Este cinturón se hace de goma pura encarnada, y no solamente sirve para soportar el abdomen sino también para hacer desaparecer el exceso de gordura. Se fabrican en todos los tamaños, para ajustarse delante o atrás. Dése la medida alrededor de la parte más saliente.

Precio \$3.50

Los precios indicados son en oro americano e incluyen gastos de transporte a cualquier país.

Se ruega a los comerciantes nos escriban pidiendo detalles sobre las ventajosas condiciones y precios que ofrecemos para la exportación.

**BAILEY RUBBER CO.**  
22 BOYLSTON ST. BOSTON, MASS., E. U. A.



## LO QUE EL HOMBRE NECESITA SABER

(Continuación de la página 15)

pueblo que la bloqueó.

La motorización—válganos la palabra—es el empleo de cuantas modernas máquinas se inventaron en pró de la agricultura. ¿Por qué no apresurarnos a aceptar las prácticas creaciones del ingenio humano, siempre al servicio de la Humanidad? Pena debe producirnos que aun surquen tierras muy amadas de nosotros los mismos seculares arados de la antigua Roma. . . .

Expuesta, aunque sólo a grandes rasgos, la magnitud del problema de la alimentación, que a todos nos atañe, réstame todavía una observación, que seguramente habrá de sorprender a los lectores. Me refiero a los desperdicios. Una estadística oficial nos dice que, solamente en los Estados Unidos y únicamente en el último año, calcularonse en setecientos millones de dólares los desperdicios de la alimentación que fueron a parar al basurero. . . . Es decir, que los norteamericanos, inconscientemente, no supieron aprovecharse de una inmensa fortuna, por la culpa exclusiva de las amas de casa.

La campaña que en la prensa ha producido este ciego despilfarro sólo tiende a convencernos de que nada se debe desperdiciar; que todo lo que sobre debe conservarse; que lo superfluo debe prescribirse.

Si en todos los países se pensara de igual modo, mucho habrían de ganar los pueblos respectivos. Y como los pueblos se componen de hogares, mucho ganaría cada hogar. Pero no echemos nosotros la culpa de despilfarro alguno a nuestras amas de casa. En nuestros países, la culpa es solo de quienes no suelen preocuparse de abrir a la Mujer los ojos del entendimiento, cultivando sus ingénitas y excelentes condiciones de comprensión.

En resumen: que el problema de la alimentación, sin desperdicios, es de una gran complejidad, que, no obstante, bien puede resolverse, en todo pueblo, con el simple uso de los modernos adelantos de fertilización, producción y distribución, por los que deben velar nuestros Gobiernos e interesarse, sin desmayos y sin prejuicios, todos los hombres de buena voluntad.

## LO NUEVO Y LO PRACTICO

(Continuación de la página 17)

¿Cómo esta mujer, de apariencia distinguidísima y de gustos refinados, puede prescindir de los tiranos domésticos?

Mabel me lo explicó en pocas palabras. Mr. Bryan, notable ingeniero electricista, ha instalado su casa con todos los modernos adelantos, que aquí ya están hoy al alcance de casi todas las fortunas. En su *apartment* se limpia por electricidad, se plancha por electricidad, se lava la loza por electricidad, se cose a la máquina por electricidad, y . . . lo que realmente me dejó maravillada, se cocina por electricidad: *la comida se hace sola*.

La señora de Bryan tiene una cocina (no te digo su nombre para que en él no se vea un anuncio) a la que no tiene más que indicar la hora en que desea comer. . . . ¿A las seis? Pues prepara su carne, su pescado, sus vegetales, lo que sea, y lo mete en el horno. Después se va tranquilamente de paseo. Cuando regresa, aunque en vez de ser las seis sean ya las ocho, nada se habrá quemado y todo estará en su punto para servirse a la mesa. Cuando el reloj de la cocina marca las seis, la corriente se apaga automáticamente. No obstante, los diversos platos, cada uno de los cuales tuvo el respectivo fuego que le era necesario, continuaron conservando su calor, sin necesidad de vigilancia alguna, hasta el crítico momento de ser servidos.

Más aun que las grandes tiendas de la Quinta Avenida me ha satisfecho mi visita a Mrs. Bryan.

En sucesivas cartas, seguiré contando. Por hoy, ya es bastante, ¿verdad?

Sólo te falta, y ahí te va, un apretado abrazo de tu Ana María.

(Continuación de la página 26)

7410—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón vale 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 7.20 m. de raso de 91 cm.; 80 cm. de forro de 91 cm.; y 45 cm. de crepé Georgette de 1.00 m.

7370—Chaqué para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.65 m. de tela a cuadros de 1.12 m. y 4.10 m. de trencilla. No. 7378—Falda para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.30 m. de tela a cuadros de 1.12 m. y 2.15 m. de trencilla.

7407—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de gabardina de 1.37 m., 45 cm. de paño fino blanco, y 55 cm. de organdí de 91 cm.

7374—Abrigo para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de tela de 1.37 m. con 5.25 m. de tafetán afelpado de 91 cm.

(Continuación de la página 29)

7403—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.75 m. de tafetán de 91 cm., 55 cm. de raso blanco de 91 cm., y 80 cm. de forro de 91 cm. No. 7382—Falda con túnica para señoras.—Cinco tama-

## LA POBRE AURORA

(Continuación de la página 11)

—Sí,—respondió uno,—queremos que nos pague usted el vino.

—¿Cómo es de "queremos"? ¿Y ustedes saben si quiero yo?

Aurorita temblorosa como una hoja en el árbol, no se atrevía a separarse de la reja.

—Verá usted—siguió diciendo el desconocido—aquí hay costumbre de pedir el vino al hombre que está hablando con su novia. Y el novio lo paga, y todos contentos.

—Perfectamente—exclamó Alvaro.—Yo tendría mucho gusto en convidarles a ustedes a todo cuanto quisieran beber, pero esto que están ustedes haciendo, sobre importuno parece una imposición.

—Y así es!—dijo en tono pendenciero el que, más borracho parecía de los estudiantes.

—¡Alvaro! ¡Por Dios!—murmuró Aurorita.

—¿Conque imposición? ¿Verdad?—preguntó Alvaro muy brusco.

—Menos conversación y las perras por delante—insistió uno de aquellos muchachos.

Pero Alvaro ya no contestó. Arremetió a puñetazos contra ellos, y sonaron los gritos y estallaron los insultos, y rodaron las capas y los sombreros.

—¡Alvaro! ¡Por mí! ¡Por Dios!—gritaba Aurorita.—¡Cobardes! ¡Que sois tres! ¡Cobardes!—seguía gritando.

Los contendientes iban de aquí para allí, chocando contra los muros, contra las rejas, atezados, golpeándose. . . . Pero pronto se vió que Alvaro les dominaba. Habitudo a los deportes atléticos, puñetazo tras puñetazo, ensangrentó las caras de los tres. . . . El también sangraba por un labio. . . . Cuando entre todos procuraban derribarle a empellones, se erguía más fuerte y les pegaba más fuerte. . . .

—¡Socorro! ¡Separarles!—gritaba Aurorita.

—¡Separarles! ¡Separarles!—gritaban algunas mujeres.

Doña Petra salió a la reja y gritó también.

Los golpes de los que peleaban se percibían secos y rudos, entre rugidos de rabia y de dolor. Se arremolinaron los curiosos, les separaron muy dificultosamente; aparecieron los guardias, y todos escoltados por el gentío, que zumbaba como una colmena, fueron detenidos y llevados al Gobierno Civil.

Aurorita se quedó trémula, desesperada, sin saber a punto cierto lo que le

## Nuestros Patrones

de los modelos ilustrados

ños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 5.85 m. de tafetán de 91 cm.

(Continuación de la página 30)

7412—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 2.75 m. de terciopelo negro de 91 cm.; 1.60 m. de raso negro de 91 cm.; y 55 cm. de blanco.

7397—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 2.75 m. de tela Jersey de lana gris, de 1.37 m.; 1.35 m. de azul oscura; y 3.65 m. de trencilla.

(Continuación de la página 31)

7381—Abrigo para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.10 m. de tela de lana a listas cruzadas de 1.37 m. y 3.90 m. de forro de 91 cm. para el abrigo sin esclavina.

7411—Vestido para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.55 m. de terciopelo negro de 91 cm., 45 cm. de raso blanco de 68 cm., y 45 cm. de paño fino blanco.

(Continuación de la página 32)

7419—Capa - Abrigo.—Seis tamaños: 4 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 14 requiere 3.65 m. de gabardina de 1.37 m., 35 cm. de terciopelo de 68 cm., y 2.95 m. de forro de 91 cm.

6673—Vestido para niños.—Cuatro tamaños: 2 a 5 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 1.85 m. de sarga azul de 1.12 m. con 35 cm. de blanca de 68 cm.

7338—Vestido Imperio para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 2.50 m. de guinga a listas cruzadas de 76 cm. de ancho y 45 cm. de cambray de 68 cm.

(Continuación de la página 33)

7271—Abrigo de paños tableados para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 1.95 m. de paño Bolivia de 1.37 m. 25 cm. de paño de castor y 2.15 m. de raso de 91 cm.

7333—Abrigo cruzado para niñas.—Seis tamaños: 1 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 3 requiere 1.50 m. de paño fino de 1.37 m. con 90 cm. de pieles.

6890—Abrigo cruzado para niños.—Ocho tamaños: 3 a 14 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.05 m. de tela a cuadros de 1.37 m. con 25 cm. de terciopelo.

(Para la de tallada descripción véanse los sobres de los patrones.)

## LO QUE UN MINUTO...

(Continuación de la página 8)

—¿Cuándo se va?—le interrumpió Mabel, que se ahogaba de emoción.

—Mañana, por la tarde.

—¿Al Oeste?

—A la mina. Yo quería quedarme aquí más tiempo. Pero me necesitan.

—Vamos a sentir mucho verle a usted marchar. . . .—musitó ella.

—¿Y es eso todo lo que se le ocurre a usted decirme en este instante?—dijo él en tono amargo.

—Nosotros. . . .

—Ustedes, no: usted. . . . ¿Es ese su adiós para mí? . . .

Sonrió Mabel con profunda pena:

—No me gustan los adioses. . . .

—No nos digamos adiós.

Palideció Mabel aun más.

—Dos semanas hace que vine en viaje de negocios. Al día siguiente de llegar, volviendo yo a Nueva York, desde River Edge, donde me alojara en casa de un antiguo amigo, tomé usted en *Anderson Street* el mismo tren en que iba yo. . . . Me atrajo su aire ingenuo, y me hizo gracia verla asomada a la ventanilla, mirando insistente hacia los árboles del camino, como si los despidiese. . . . Al día siguiente me la volví a encontrar en el mismo tren. . . . ¿Y a qué detallarla mi aventura? En la propia estación de *Anderson Street*, pude enterarme de quién era usted, dónde vivía, y que su madre tenía en Hackensack un *boarding-house*. . . . Me trasladé a su casa. . . . La he visto florecer en diez días, bajo la mirada de mis ojos, y aun me asombra que pueda usted ser la misma de antes, ¡la ingenua de *Anderson Street*! . . . ¿Quién hizo el milagro?

—Los árboles. . . .—murmuró Mabel sintiéndose desfallecer.

—¿Los árboles?

—Sí, los árboles. Un minuto les bastó nada más. . . . Un minuto que amargaré mi vida para siempre. . . .

George tomó entre las suyas las manos, heladas, de Mabel, y a punto estuvo de cubrirlas de besos.

Mabel le miró anhelosa.

—¿Y éramos nosotros—la dijo, entonces, George con el más dulce acento—los que mañana habíamos de despedirnos, quién sabía hasta cuándo? . . . No, Miss Mabel. Nosotros no nos podremos decir mañana *adiós*. . . .

—¿Por qué, Mister Hewitt? . . .

—Porque mañana, Miss Mabel—la respondió George, solemne—nos casarán en *City Hall*: el sábado saldremos juntos para California.



# Franklin Simon & Co.

Almacén de Tiendas Individuales  
Fifth Avenue, 37th and 38th Sts., Nueva York

## VESTIDOS PARA EL TE Y KIMONOS

*Para señoras y señoritas*

Tamaños 86 a 112 cm. de busto



3.—Vestido para el te, de crepé de seda de la China, en colores rosa, azul claro, blanco u orquídea, con casaquilla de fino encaje crema Valenciennes, llevando en la cintura flores de seda hechas a mano y con adornos de cinta de color contrastante..... **\$14.50**

6.—Vestido para el te, de crepé de seda de la China, en colores rosa, azul claro, albaricoque u orquídea; casaca de fino encaje crema sombreado, llevando un vuelillo de chifón con bordes de picos, cintura con un elástico y flores de seda hechas a mano; falda de paños tableados..... **\$12.75**

LA SEÑORITA ROSA RODRIGUEZ, que conoce a fondo los gustos y necesidades de las señoras de habla española, dará especial atención a todas las órdenes y a su pronto envío.

Las personas que visiten Nueva York quedan cordialmente invitadas a que pasen por nuestro Almacén de Tiendas Individuales, en donde personas de experiencia, en compras e intérpretes, las atenderán en sus deseos.

9.—Kimono de crepé de algodón, bordado a mano, importado del Japón, en colores rosa, azul claro, Copenhague o púrpura, con diseños florales bordados a mano, faja y mangas japonesas..... **\$2.95**

12.—Kimono de raso, bordado a mano, importado del Japón, en colores rosa, azul claro, Copenhague, azul marino, negro o wistaria, con diseños florales primorosamente bordados a mano, forro de seda y entretela, faja y dobladillo inferior enrollado..... **\$9.75**



### El Libro de Modas de Otoño e Invierno "VESTIDOS CORRECTOS"

que ilustra ropas hechas para señoras, señoritas, niñas, caballeros y niños.  
Se mandará gratis pidiéndose al Departamento "BB"